

A. MART
DE LUCENA

1'25
PTS.

TEMAS SEXUALES

masturbación
y autoerotismo

MASTURBACIÓN Y AUTOEROTISMO

TEMAS SEXUALES

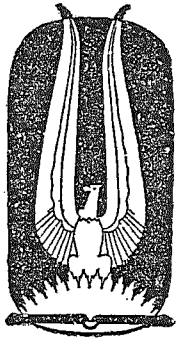
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

30

A. MARTÍN DE LUCENAY

MASTURBACIÓN Y AUTOEROTISMO

El erotismo de los exhibicionistas.—Orígenes de la masturbación.—Sus efectos en el hombre y en la mujer.—Los sueños eróticos. Tratamientos adecuados.—El autoerotismo en la religión.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
SEPTIEMBRE 1968

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

MP. ZOILA ASCASIBAR.—MARTIN DE LOS HEROS, 69.—MADRID

PRÓLOGO DEL TEMA

La masturbación es la perversión sexual más extendida, la más antigua, la más perturbadora y la que al llegar a cierta edad, muy temprana generalmente, han practicado todos los seres humanos, sin distinción de sexo, civilización, educación, condiciones de vida, etcétera. Tan natural—hasta cierto punto—es esta modalidad del apetito sexual, que desde el santo más puro al criminal más deprabado no habrá un sér capaz de demostrar que nunca ha practicado la más grosera de todas las desviaciones del más primitivo de los impulsos animales.

La masturbación es una de las formas del autoerotismo, *o sea la actividad sexual que se desenvuelve sin estar condicionada por la conquista de un objeto sexual real, por la aproximación con un objeto o una persona que no sean el cuerpo del propio sujeto. Un autor define el autoerotismo diciendo que es "el fenómeno de la excitación sexual espontánea sin incitamiento alguno directo o indirecto de otra persona".*

Muchos autores han tratado de ampliar el concepto muchísimo más, hasta el extremo de incluir en él a todas las manifestaciones de la sexualidad que no se concreten al contacto normal de un macho y una hembra, al decir que "la masturbación es la práctica de todos los placeres sexuales que no lleven consigo la intención de reproducir la especie". Modernamente no puede admitirse tan arbitrario concepto, ya que todas las manifestaciones mórbidas del impulso sexual están debidamente catalogadas con sus términos propios de forma que no es posible la confusión.

Ahora bien, dentro del término autoerotismo *debemos distinguir dos modalidades: el autoerotismo es aquella actividad sexual del sujeto puramente psíquica, que algunos han denominado "masturbación psíquica", y la masturbación es la actividad encaminada al mismo fin, pero caracterizada por el empleo de diversos mecanismos, ya sean naturales o artificiales, y que denominaremos "masturbación mecánica".*

Como ejemplos concretos de las dos variedades, diremos que el

autoerotismo psíquico es aquella excitación y orgasmo que pueden provocarse solamente con los recursos de la imaginación, y la masturbación el acto de procurarse placer por frotamientos, roces o cualesquiera otros mecanismos que actúan sobre las zonas erógenas. Esta clase de masturbación puede ser solitaria, en común, homosexual, heterosexual, por medio de la mano, la boca, la lengua, los roces con los vestidos e incluso empleando artefactos mecánicos ingeniosísimos o también aparatos que imitan los órganos genitales de los dos sexos. En este punto, como veremos en el volumen correspondiente (1), *el ingenio humano se muestra tan refinado como en la invención de los elementos más útiles a la cultura.*

En el autoerotismo, cuyo campo es amplísimo, hay que comprender, pues, desde el sueño erótico involuntario hasta los esfuerzos del loco por lograr un placer que muchas veces le niega su misma dolencia mental. A la vez el narcisismo, *es decir, el "autoenamoramiento", es otra variedad autoerótica, como lo es el amor que los místicos decican a sus divinidades produciéndoles un "placer del cielo", que es lo que le ocurría a Santa Teresa, la cual no se resolvía a expresar con claridad la verdadera naturaleza de sus sentimientos divinos cargados de humana fisiología.*

Saliendo de este terreno de los místicos, entramos en el de los artistas, donde nos encontramos en presencia de esos fenómenos que se producen en la sexualidad de individuos que se entusiasman tanto ante una poesía, una composición u otra expresión artística semejante, que de la excitación se pasa a la convulsión específicamente sexual, sin que el hecho pueda ser considerado como francamente anómalo.

Los fenómenos autoeróticos adquieren mayor desarrollo a medida que la civilización avanza, y esto refiriéndonos al autoerotismo puro, o sea el psíquico. No queremos decir con esto que el placer experimentado en esa forma vaya inmediatamente seguido del orgasmo, no; lo que ocurre es que los impulsos sexuales se desahogan por otras válvulas diferentes a las del sexo, no necesitando de las explosiones o convulsiones fuertes más que cuando la acumulación de esas energías representa un peligro para el equilibrio psicofísico. Antiguamente, ¿los placeres sexuales normales atraían al hombre más que ahora? Es posible, porque al estar el ambiente menos cargado de excitaciones, como quiera que el impulso era el mismo, y hasta por lógica razón, más primitivo, no existían más "válvulas" que las naturales, por las que forzosamente había que dar salida al impulso. Pero ahora, cuando la atmósfera está enrarecida por el aroma de tantos placeres, ese impulso llega a evacuarse en convulsiones constantes y casi imperceptibles, es decir, por medio de muchos pocos que terminan por equivaler a un mucho.

(1) Véase el volumen XLII, titulado *Los artificios del placer*, que contiene numerosas ilustraciones reproduciendo los aparatos que el autor cita. (N. del E.)

Ahora bien, el autoerotismo en general—incluyendo, naturalmente, a la masturbación—, ni es de nuestro tiempo ni exclusivo del género humano. Si podemos decir que el hecho de procurarse placeres solitarios exclusivamente, estto es, como único medio de satisfacción erótica, es una manifestación completamente antinatural del instinto, no cabe duda, como decía Fürbringer, que hay una masturbación natural fisiológica y un normal autoerotismo.

Todos, absolutamente todos los seres animales, practican la masturbación, no como perversión, sino como variedad sexual de un inmenso grupo de hechos naturales. Yo he visto en el Jardín Zoológico de París cómo se masturbaba un elefante, en el de Madrid a un pato —sin hablar de los monos—, en la calle a un asno, en una ratonera a una rata que había comido un cebo con cierta dosis de adrenalina y en el campo a una araña macho. Y tan natural es ese acto—cuando no rebasa los límites, repito —que algunas personas se masturban "sin darse cuenta" e incluso sin atribuirlo importancia hasta que no se les revela el supuesto hecho anómalo que significa la observancia de tal conducta.

El erotismo de los exhibicionistas no es más que una modalidad autoerótica imaginativa, como es el de los mixóscopos, ambos ya estudiados en el anterior volumen, puesto que en tales perversiones, por lo general, no hace falta el menor roce para producir el orgasmo, y muy especialmente en el exhibicionismo, como veremos en el primer capítulo.

Así, pues, en el curso del presente tema, veremos que el autoerotismo es normal o anormal, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, leves una veces y graves otras, pero sólo excepcionalmente funesto en menos casos de lo que se ha sostenido y bastante más serio de lo que otros creen, especialmente cuando se presenta en la edad juvenil, que es la más peligrosa y propicia para que la anomalía se arraigue en lo más profundo del sér entero.

EL EROTISMO DE LOS EXHIBICIONISTAS

El narcisismo autoerótico o autoexhibicionismo.— El espejo y su atracción.—Varios casos curiosos.— El de la prostituta rusa.—Horror al espejo.— Fragmento de una carta.—**El recuerdo de Lesbos. El narcisismo "doble".—Opinión de los psicoenalistas.** — Los fantasmas autoeróticos. — Entre los **homosexuales.—Ejemplos.—Las perversiones autoeróticas.**—Los objetos principales de la autoadoración.—**Actitud de los dos sexos.**

En las perversiones visuales de la sexualidad se advierte una forma de indudable expresión autoerótica, si admitimos que el autoerotismo psíquico no necesita de mecanismos materiales para desarrollar toda la actividad erótica, desde la excitación hasta el orgasmo final o convulsión de tumescente.

Esta masturbación psíquica es mucho más refinada que la del mixóscopo, puesto que este pervertido se excita con el espectáculo de unos actos que producen idénticos efectos en individuos completamente normales y obtienen la detumescencia mediante el proceso de autosugestión, que consiste en imaginarse que es él el individuo actor de la escena. En los mixóscopos más pervertidos, el orgasmo se produce siempre tan pronto como advierte que se opera el fenómeno en el sujeto que él se imagina ser.

En cambio, el exhibicionista ya desarrolla una actividad psíquica infinitamente más complicada y extraña, puesto que no necesita de ningún espectáculo más o menos excitante de su sexualidad. En muchos casos, estos fenómenos autoeróticos son casos de verdadero *narcisismo,* es decir, de auto-adoración sexual, hecho que se observa más frecuentemente en las mujeres que en el hombre, y que en realidad es a la vez un fenómeno de auto-exhibicionismo.

Así, pues, desde este punto de vista vamos a analizar el autoerotismo, tal vez el menos investigado a pesar de ser muy frecuente en los dos sexos. No se trata de la forma estrictamente psíquica del autoerotismo, aunque ello ocurre en muchísimos casos, sino que se complementa con determinados mecanismos y recursos, entre los cua-

les destaca el espejo, que no es, ni más ni menos, que el caso del mitológico Narciso. Este individuo, bellísimo de formas, según la mitología, era hijo del río Cefiso y de la ninfa Liriope. Un día que vió su imagen reflejada en la tersa superficie de un estanque, se enamoró tan intensamente de ella que se arrojó al agua para asirla y gozarla. Naturalmente, como por lo visto no sabía nadar o la locura erótica que se apoderó de él no pudo ser disuelta por la frialdad del agua, se ahogó, diciéndose que murió de amor en el fondo del estanque, donde quedó transformado en la flor que desde hace tantísimos cientos de años lleva su nombre.

Huelga decir que esta anomalía es francamente homosexual cuando se trata del auto-exhibicionismo, si bien existen otras variedades por las que no le es preciso al pervertido verse a sí mismo, bastándole con saber que la visión de su cuerpo puede llamar la atención de los demás, especialmente cuando los espectadores son mujeres, en cuyo caso la modalidad es heterosexual, pero acompañada de cierta indiferencia e incluso repugnancia, no sólo hacia el acto sexual normal, sino también hacia la mujer.

Ahora bien, si nos fijamos un poco en ciertos detalles de nuestra vida íntima, vendremos al convencimiento de que todos tenemos algo de Narciso , lo que no quiere decir que por eso vayamos a emocionarnos sexualmente ante el espectáculo de nuesro propio cuerpo, como le ocurrió a aquél desdichado; pero no cabe duda que desnudos o vestidos nunca es desagradable verse en un espejo.

Esto, que es tan corriente y tan normal, no quiere decir nada de nadie a quien guste permanecer unos minutos ante un espejo, ni debe sorprenderse de su actitud; pero, esto no obstante, lo que queremos decir es que el narcisismo llevado a esos extremos anómalos, se basa en el simple gesto de la mujer que se pinta los labios o el hombre que se hace el nudo de la corbata delante del espejo. Huelga decir, naturalmente, que de un aspecto a otro media todo un verdadero abismo psicológico y patológico también.

El narcisismo puede ser considerado como francamente patológico, cuando al absorber por entero el interés de la vida erótica, sustituye al impulso sexual normal, aunque no falten componentes psíquicos, verdaderos "fantasmas" de actos normales que el narcisista imagina para sí, en los que se desdobla, adoptando las formas y creando las situaciones que más convienen a su imaginación, que actúa en un mundo erótico interior.

En este caso, el pervertido goza consigo mismo en una forma que es a la vez sexual y estética. Se acaricia, se besa las manos, los brazos y todas aquellas partes de su cuerpo que puede tener al alcance de

los labios. Imagina que su otro yo le acaricia y llena de delicadas atenciones, habla en voz alta, ríe, y todos los gestos que hace son los mismos que realizaría si se hallase delante de otra persona efectivamente amada. El narcisista se coloca delante de un gran espejo, adoptando unas posturas que estudia muchas veces mediante cuidadosos ensayos, hasta que empieza a fingir la posesión o el acto simbólico que siempre completa con la masturbación.

El caso de narcisismo más curioso que yo he conocido, es el de una joven estudiante de Farmacia, muy bella e inteligente, pero con un ligero tinte de masculinidad, que se advertía especialmente en los gestos y en el escaso desarrollo de los pechos y la pelvis. Aunque trataba de ocultarlo, parecía tener una amistad bastante íntima con otra compañera, aunque, en contraste, solicitó un tratamiento para librarse de la rara forma de autoerotismo que había adoptado, y cuyo origen, pese a sus reiteradas negativas, creo que estaba en antiguas prácticas sáficas homosexuales.

La impulsión a verse desnuda ante un gran espejo, decía que era irresistible, aunque "sabía el desenlace". Empezaba por acariciarse los pechos, dirigiéndoles frases cariñosas, "como si ellos—dice—pudieran devolverme tan absurdas caricias". Los besos que se daba en los pezones la excitaban bastante, pero no hasta el extremo de provocar el orgasmo, lo que sólo conseguía, después de un cuarto de hora o veinte minutos, por medio de la aposición de los labios a sus propios órganos genitales, lo que conseguía no sin grandes dificultades, por la imposibilidad de adoptar tan violenta postura cómodamente. Afirmaba que jamás la había hecho esa caricia lésbica ninguna mujer ni sintió nunca deseos de que se la hiciese un hombre, lo que la repugnaría tanto como si ella hubiera de hacérsela a otra mujer.

Un autor refiere este caso de narcisismo en un hombre que se hacía a sí mismo la succión del miembro viril, "habilidad que explotaba en una casa de prostitución de París ante un numeroso grupo de homosexuales masculinos".

Una prostituta rusa que vivió en Barcelona algunos años, se retiró de la profesión, dedicándose a una ocupación honesta, "porque estaba enamorada de su cuerpo y no quería que le gozase nadie más que ella". En este caso francamente patológico, incluso existía un ligero sentimiento de celos, por lo que llegó a tomar verdadera aversión a los hombres que se obstinaban en hacerla caricias "poco naturales, de cuyos efectos no se podía librar nunca", en virtud, sin duda, de su fácil excitabilidad.

Pero no paró aquí la extraña vida sexual de esta mujer. En una ocasión presenció una fiesta de circo, viendo hasta dónde podía llegar

la flexibilidad del cuerpo humano en una acróbata que con toda facilidad metía la cabeza entre los muslos. Desde entonces procuró realizar aquel difícil ejercicio, lo que consiguió al cabo de dos meses, considerándose entonces completamente feliz.

No cabe duda que éstas son las formas extremas del narcisismo, más que por su fondo psíquico, por el extraordinario aparato que se necesita para desarrollar la actividad autoerótica respondiendo a las extrañas concepciones imaginadas por el sujeto.

Un artista de teatro que actuaba en provincias, inteligente, sano y perfectamente normal en cuanto al desempeño de su profesión, decía a un médico que lo primero que hacía cuando llegaba al cuarto de un hotel era cubrir todos los espejos, a fin de no excitarse sexualmente con la contemplación de su propia figura, de la que estaba enamorado, con la particularidad de que se gustaba más vestido que desnudo.

Una vez que la excitación comenzaba, no le era posible reprimirse, por muchos esfuerzos que realizase en este sentido, teniendo que terminar por medio de la masturbación, utilizando el "fantasma" de que se frotaba con su otro yo.

El narcisismo, según Hughes, tiene una explicación estética: "El sujeto, dice, se halla todo él en una fase psicológica singular, y no todo es psicología morbosa. Se halla íntimamente unido al sentido artístico que admira el desnudo en el arte."

Desde luego, no hay duda que la inmensa mayoría de los casos de narcisismo estudiados, demuestran que el sujeto suele tener un concepto natural de la belleza y un bien definido temperamento artístico en cualquier orden, ya sea pictórico, escultórico, musical, etc. Lo que está comprobado también, que el narcisismo afecta más a las personas de inteligencia cultivada que a aquellas otras de educación deficiente, o sea lo mismo que ocurre en la homosexualidad refinada, es decir, los herederos de las tradiciones de los antiguos estetas griegos.

Una joven heroína de novela, en el momento en que los azares de la vida empezaban a empujarla hacia la prostitución, escribía lo siguiente: "Soy hermosa. Me causa placer despojarme de mis vestidos uno a uno, delante del espejo, y mirarme tal como soy, blanca como la nieve y esbelta como un pino, con mis largos y finos cabellos, semejantes a un manto de negra seda. Cuando esparzo su negro caudal con ambas manos, parezco un blanco cisne con alas negras."

En este caso, como el autor no dice más, podemos suponer que esa admiración de sí misma no tenía nada que ver con el erotismo. En cambio, esta otra muchacha, homosexual, también escribía algo parecido, pero en términos que no ofrecen duda respecto a sus sentimientos: "..., por fin, me pusieron el espejo en el cuarto de baño; estaba dispuesta a trasladarme a otra pensión si no lo arreglaban debidamente, pues tú sabes que uno de mis placeres preferidos consiste en acariciar mi cuerpo, que tú has besado tantas veces, porque en esos momentos, imaginándome que eres tú quien me acaricias, no puedo resistir la tentación de "traicionarte un poco", porque pienso en mí demasiado, en compensación de lo poco que tú te acuerdas de tu enamorada..." (Lámina I.)

Ellis cita el caso siguiente: "Una señora de veintiocho años, educada en el campo. Es una mujer hermosa, bien proporcionada, activa, robusta e inteligente, aunque sin marcada inclinación por el sexo opuesto; al mismo tiempo, no es una invertida, por más que le gustaría ser hombre y siente gran desprecio por las mujeres. Tiene intensa admiración por su propia persona, especialmente por sus miembros; nunca es más feliz que cuando está sola y desnuda en su alcoba, y en cuanto le es posible, cultiva el desnudo. Sabe de memoria las medidas de su cuerpo, se enorgullece de que estén en estricta concordancia con los cánones de la proporción, y se ríe vanidosamente al pensar que sus caderas son más gruesas que muchos talles de mujer. Es franca y segura en sus modales, sin timidez sexual, y a la par que gusta ser objeto de las atenciones y de la admiración de los demás, no procura conquistarlas, y parece no haber experimentado nunca emociones más fuertes que las del placer que halla en sí misma. Debo añadir que no he tenido oportunidad de proceder a un examen más detenido, y que no puedo afirmar, de una manera positiva, la ausencia de la masturbación."

Otro caso curioso, citado por un médico naturista francés, es el de una joven de veintiún años, bien formada, inteligente y muy aficionada a la poesía. Esta muchacha, según su confesión, experimentaba gran placer imaginándose que estaba en los tiempos de Grecia, siendo admirada por una muchedumbre de estetas femeninos que a la vez "recitaban poesías en honor de sus gracias" en las márgenes de un río de la isla de Lesbos. Todo este fantasma necesitaba el escenario de un estanque o un remanso de aguas tranquilas, que estaba algo alejado del campamento nudista, donde fué sorprendida varias veces realizando movimientos y gestos "que revelaban bien a las claras su naturaleza narcisista o de auto-admiración sensual". (Lámina II.)

Un escritor francés habla de una modalidad extraña del narcisismo "de dos individuos de diferente sexo", caso del que hasta ahora nunca se tuvieron noticias. Se trata de dos artistas de variedades, una mujer y un hombre, pero homosexuales, que interpretan grupos

la flexibilidad del cuerpo humano en una acróbata que con toda facilidad metía la cabeza entre los muslos. Desde entonces procuró realizar aquel difícil ejercicio, lo que consiguió al cabo de dos meses, considerándose entonces completamente feliz.

No cabe duda que éstas son las formas extremas del narcisismo, más que por su fondo psíquico, por el extraordinario aparato que se necesita para desarrollar la actividad autoerótica respondiendo a las extrañas concepciones imaginadas por el sujeto.

Un artista de teatro que actuaba en provincias, inteligente, sano y perfectamente normal en cuanto al desempeño de su profesión, decía a un médico que lo primero que hacía cuando llegaba al cuarto de un hotel era cubrir todos los espejos, a fin de no excitarse sexualmente con la contemplación de su propia figura, de la que estaba enamorado, con la particularidad de que se gustaba más vestido que desnudo.

Una vez que la excitación comenzaba, no le era posible reprimirse, por muchos esfuerzos que realizase en este sentido, teniendo que terminar por medio de la masturbación, utilizando el "fantasma" de que se frotaba con su otro yo.

El narcisismo, según Hughes, tiene una explicación estética: "El sujeto, dice, se halla todo él en una fase psicológica singular, y no todo es psicología morbosa. Se halla íntimamente unido al sentido artístico que admira el desnudo en el arte."

Desde luego, no hay duda que la inmensa mayoría de los casos de narcisismo estudiados, demuestran que el sujeto suele tener un concepto natural de la belleza y un bien definido temperamento artístico en cualquier orden, ya sea pictórico, escultórico, musical, etc. Lo que está comprobado también, que el narcisismo afecta más a las personas de inteligencia cultivada que a aquellas otras de educación deficiente, o sea lo mismo que ocurre en la homosexualidad refinada, es decir, los herederos de las tradiciones de los antiguos estetas griegos.

Una joven heroína de novela, en el momento en que los azares de la vida empezaban a empujarla hacia la prostitución, escribía lo siguiente: "Soy hermosa. Me causa placer despojarme de mis vestidos uno a uno, delante del espejo, y mirarme tal como soy, blanca como la nieve y esbelta como un pino, con mis largos y finos cabellos, semejantes a un manto de negra seda. Cuando esparzo su negro caudal con ambas manos, parezco un blanco cisne con alas negras."

En este caso, como el autor no dice más, podemos suponer que esa admiración de sí misma no tenía nada que ver con el erotismo. En cambio, esta otra muchacha, homosexual, también escribía algo parecido, pero en términos que no ofrecen duda respecto a sus sentimientos: "... por fin, me pusieron el espejo en el cuarto de baño; estaba dispuesta a trasladarme a otra pensión si no lo arreglaban debidamente, pues tú sabes que uno de mis placeres preferidos consiste en acariciar mi cuerpo, que tú has besado tantas veces, porque en esos momentos, imaginándome que eres tú quien me acaricias, no puedo resistir la tentación de "traicionarte un poco", porque pienso en mí demasiado, en compensación de lo poco que tú te acuerdas de tu enamorada..." (Lámina I.)

Ellis cita el caso siguiente: "Una señora de veintiocho años, educada en el campo. Es una mujer hermosa, bien proporcionada, activa, robusta e inteligente, aunque sin marcada inclinación por el sexo opuesto; al mismo tiempo, no es una invertida, por más que le gustaría ser hombre y siente gran desprecio por las mujeres. Tiene intensa admiración por su propia persona, especialmente por sus miembros; nunca es más feliz que cuando está sola y desnuda en su alcoba, y en cuanto le es posible, cultiva el desnudo. Sabe de memoria las medidas de su cuerpo, se enorgullece de que estén en estricta concordancia con los cánones de la proporción, y se ríe vanidosamente al pensar que sus caderas son más gruesas que muchos talles de mujer. Es franca y segura en sus modales, sin timidez sexual, y a la par que gusta ser objeto de las atenciones y de la admiración de los demás, no procura conquistarlas, y parece no haber experimentado nunca emociones más fuertes que las del placer que halla en sí misma. Debo añadir que no he tenido oportunidad de proceder a un examen más detenido, y que no puedo afirmar, de una manera positiva, la ausencia de la masturbación."

Otro caso curioso, citado por un médico naturista francés, es el de una joven de veintiún años, bien formada, inteligente y muy aficionada a la poesía. Esta muchacha, según su confesión, experimentaba gran placer imaginándose que estaba en los tiempos de Grecia, siendo admirada por una muchedumbre de estetas femeninos que a la vez "recitaban poesías en honor de sus gracias" en las márgenes de un río de la isla de Lesbos. Todo este fantasma necesitaba el escenario de un estanque o un remanso de aguas tranquilas, que estaba algo alejado del campamento nudista, donde fué sorprendida varias veces realizando movimientos y gestos "que revelaban bien a las claras su naturaleza narcisista o de auto-admiración sensual". (Lámina II.)

Un escritor francés habla de una modalidad extraña del narcisismo "de dos individuos de diferente sexo", caso del que hasta ahora nunca se tuvieron noticias. Se trata de dos artistas de variedades, una mujer y un hombre, pero homosexuales, que interpretan grupos

y figuras del amor mitológico. Ni él ni ella experimentan la menor emoción sexual de inspiración recíproca, aunque fingen a maravilla los gestos, actitudes y caricias del *amor puro*, entendiendo por tal al que está desprovisto de todo materialismo, es decir, de todo deseo específicamente sexual.

No obstante, esta original pareja sostiene un criterio idéntico en cuanto al significado de sus emociones. Las imágenes o fantasmas eróticos que se forjan, se basan en la admiración que pretenden causar, cada uno en los espectadores de su sexo, pero sin ocuparse de las emociones que pudiesen producir en individuos de sexo distinto, o sea heterosexuales. "La inmensa mayoría de nuestros habituales —decía él—, si son hombres, se imaginan que mi *partenaire* es un hombre también, y si mujeres, que yo pertenezco al sexo femenino."

Como se ve, este fantasma erótico recíproco, puesto que ambos piensan de la misma manera—cada uno, morfológicamente, puede ser conceptuado como un bello representante de su sexo—, se elabora en virtud de un complicado proceso psíquico, aunque en este caso es fácil que los artistas tengan motivos más que sobrados para enjuiciar acerca de las inclinaciones sexuales de sus espectadores, seguramente invertidos en su mayoría. (Lámina III.)

Acerca de los "fantasmas eróticos", los psicoanalistas han hecho definiciones muy felices. Hesnard dice que son "imágenes, representaciones imaginativas de objetos o de situaciones concretas, cuyo carácter esencial es procurar al sujeto la excitación erótica propiamente dicha, es decir, una excitación sexual consciente y más o menos intencionada. El fantasma erótico en general, agrega, parece representar en el individuo sometido a las represiones eróticas—inherentes a la civilización y a la cultura—un elemento narcisístico esencial y (en estado de esbozo) normal de la sexualidad: el que representa la satisfacción simbólica y como derivación interior consciente del instinto no exteriorizado."

Afirma que en lo que se refiere a sus "caracteres generales" aparentes, los fantasmas eróticos son muy variables, desarrollándose siempre sobre un cierto número de temas eróticos fundamentales, a decir verdad, siempre bastante sosos y monótonos, a pesar de su amplia variación de detalles. "Tales son—añade—muchas fantasías eróticas de los neurópatas, verdaderas páginas de álbum erotológico, que su imaginación solitaria enfebrecida hojea con complacencia o avidez. Estas ilusiones les procuran un placer que algunas veces se desarrolla hasta llegar a las maniobras masturbadoras, otras sirven para provocar ensueños voluptuosos interminables y muchas para llegar sin masturbación hasta el orgasmo completo."

A pesar de la variabilidad de esta clase de fantasmas autoeróticos, los narcisistas suelen aceptar nada más que uno durante toda su vida sexual anormal, lo que puede ser una parte cualquiera del cuerpo, un objeto o animal de contornos precisos, una prenda de vestir, generalmente femenina, un botón de nácar, una cánula vaginal, una cinta, un pañuelo, etc., o bien una escena cualquiera sádica, masoquista u otra parecida. Esto ocurre en los casos de degeneración psicosexual extrema, en los que el narcisista asocia la admiración de su cuerpo con esos fantasmas auxiliares. Tengo noticias de un muchacho de dieciocho años, interno en un centro docente, cuyo narcisismo comprobado necesita del auxilio de un fetiche femenino para completar sus ensueños autoeróticos. No obstante, parece ser que se trata de un homosexual, curioso contraste con la preferencia de ese objeto, que no es más que una cinta de terciopelo negro que quitó a una muchacha, "porque se la vió puesta en la garganta".

En este caso curiosísimo, nos encontramos con varias circunstancias confusas de no muy fácil determinación. El narcisismo de este sujeto está comprobado en el hecho de que gusta mirarse desnudo en un espejo, a la vez que se acaricia el cuerpo. Los compañeros, indulgentes y cultos, "le han dejado por imposible", como ellos dicen, aunque se divierten con los gestos de este anormal, que gusta de exhibirse desnudo, adoptando "poses" completamente femeninas, de paso que no deja de inquirir opiniones acerca de la belleza de su cuerpo. Es fetichista, por el detalle de la cinta negra, "a la que acaricia, besa y dirige frases, como si se tratara de una persona". Otras veces se la pone en el cuello fuertemente apretada, "hasta congestionarse", lo que revela la existencia de un elemento de perversión, hasta cierto punto natural, como veremos en otro volumen, y que puede interpretarse por el deseo de estrangular que algunas veces acomete al hombre durante el coito, o el de ser estrangulada que experimenta la mujer. No cabe duda que esta tendencia sádica en el hombre y masoquista en la mujer, se asocia de una manera ambivalente en el caso que nos ocupa, ateniéndose a los informes que me facilitan los amigos de este pervertido.

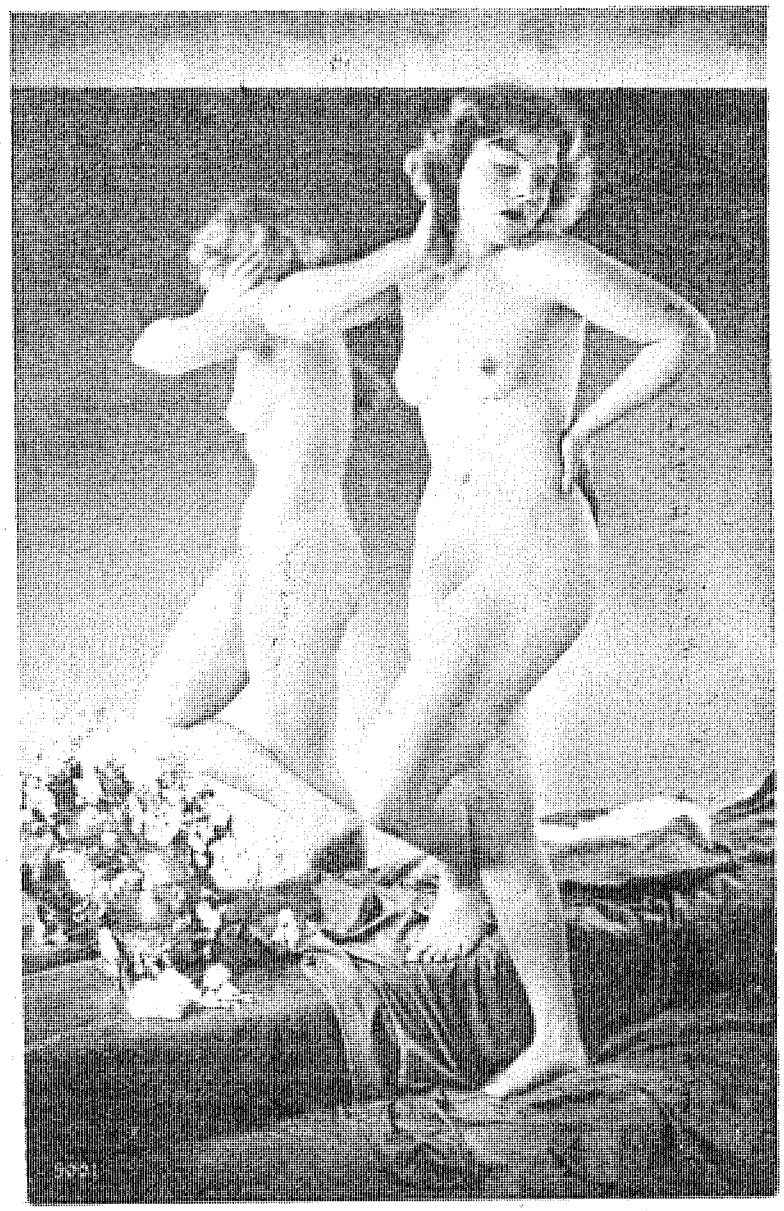
Puede ocurrir que en sus verdaderas explosiones autoeróticas, se sienta unos momentos hombre y otros mujer, lo que prueba la existencia de un hermafroditismo psíquico de trazos firmes, aunque por lo general predominan las tendencias femeninas. El pene y los testículos los tiene normalmente desarrollados, pero cuando se exhibe "procura ocultar sus partes sexuales de forma que pueda obtenerse la impresión de que es una mujer".

Casi todos los pervertidos —sobre todo masculinos— que son

hermosos de cuerpo y de rostro, son narcisistas; en cambio, hay muchos narcisistas que no experimentan emociones como no sea en la admiración de su propio cuerpo. Muchos se sirven de fantasmas tales como el de creerse luchadores de grecorromana, boxeadores y futbolistas que luchan y juegan con otros individuos, que son ellos mismos, y con los que tienen contactos violentos. Estos fantasmas son narciso-sádicos-masoquistas; primero: la atracción fundamental está en la reproducción multiplicada X veces de su cuerpo, al que admiran por su belleza; segundo: esos contactos violentos activos les produce un placer sádico, como el que un hombre normal puede experimentar al rozarse con mujeres en condiciones favorables, y tercero: el masoquismo se evidencia en la actitud pasiva del sujeto, y que es el deleite que se experimenta cuando se sufren ciertas violencias por parte de la persona amada o deseada. El lector se explicará perfectamente este fenómeno, primero: admitiendo la hipótesis de que el narcisista pueda desdoblarse en dos "yos" exactamente iguales, lo mismo en lo psíquico que en lo físico, y segundo: que ame a su doble con la misma intensidad que un hombre puede amar a una mujer, siendo los dos sádico-masoquistas, esto es, que gocen tanto con el daño que causan como con el que reciben el uno del otro.

Aunque muchos autores pretenden demostrar en ciertos casos, seguramente observados a la ligera, que los fantasmas del narcisista son, por lo general, puramente estéticos, es preciso decir que, si bien en ninguno falta ese elemento de autoadmiración artística que pudiéramos llamar, es dificilísimo encontrar uno solo, sea hombre o mujer, en que el final de ese a modo de éxtasis autoadmirativo no sea franca y libremente voluptuoso de naturaleza específicamente sexual. El eretismo sexual imaginativo del narcisista es siempre muy acentuado y está en relación con su cultura. Esto ocurre muy frecuentemente en los artistas más cultos, dibujantes por ejemplo, los cuales reproducen sus imágenes, a veces de expresión indudablemente casta para el concepto de una persona normal, pero que en realidad representan la condensación de su erotismo anómalo. Lo mismo se observa en algunos novelistas, compositores musicales, escultores, etc. Un músico belga muy inteligente y autor de varias bellas composiciones, representaba las notas musicales por medio de curvas más o menos pronunciadas, sin atenerse a los signos propios de la escritura musical. Una de estas extrañas composiciones llevaba por título *Mon corp*, esto es, "mi cuerpo", que no podía ejecutar sin excitarse sexualmente hasta terminar en la masturbación.

La anormalidad del narcisista es solamente psicosexual. Estos fantasmas, este sistema de autoerotismo imaginativo, sólo es posible en



NARCISISMO COMÚN

En infinitos casos de narcisismo, el espejo es el auxiliar imprescindible, sin el cual esta perversión perdería uno de los motivos fundamentales, ya que su origen es, en gran parte, estético.

LAMINA I



NARCISISMO GRIEGO

En esta modalidad se combinan, por lo general, diversos elementos imaginativos, en los que la autoadmiración estética precisa de la cooperación de factores artísticos.

LAMINA II

los individuos inteligentes y cultos, o, por lo menos, en estos sujetos es donde más comúnmente se advierten tales anomalías.

El autoerotismo psíquico se diferencia del mecánico, como ya hemos dicho, en que en el primero la convulsión se produce con el concurso de la imaginación que se crea esos fantasmas, y en el segundo, ya son necesarios determinados mecanismos para poner fin a la tensión erótica.

Un caso de esta naturaleza, pero con antecedentes de masturbación, es el siguiente, citado por Iwan Bloch:

"Cuando era un niño de siete a diez años—le refiere el sujeto—, antes de practicar la masturbación, me acostumbré a ir descalzo, lo que me agradaba mucho, como también el mostrarme así a la gente; pero esa afición se me pasó repentinamente. Mas al llegar a los quince años y antes de cumplir los dieciséis, que comencé a masturbarme, se despertó de nuevo dicha inclinación, que todavía no he abandonado. Como para ella me faltaban ocasión y tiempo, no podía satisfacerla al principio más que en vacaciones, y después, cuando disfrutaba de alguna licencia, iba a pasar ese tiempo en el campo, donde residía mi familia y tenía mi hogar. Como todos en la pequeña ciudad campesina y sus alrededores me conocían, daba larguísimos paseos, y a veces hasta en carruajes, para llegar a sitios donde confiaba en que nadie sabría quién soy. Para ello llevaba un traje de chaqueta con un pantalón muy ancho y de una tela muy fina, que me permitía remangármelo con facilidad, dejando el muslo al descubierto, lo que era imprescindible, pues de otro modo no habría encontrado el menor placer en ello.

Además, lo que fuera de estos casos nunca me ocurre, no llevaba calzoncillos ni camiseta, y en vez de camisa de vestir, me ponía una de dormir. Cuando llegaba al sitio que me convenía, ocultaba la chaqueta, las botas y los calcetines en cualquier sitio a propósito, convertía en blusa la camisa de dormir y me remangaba los pantalones cuanto podía. Con frecuencia me dirigía a la gente que trabajaba en las labores del campo, de la que prefería a los segadores de heno, y lograba que me permitieran ayudarles en su faena, a lo que generalmente accedían. Entonces me despojaba de la chaqueta, me quedaba descalzo y, aunque no había motivo ninguno para ello, me arremangaba bien los pantalones, como acabo de decir. Tenía necesidad de ser visto y de conformarme exhibiéndome así ante los campesinos o trabajadores; pero si me veía gente distinguida, veraneantes o bañistas, mi placer era mucho mayor.

Una vez oí que un señor decía a otro: "¡Mira qué chico más guapo y qué piernas tan bonitas tiene!", me consideré feliz. Tenía a

la sazón dieciocho años, y todavía recuerdo con gusto la impresión que me produjeron aquellas palabras. También me gustaba que *me vieran desnudo*, y para ello procuraba estar cerca de estanques y riachuelos, a fin de poderme excusar, si hubiera sido preciso, alegando que me iba a bañar. A veces me situaba cerca de la vía férrea completamente desnudo y en actitudes pintorescas, para que al paso del tren pudieran verme los viajeros.

Generalmente lo hacía en verano, cuando los días eran cálidos y el tiempo bueno; pero a veces lo hice estando el campo nevado. Esos paseos poco vestido o desnudo me proporcionaban inefables delicias. La cosa terminaba provocando la eyaculación masturbándome, lo que "hasta cierto punto me devolvía a la realidad, porque si no creo que no me habría podido decidir a volver a vestirme normalmente, tanto más cuanto que en aquellas ocasiones era casi insensible al hambre, la sed, el cansancio, el calor, etc. Era aquél un estado de ensueño y de agradable placidez."

Otro caso muy parecido por las circunstancias que concurren en él es el de una joven de dieciséis años, que también acostumbraba a pasearse en paños menores en las inmediaciones de un río, en el que se bañaba completamente desnuda. Si era vista por algún hombre, se trasladaba a la margen opuesta. Su mayor placer consistía en bañarse delante de hombres, pero a condición de que éstos no se hiciesen visibles de forma que creyeran que ella no les veía. En esta ficción se complacía en hacer como que se levaba los pechos y la zona genital, adoptando las posturas más excitantes.

En una ocasión la siguieron varios muchachos de su edad hasta un viejo palomar, donde la joven se masturbaba repetidas veces. Este caso se descubrió cuando denunció una tentativa de violación de que fué objeto por parte de sus observadores, de los que se defendió dando pruebas de una energía impropia de su sexo y de su edad.

Un médico legista que intervino en el asunto, comprobó que la muchacha conservaba íntegros los signos físicos de su virginidad. En cuanto al origen de su perversión, fué posible al médico de referencia efectuar una investigación minuciosísima, "gracias—dice el facultativo—al hecho de que la muchacha no daba importancia a su perversión por creerla un acto natural y permisible".

Manifestó que cuando tenía seis o siete años de edad, acostumbraba ir al río con sus hermanos y algunos amigos de éstos de catorce a dieciséis años, para ver cómo se bañaban varias mujeres, entre ellas las de una casa de mala nota de la ciudad, las cuales lo hacían casi desnudas. Dice que lo que más la impresionó fué el interés que manifestaban los muchachos por verlas vestirse y desnudares, hasta el

punto de que muchas veces se acercaban al sitio donde las mujeres se desnudaban y vestían, ocultándose entre las malezas para no ser vistos. Luego volvían a su observatorio, y mientras referían lo que habían visto se masturbaban, "experimentando un placer que debía de ser muy intenso". Desde entonces, siempre acarició la idea de que cuando fuese mayor se bañaría lo mismo que aquellas mujeres, y mejor aún sin ropa, completamente desnuda; los pequeños viciosos encontraban en aquel espectáculo el inconveniente de los trajes de baño u otra prenda cualquiera.

El narcisismo de esta muchacha se advertía bien claro en su manifestación de que "ninguna de las mujeres que había visto, tenía el cuerpo tan perfecto como ella"; pero, a pesar de su supuesta inocencia, no cabe duda que el elemento perversidad se acusaba con firmes caracteres en los gestos que realizaba al bañarse, en forma de sadismo moral, puesto que su excitación se derivaba de la excitación que creía producir en la sexualidad de sus espectadores. Así pues, debe afirmarse que se trataba de un caso típico de exhibicionismo.

En las casas de prostitución se observan infinitos casos de esta naturaleza, pero completamente artificiales, ya que la prostituta, valiéndose de los recursos de seducción que según su mentalidad considera como más enérgicos y de más inmediatos efectos, no hace otra cosa sino actuar en la esfera puramente mercantil.

Una artista de variedades que fué célebre en España hace ya unos cuantos lustros y que actuaba en un teatrito cuyo público hubiera podido servir de magnífico material de investigación clínica, decía que no había encontrado deleites mayores que los que experimentaba en aquellas noches de sábados viendo a sus espectadores encendidos en las llamas de lujuria que prendían sus canciones y la exhibición de su cuerpo. Al entrar en el camerino, acostumbraba a permanecer algunos minutos mirándose en un gran espejo y pensando "en lo que hubieran hecho de su cuerpo aquellos hombres enfebrecidos". Este pensamiento la horrorizaba por una parte; pero por otra, escribe. "Yo no sé cómo explicar el fenómeno que se operaba en mi naturaleza, pues sólo con este pensamiento, mientras acariciaba mi cuerpo como compadeciéndole de lo que sufriría al caer en manos de aquellos hombres, experimentaba un deleite "que en muchos momentos no hubiera cambiado por ningún otro", y que me obligaba a cometer la estupidez de besar mis manos, mis pechos, mis muslos y todas las partes que yo suponía habrían de ser peor tratadas por mis admiradores menos educados."

El fantasma erótico de esta artista era de fuerte significación algolágnica o masoquista, es decir, que el placer provenía del pensamiento

de "lo que hubiera ocurrido". El narcisismo aparece de una forma velada y casi inconsciente cuando cometía la "estupidez" de acariciar su cuerpo en las partes que por representar la mayores focos de atracción sexual, serían "peor tratadas".

Un caso curioso de narcisismo fué observado por un médico sexólogo francés en un museo de arte moderno al sorprender masturbándose a un joven de veinte años que se pasaba varias horas ante un cuadro representando a un hombre desnudo. Lo más curioso es que el individuo en cuestión no era homosexual, puesto que se le conocieron varias aventuras con mujeres. Su fantasma erótico consistía en imaginarse que el sujeto reproducido en el cuadro era él mismo; entre ambos se notaba algún parecido. Obtenía la excitación cuando escuchaba los comentarios o veía los gestos de las mujeres que acudían a admirar el cuadro, que interpretaba como admiración hacia él. Jamás llegó a salir de su actitud pasiva, "aunque en muchas ocasiones—dice—me sentí fuertemente excitado en virtud de los comentarios audaces que hacían algunas mujeres". El mismo médico refiere un caso análogo de una mujer de treinta y dos años, cuyo fantasma autoerótico lo constituían las emociones estéticas que a los visitantes masculinos de otro museo producía un cuadro que representaba una alegoría modernista de la primavera, cuyo rostro tenía una semejanza muy notable con el de dicha mujer.

En la evolución del autoerotismo narcisista (que puede ser esencialmente psíquico, o sea la "masturbación mental" de que hablan algunos autores, o físico, si intervienen mecanismos materiales en la producción del orgasmo), se encuentran ciertas diferencias, según el sexo y la orientación sexual. El hombre narcisista heterosexual, centra la autoadmiración en sus órganos sexuales. En los que manifiestan tendencias homosexuales, la boca y la región inguinal suelen ser los centros de sus fantasmas; en algunos, francamente homosexuales, las nalgas suponen el punto esencial de su perversión. Moll refiere el caso de un invertido, admirador de las nalgas masculinas, que, "habiendo tenido ocasión de observar sus propias nalgas en un espejo al mudarse de ropa, quedó sorprendido de su belleza, y después se complacía en admirarlas y acariciarlas. Otro invertido estaba enamorado de sus manos, hasta el extremo de ir dos veces diarias a la manicura. En su cuarto de trabajo—era dibujante—tenía numerosas fotografías y pinturas que reproducían sus manos.

En la mujer suelen ser los pechos y las caderas los principales focos autoeróticos, y muy rara vez los órganos sexuales. Por lo general, cuando esta atracción principal está centrada en los pechos, se produce el orgasmo por medio de la succión del pezón, los besos o

las presiones violentas y rápidas. Si son las caderas la parte preferidas, el final de sus delirios está en la masturbación, la que practican, siempre delante de un espejo, cruzando fuertemente los muslos y practicando leves movimientos rotatorios de las caderas. En realidad, este mecanismo ejerce su acción sobre la región clitoriana, obteniéndose el orgasmo rápidamente. Este es el sistema de masturbación que más frecuentemente practican las mujeres cuando se hallan delante de otras personas, lo que fácilmente puede advertir un mediano observador por los movimientos rítmicos que imprimen a una pierna, cruzada sobre la otra, y que por lo regular suele ser la derecha.

El autoerotismo de los autoexhibicionistas es, como el de los místicos, una de las perversiones sexuales más refinadas y egoístas, la más insidiosa y la que se encubre con mayor facilidad; es, en resumen, el método de satisfacción sexual empleado por los grandes hipócritas.

ORIGENES DE LA MASTURBACIÓN

La palabra "onanismo".—La leyenda de Onán no es la de un masturbador.—Significación correcta. La masturbación en los niños de pecho.—Observaciones propias. — Un poco de autobiografía. — Causas fisiológicas del autoerotismo.—Espontaneidad de las manifestaciones.—Observaciones en un colegio.—La gimnasia erotogénica.—Los peligros de las niñeras.—Masturbación en común.—La consulta de un lector.—Siempre el traumatismo psíquico.

Ya sabemos que el autoerotismo en general es la tendencia a buscar satisfacciones sexuales por medio de mecanismos psíquicos o físicos sin que el individuo necesite de la cooperación de otra persona. Aunque ya hemos hecho la división de este fenómeno, vamos a referirnos ahora al *anonismo,* denominación que muchos tratadistas quieren aplicar a las diferentes formas anómalas de provocar el orgasmo venéreo; pero que, realmente, es una palabra que no tiene ningún valor, aunque su empleo esté muy difundido, puesto que sólo se refiere a un acto determinado que no acaba de ser completamente autoerótico.

La palabra "onanismo" tiene su origen en la conducta de Onán, personaje bíblico que tiene una historia sexual-conyugal muy corta y bastante dramática. Onán fué un hebreo, segundo hijo de Judá y de una mujer de la tribu cananea. Su hermano mayor, Her, matrimonió con Thamar, otra judía, naturalmente; pero cuando suponemos que vivían más felices, Thamar quedó viuda, y, lo que es peor, sin descendencia.

El infortunio de aquella viuda no había de prolongarse mucho tiempo, gracias a la ley del levirato, es decir, del rito hebráico, por cuanto que Onán estaba en la obligación de desposarla con el exclusivo objeto de "suscitarle descendencia", según dice el *Génesis.* Sucedió, pues, que Onán y Thamar contrajeron nupcias con gran júbilo de todos e incluso del mismo Jehovat, que con su intervención santificó aquel ayuntamiento.

Carecemos de datos concretos que nos autoricen suficientemente

para narrar lo que fué la primera noche de bodas de aquella pareja, aunque, desde luego, nos es permitido asegurar que la esposa, ya iniciada por su primer marido en las más íntimas emociones del amor, debió padecer lo inenarrable en vista de la actitud de su esposo, que se negó desde un principio a poseerla plenamente y en forma que pudiese "suscitarle descendencia", si bien no quería prescindir de los consiguientes goces del matrimonio. En esta actitud parece ser que usó de ciertos artificios de forma que consiguió lo que se había propuesto: no fecundar a su esposa. Históricamente, Onán fué el primer hombre que empleó el *coitus interruptus,* eyaculando fuera de las vías naturales femeninas, exactamente igual que cualquier neomalthusiano de nuestros tiempos.

De este hecho simple nació la palabra *onanismo;* la pequeña causa se convirtió en un gran efecto. Y digo esto porque en nuestro criterio no puede admitirse que bajo la denominación de onanismo quepan todas las formas aberrantes y desviadas de la satisfacción sexual.

El proceder de Onán tuvo su origen en la ley bestial de los usos mosaicos; si así no hubiese sido, así al menos es justo suponerlo. Puestos en el terreno de las suposiciones, admitamos que a Onán, pese a las buenas intenciones del mediador divino, no le agradó ni poco ni mucho la prestancia sensual de Thamar, sus cualidades morales o lo que fuese; fué, en resumen, un matrimonio completamente artificial de conveniencia religiosa, y es casi seguro que el amor no entraba para nada en la formación de aquel lazo tan íntimo, faltando esa recíproca atracción psicosexual que ha de constituir la base de todas las uniones sexuales. En resumen, y dicho por lo claro, a Onán no le gustaba su esposa. Y en este trance angustioso, forzado a convivir con ella y, además, a suscitarle descendencia, el onanismo de Onán llamado "matrimonial" por algunos, se fundamenta en unos principios de moral indiscutible, pero de una moral que nada tiene que ver con las terribles prescripciones religiosas, basadas en un cúmulo de inspiraciones pseudo divinas que por el hecho de serlo jamás llegarán a tener una justa interpretación racionalmente humana.

Si Onán no amaba a su esposa; si lejos de esa atracción sexual imprescindible lo que encontró en ella fué todo lo contrario, a lo que es lógico añadir la aversión psíquica nacida en la conciencia de que no era virgen, circunstancia que los maridos hebreos pueden castigar con la muerte, ¿qué tiene de extraño que negándose a amarla se resistiese a hacerla madre de sus hijos?... La prueba indiscutible de que no la amaba está en esa rebeldía al cumplimiento de los mandatos divinos, exponiéndose a la iracunda feroz de Jehovah, lo que jamás hace un hebreo a no ser que... haya dinero de por medio.

Nos resistimos a creer que Onán fuese un pervertido, como afirman algunos autores, a no ser que quiera llamarse perversión al hecho de no amar a una mujer que es impuesta por esposa. Luego Onán no fué un degenerado, ni muchísimo menos, sino un rebelde que tuvo la suficiente gallardía para enfrentarse con una imposición tiránica, injusta y absurda, venga de quien viniere.

En resumen, para acabar de dar su valor a la palabra onanismo, diremos que es el acto que consiste en interrumpir el mecanismo natural del coito con objeto de impedir que el licor seminal caiga dentro de la vagina, prosiguiendo ese mecanismo por medio de cualquier artificio, ya sea autoerótico o bien producido por la mujer. Es la única interpretación que puede darse al término, tan impropiamente empleado por casi todos los tratadistas antiguos y modernos poco enterados de la sencillísima historia del infortunado Onán.

Las causas primitivas de la masturbación pueden ser muchas. En la primera infancia es cuando por lo general se presentan los primeros síntomas de este hábito; los freudianos sostienen que la masturbación es practicada por los niños de pecho, y una de sus manifestaciones se contienen en la afición de los pequeñuelos a chuparse el dedo gordo del pie.

Todas estas teorías psicoanalíticas son bastante atrevidas y raramente pueden tener demostración en infinidad de hechos. Es extraño, sí, que siendo el instinto sexual tan fuerte y tan primitivo—anterior a él es el de nutrición; y el de conservación, digan los freudianos lo que quieran—, no se conozcan observaciones de personas que puedan decir que en su vida pueril, esto es, durante la lactancia, experimentaron emociones sexuales. Si es cierto que estos fenómenos de la actividad erótica infantil se remontan a los primeros días de la vida extrauterina, e incluso de la existencia intrauterina también; y si así mismo es cierto que determinados traumatismos psicosexuales son bastantes para determinar la orientación normal o anómala de toda la vida sexual del individuo, ¿cómo es posible que nadie pueda recordar esas emociones sexuales experimentadas por el niño al succionar el pezón del pecho materno o el dedo gordo del pie?...

Yo he procurado investigar este aspecto en el pasado pueril de muchas personas de todas las inteligencias, y los recuerdos más lejanos, casi siempre se refieren a otros actos que nada tienen que ver con el instinto sexual. Mi padre, ya difunto, hombre completamente normal y sin el menor antecedente neuropático, me decía muchas veces que recordaba el acto de su bautismo, efectuado cuando tenía veinte días de edad; yo mismo, a mis treinta años, recuerdo perfectísimamente cómo me destetaron. A los cinco meses de mi vida, mi

madre quedó embarazada, y con este motivo se interrumpió mi lactancion, que fué encomendada a un ama. De este detalle no guardo ningun recuerdo. Pero cuando tenía trece meses, recuerdo, como si fuese hoy mismo, que el ama me tenía en su regazo, hallándose mi padre a su izquierda y mi madre a la derecha. Al aplicar mis labios al pezón noté una sensación amarga "y hasta creo recordar que aquella parte del pecho del ama estaba ligeramente teñida de amarillo". He referido esto infinitas veces a mis padres y, en efecto, siempre me aseguraron que las cosas pasaron según mis recuerdos.

Somos seis hermanos—cuatro varones y dos hembras—y ninguno de ellos recuerdan cualquier detalle parecido.

Pero, sinceramente, ni mi padre ni yo tenemos el menor recuerdo de haber experimentado cualquier emoción sexual en tales épocas. Algunas veces he intentado relacionar la escena de mi destete con esas emociones, llegando a pensar que mi recuerdo pudiera haber permanecido fijo porque la lactación me proporcionase alguna sensación erótica que al ser bruscamente transformada en una sensación contraria —la amargura del acíbar—, diese lugar a un traumatismo psíquico. Mas, a pesar de todos mis esfuerzos, puedo asegurar que la decepción, el disgusto, fué puramente nutricio y no sexual, lo que creo que fué la base de la gran sensibilidad de mi paladar a las substancias ligeramente amargas que me resultan intolerables, desde la simple y nutritiva cerveza hasta la vigorosa amargura de la infusión de cuasia.

— El psicoanálisis quizá pretendiera dar a mi caso una explicación psicosexual; pero tengo la certeza absoluta de que jamás llegaría a convencerme.

Las primeras emociones sexuales que experimenté en mi vida ocurrieron a los cinco años y de una manera violenta, puesto que hasta entonces no tuve ni la menor idea de estas cuestiones. Mi iniciadora fué una criada que entonces tendría veinte años de edad. Y, sinceramente, aunque la confesión pueda parecer cínica, sólo obtuve una excitación agradable, pero no llegué a la convulsión completa en las cuatro o cinco veces que tuvieron lugar aquellas "relaciones" criminales que me sirvieron de orientación inicial en el recto camino de la sexualidad, porque estoy firmemente persuadido que de ser un criado mi iniciador, el derrotero de mi sexualidad es posible que hubiera sido bien distino, según se advierte en infinitos casos de homosexualidad irreparable, como tendremos ocasión de ver en otro volumen (1).

(1) Me atrevo a demandar la indulgencia de los lectores por haberme permitido hacer esta ligera «autobiografía», pero creo que cuando existen observaciones propias, no debe recurrirse a las ajenas, sobre todo cuando aquellas pueden ser de tanta importancia como las que tan a la ligera he dejado anotadas. Si todos los tratadistas que por nuestras aficiones y estudios procediesen con esta sinceridad, sería posible explicarse muchos fenómenos que aún permanecen rodeados de un misterio impenetrable para las gentes profanas en tan interesantes materias.—*A. Martín de Lucenay.*

Bloch, en su obra *La vida sexual,* escribe: "¿Cuáles son las causas generales fisiológicas de los fenómenos autoeróticos y en especial del onanismo? (1). En esto es muy interesante afirmar desde luego que "el autoerotismo es un precursor de la sexualidad completamente desarrollada", que se manifesta mucho antes de la pubertad, y en realidad poco después del nacimiento, puesto que en la literatura médica antigua y en la moderna existen numerosas observaciones del onanismo en los "niños de pecho", prescindiendo del de los niños más crecidos.

"El autoerotismo de los niños de pecho es de naturaleza "puramente periférica", y está motivado por la excitación mecánica de ciertas partes del cuerpo, las primeras zonas erotogénicas del hombre. Freud cuenta entre estas partes, que excitan antes que ninguna otra un placer sexual, ante todas los "labios de la criatura", que al chupar el pecho de la madre, o lo que le sustituya, perciben una instintiva sensación de placer, a la que la excitación por el chorro de leche caliente contribuye seguramente. El placer del niño de pecho al mamar es de natural autoerotogénica. No raras veces se combina con el roce de ciertas partes sensibles del pecho y de las exteriores genitales. Después sobreviene el orgasmo, y en seguida el sueño. Muy oportunamente compara Freud este fenómeno con el hecho de que más adelante, en la vida del hombre, la satisfacción del incentivo sexual es frecuentemente el mejor soporífero. También considera Freud que el onanismo del niño de pecho es hasta cierto punto un fenómeno fisiológico y una intención de la naturaleza, que de este modo "quiere afirmar la primacía de estas zonas erotogénicas para la actividad reproductiva".

Ni negamos ni afirmamos. Solamente pueden decirse que no existe la comprobación de estos hechos obtenida en los recuerdos de las personas que, como en el caso mío y otros muchos de idéntica naturaleza, pudieran haberse efectuado en el terreno de la sexualidad. Ahora bien, ¿quién dice a los freudianos que el placer del niño al mamar es de naturaleza erotogénica? ¿Cómo nos lo demuestran? ¿Y por qué razón no ha de ser un placer idéntico al que se experimenta comiendo con hambre un manjar que apetece? ¿Es que los glotones

(1) Iwan Bloch, como vemos, usa tambien indebidamente y de manera inadmisible la palabra *onanismo,* que debe interpretarse en estos casos por la de masturbación o autoerotismo en todo caso.

satisfacen a su impulso sexual en vez de satisfacer al de nutrición, a la gula, que podemos comparar con la lujuria erótica?...

Todas estas preguntas acuden a nuestra imaginación en un verdadero torrente de ideas completamente opuestas a la teoría freudiana. Es cierto que la satisfacción del incentivo sexual es frecuentemente el mejor soporífero; pero no olvidemos que la leche caliente, y especialmente la de burra, que es la que más se parece a la de mujer, tiene las mismas propiedades para producir el sueño. Por otra parte, no conozco el caso de ningún hombre, incluso de fetichistas de los pechos, en los que la succión del pezón sea suficiente a provocar el orgasmo, "como no sea por reflejo", es decir, porque lo provoquen en la mujer, lo que ocurre frecuentemente en individuos nerviosos hiperexcitables y enamorados. La mujer con quien actúan estos fetichistas de los pechos—que no es un fetichismo morboso, sino natural y normal—, no tiene que estar lactando; en nueve observaciones que poseo la leche inspira verdadera repugnancia. Esto contradice en gran parte las teorías freudianas, pues, en todo caso, lo menos que debiera suceder sería la indiferencia por esa secreción glandular. Esta repugnancia hacia la leche humana no puede decirse que sea consecuencia de los refinamientos de la civilización, puesto que se observa incluso entre las razas más salvajes sin ninguna excepción. Y de acuerdo con las teorías de la erótica inicial de los psicoanalistas, lo natural sería que el hombre no olvidase los placeres experimentados en la succión láctea materna, en lo cual se pretenden basar las primeras emociones sexuales.

Si del pulgar del pie pasamos al de la mano, los freudianos afirman que el niño se chupa ese dedo porque encuentra en ello cierto placer sexual. Esto se observa en criaturas hasta de seis años, que ya podían facilitar algún dato en apoyo de esa teoría; pero si son ciertas las referencias de personas que en su primera infancia tuvieron el hábito de chuparse los pulgares, el elemento autoerótico no aparece por parte alguna.

Respecto a este punto, Havelock Ellis guarda una actitud de reserva que llega hasta el extremo de no rebatir esos aspectos fragmentarios del supuesto fenómeno del autoerotismo durante la lactancia ni siquiera en lo más elemental. Refiere, sí, varios casos de niños de un año que indudablemente experimentan cierto placer sexual por medio del rozamiento de los muslos, lo que frecuentemente no tiene nada de particular, porque el mecanismo es mucho más fácil que esa especie de masturbación por medio de la función rítmica de los labios al succionar el pezón materno o la tetina del biberón. No obstante, ya veremos luego que ese placer puede interpretarse por la satisfacción que produce al rascarse los genitales, que puede dar lugar al desarrollo de estos placeres autoeróticos. En este punto nos encontramos con las observaciones del Dr. West, el cual ha expuesto, en detalle, tres casos de masturbación en la primera infancia, dos en niñas y uno en un niño, en los cuales esta práctica se había adquirido espontáneamente a los dos años de edad, "y sólo podía atribuirse a alguna irritación causada por la presión de la ropa, etcétera".

Bloch refiere el caso de una niña—muy inteligente para su edad, aunque excesivamente tímida y taciturna—que empezó a masturbarse espontáneamente a los dos años de ellad; en este caso, la madre se había masturbado toda su vida, haciéndolo aun después de casada, y, por más que logró contenerse durante el embarazo, sus pensamientos giraban en torno a este vicio, en tanto que la abuela materna había muerto en un asilo de "locura masturbatoria". (Citado por Ellis.)

Estos casos son más frecuentes de lo que parece, pero, como decimos, se originan en virtud de excitaciones sobre los centros sexuales primarios, y no en todos los niños, sino en aquellos más o menos neuróticos que pareciendo agitados, inquietos, moviendo las piernas constantemente, llegan a descubrir de una manera espontánea y accidental que en esas parte determinadas experimenta sensaciones voluptuosas. Algunos investigadores pretenden que estas satisfacciones autoeróticas pueden apaciguar la inestabilidad nerviosa, "aun cuando así se establece un círculo vicioso".

Ellis dice lo siguiente: "Normalmente, parece ser que hay una aptitud variable para experimentar el orgasmo sexual o ciertas manifestaciones voluptuosas antes de la pubertad. Al evocar los recuerdos de personas normales, hallo que en algunos casos hubo sensaciones eróticas por el contacto casual de los órganos sexuales, en edad muy temprana; en otros casos hubo ligera excitación en los primeros años; en los demás casos, completa anestesia sexual hasta la pubertad. Que este último estado no es debida a la mera ausencia de irritación periférica lo demuestra un caso que conozco, en que un niño de siete años, inducido por su compañero, intentó inocentemente, a intervalos durante varias semanas, producir la erección por medio de la fricción del pene, sin obtener ningún resultado, aun cuando en la pubertad se produjeron estas erecciones espontáneamente con sensaciones sexuales normales."

Dando de lado las teorías freudianas, no sin razón consideradas como verdaderas exageraciones en muchos casos, nos parece más acertado situarnos en el terreno real del autoerotismo masturbatorio, en cuyo campo es posible afirmarse mejor que en esas extrañas órbitas de la hipótesis y la deducción de hechos que naturalmente han de permanecer oscuros, ya que no hay nada más difícil, por no decir

imposible, que conocer la psicología afectiva de los niños en las edades más tiernas.

Puede asegurarse que no es preciso que en el niño se acusen detalles sintomáticos de degeneración ni de predisposiciones emanadas de la herencia; generalmente no necesita ni del ejemplo pernicioso de otros amigos ya iniciados, pues en la inmensa mayoría de los casos el tenue velo de la ignorancia sexual se rasga por medio de los agentes propios, completamente desvinculados de las influencias ajenas. Siendo la sexualidad un instinto, también es de una manera instintiva como muchas veces ocurren estas revelaciones.

Las causas espontáneas podemos encontrarlas en infinitos órdenes patológicos independientes del área genital, tales como el eczema, los oxiuros del ano y de los genitales, las lombrices, las irritaciones cutáneas, etc., que obran por igual en los dos sexos, aparte de esos roces fortuitos, más o menos acentuados, que ejerciendo su acción sobre la zona más excitable revelan inmediatamente una extraña sensación voluptuosa hasta entonces completamente desconocida que pone al niño en la pista de trastornos peores.

El niño, sea del sexo que fuere, por falta de higiene en sus pequeños órganos genitales, el primer día que nota cierta comezón en ellos a consecuencia de la acumulación de residuos grasos de la orina en fermentación, se frota, se rasca, procura librarse de aquella molestia, y como quiera que el picor aumenta, a la sensación voluptuosa originada por el mecanismo inocente, hasta entonces completamente libre de toda significación erótica, sucede la revelación de otra voluptuosidad desconocida, enervadora, dulce y ascendente, que termina, sin duda alguna, en la consecuencia de que aquel órgano que antes sólo tuvo una misión simplemente excretora que cumplir, descubre a su dueño la existencia de un foco de emociones insospechadas.

Repite el acto una y muchas veces. Sus mejillas, antes rosadas y de aspecto sano, se decoloran perdiendo su tersura; sus ojos, luminosos y de mirada alegre, se tornan opacos y de expresión triste; le duele la cabeza, tiemblan sus manos, desaparece el apetito, se torna desaplicado, taciturno, de mal humor... El niño de hace unos meses es ahora un hombrecito grave, irritable, anheloso de aislamiento y soledad, que es el ambiente propicio para el desarrollo progresivo de su anomalía sexual.

Por una voz del instinto sabe que hace algo malo, pero no lo confiesa; de aquí la desorientación de todos los padres y de muchos médicos, que aherrojados por los múltiples prejuicios que ahogan a los padres de la víctima, no pueden investigar claramente y con facilidad para "no abrir los ojos" a la criatura, baluarte del amor paterno y muralla infranqueable contra la investigación clínica. Esto no ocurre siempre, es cierto; pero así sucede en la inmensa mayoría de los casos.

Más tarde la intimidad de otros amigos mordidos por el mismo vicio, ocasiona la masturbación en común, tan frecuente en los colegios e internados. Y de éstos surge el ejemplo que no tarda en trascender a toda la población escolar, imposible de ser vigilada con la atención debida, precisamente por el falso concepto que de la orientación sexual tienen los mismos educadores, ahitos de ignorancia y mojigatería.

Un corresponsal de Havelock Ellis le remitió numerosas observaciones reveladoras de la extensión que las prácticas masturbadoras alcanzaban entre la población escolar de diversos Centros de enseñanza. "De mis observaciones—dice uno—hechas durante cinco años en un colegio interno parece deducirse que de diez niños, ocho se entregaban a la masturbación. Pero no afirmaré *positivamente* que fuera esta la proporción de masturbadores en un promedio de treinta alumnos, aunque el hábito era muy común. Sé que en un dormitorio donde dormían siete niños todos ellos se masturbaban con frecuencia. El acto se ejecutaba en la cama, en los retretes, y a veces en las aulas durante las lecciones. Preguntados mis amigos acerca del onanismo en los colegios de internos donde servían, me respondieron algo contradictoriamente con referencia a la frecuencia de este hábito. El doctor X..., que fué a un colegio francés, me dijo que todos los niños mayores tenían cómplices más jóvenes con los cuales se masturbaban. También habló por experiencia del predominio de esta práctica en un colegio de Londres en el que "todos los muchachos se masturbaban".

"En mi colegio—prosigue—la masturbación manual era a la vez solitaria y mutua, y a veces a los pequeños, que no habían adquirido el hábito, se les inducía a manipular a los mayores. Un muchacho muy precoz, de quince años, escogía siempre como compañero a uno de diez, "porque su mano se parecía a la de una mujer". A veces los niños se acostaban en la cama de sus amigos para satisfacerse mutuamente. En su vida ulterior no revelaban señales de inversión. Otro niño, de unos catorce años, que había sido seducido por una criada, abrazaba la almohada, acrecentándose las sensaciones de placer, según decía, al imaginar que la almohada era una mujer. Dijo que el placer que le producía este acto aumentaba grandemente los días de fiesta, en que podía poner sobre la almohada unos pantalones de su hermana, haciendo que la ilusión fuera mayor.

"Antes de la pubertad los niños eran más continentes que después. Algunos de los masturbadores más inteligentes y de más edad

regulaban el hábito como algunos casados regulan el coito. El muchacho mayor a quien he aludido, el que siempre elegía el mismo manipulador, aseguraba que sólo lo hacía una vez cada veinte días, dando por razón que una repetición más frecuente del acto perjudicaría a su salud. El promedio de la frecuencia solía ser de dos veces a la semana los niños que habían llegado a la pubertad, y de una vez los más pequeños. No he encontrado nunca casos de excesiva masturbación como los que mencionan muchos médicos. Podrá haber habido en el colegio casos de estos; pero, de ser así, los muchachos ocultaban la frecuencia de sus placeres solitarios. Mi experiencia demostró que muchos de los niños consideraban reprensible la masturbación, pero se excusaban diciendo que "todos lo hacían". Algunos, a veces aquellos que se entregaban a la masturbación con más desorden y más secreto que sus compañeros, la condenaban gravemente como pecado. Otros parecían creer que no había mal en ello, pero que el hábito podía detener el crecimiento y debilitar el cuerpo, si era muy frecuente. La mayoría no intentaban ocultarlo, y aludían al placer que proporcionaba."

Esta narración no cabe duda que es muy instructiva en lo que concierne al desarrollo de esta perversión en los colegios de internos; pero, por otra parte, el observador hubiera hecho mucho mejor procurando corregir aquellas anomalías que dedicándose a estudiarlas en la población escolar. Este es un dato que revela bien a las claras la culpabilidad de los educadores (?) en el desarrollo verdaderamente alarmante que en ciertos colegios alcanzan todas las perversiones del impulso sexual.

En una investigación que se abrió en un colegio de religiosos se comprobó que se masturbaban todos los niños, desde los párvulos hasta los que ya estudiaban carreras universitarias. Algunos de ellos eran homosexuales que tenían sus "amantes" lo mismo que si se tratase de relaciones sexuales regulares.

Ciertos ejercicios físicos, bien rítmicos o violentos, engendran sensaciones voluptuosas en los centros sexuales, anuque esto ocurre principalmente en individuos de temperamento neuropático. En las clases de gimnasia de los dos primeros años del Bachillerato nos reuníamos hasta ciento cuarenta alumnos, y más de la mitad preferían los ejercicios de la cuerda lisa y de nudos y la ascensión por la pértiga móvil, porque de esta forma experimentaban sensaciones sexuales. El profesor de educación física, que era médico, llegó a enterarse de la razón de estas preferencias, y desde entonces implantó el sistema de la gimnasia sueca, suprimiendo en absoluto todos los ejercicios con aparatos, pues las paralelas, la escalera horizontal,



NARCISISMO «DOBLE»

Es una variedad rarísima del autoerotismo, cuyos «fantasmas» consisten en el deseo de producir emociones de naturaleza homosexual, de acuerdo con la inclinación del narcisista.

LAMINA III



MASTURBACIÓN FEMENINA

En muchos países salvajes o de remota civilización, la masturbación de la mujer forma parte esencial de muchas ceremonias, como ocurre entre los «Toucoleurs» de Africa.

LAMINA IV

los trapecios y las barras fijas sirvieron en muchas ocasiones para satisfacer el autoerotismo de muchos condiscípulos, detalles que no había podido observar el profesor y de los que tuvo conocimiento por las propias confesiones de los interesados, quienes en su mayoría consideraban aquellos fenómenos como una cosa muy natural, como si fuese la recompensa legítima del esfuerzo realizado para alcanzar los objetivos gimnásticos. El profesor nos dió una conferencia acerca de los peligros que podrían derivarse de aquella conducta, pero creo que la reprimenda no surtió el menor efecto en los hábitos de la falange estudiantil, que apenas si consideraba el autoerotismo deliberadamente provocado—y no de una manera relativamente accidental, como en la gimnasia—, como un acto reprobable, pero no pecaminoso; a lo sumo, en nuestro ánimo no pasaba de ser "una porquería" sin importancia y sin la cual nos podíamos pasar perfectamente la mayoría de los gimnastas.

Otra fuente de placeres autoeróticos son los caballitos del "tíovivo", especialmente aquellos cuyas cabalgaduras se mueven verticalmente. Esta modalidad se observa con más frecuencia en las muchachas. En una instalación de esta naturaleza que funcionaba en una playa francesa ocurrió este verano un accidente del que resultó gravemente herida una joven de catorce años. Cuando el aparato había adquirido la máxima velocidad, la muchacha, que montaba una de estas cabalgaduras, cayó violentamente a tierra fracturándose una pierna e hiriéndose a la vez en la cabeza.

Conducida a una clínica inmediata el médico comprobó que tenía anudada la parte delantera de la camisa, de forma que el nudo quedaba situado sobre la vulva. El facultativo, que ya conocía este recurso, tras de una investigación inteligente vino en averiguación que el accidente había ocurrido al perder la muchacha el conocimiento a consecuencia del deleite producido por este artificio masturbatorio. Manifestó la joven que todas sus amigas se hacían un nudo en la camisa siempre que montaban en aquellos artefactos, en lo que encontraban el mayor placer.

Un estudiante de Medicina me refirió que en una fiesta de un pueblo pudo ver a dos muchachas que se colocaban una naranja entre los muslos con ánimo de masturbarse cuando montaban en los caballitos.

Otro origen frecuentísimo de la masturbación, tal vez la de caracteres más graves, está en las manipulaciones que practican la ayas y niñeras en los niños confiados a su custodia, con el fin de dormirles o callarles cuando lloran. Esto ocurre con mucha frecuencia especialmente con las niñeras muy jóvenes que encuentran el medio más

eficaz para dormir a los pequeñuelos, aunque no tengan más que unos días de edad.

En los folletos sobre Puericultura que se distribuyen entre las jóvenes madres de muchos países se hacen estas advertencias de una manera insistente a fin de que no se descuide la vigilancia de las niñeras en este sentido. Cuando el hábito tiene estos orígenes, los chiquillos no pueden prescindir de las maniobras masturbadoras, y si por cualquier circunstancia la madre se queda sin la niñera, terminará por desesperarse ante el llanto del crío que necesita ser satisfecho en la forma a que estaba acostumbrado. La preferencia de muchos niños por sus ayas no obedece a otros motivos. En una ocasión una señora sorprendió a la niñera de su hijo succionándole el pene para que callara. Cuando la preguntó que para qué hacía aquello, dijo que se lo había visto hacer a su madre con uno de sus hermanos, por lo que consideraba este acto como la cosa más natural del mundo.

En la investigación realizada por un médico en un colegio de internos se comprobó que muchos niños que se masturbaban—todos ellos pertenecían a familias aristocráticas o acaudaladas—adquirieron ese hábito siendo muy niños, iniciándoles sus amas y niñeras. También había algunos que fueron objeto de manipulaciones de esta naturaleza por parte de criados, cocheros, etc.

La masturbación en común tan frecuentemente observada en las aglomeraciones de jóvenes ocurre en virtud de la seducción, como si dijéramos de una manera contagiosa, puesto que también asume los caracteres de una epidemia. Thomalls dice que en algunos internados el vicio de la masturbación está organizado entre los chiquillos hasta el punto de organizarse concursos, en los que se lleva el premio aquel que consigue antes la eyaculación. Chapotín hace alusión a una banda de ladronzuelos que fué descubierta en el año de 1876. Durante el interrogatorio uno de los detenidos dijo al juez, riendo: "¡Todavía no ha cogido usted al 47! ¡Ese, al menos, ha podido escapar!"

El juez quiso saber la razón de ese apodo, contestando el jefe de los ladronzuelos que le llamaban así, porque generalmente hacía cuarenta y siete movimientos con la mano para llegar al placer. Los malhechores acostumbraban reunirse en una habitación, contando en voz alta los movimientos que necesitaban hacer. El que tardaba más pagaba a los otros una multa en forma de un vaso de vino por cabeza.

Un autor refiere que en un colegio de internos en el que se celebraban conferencias obscenas y se excitaba a los muchachos exhibiendo ante ellos estampas prohibidas para que entrasen en erección, se organizaban apuestas estableciéndose premios para aquellos que derramasen mayor cantidad de licor espermático y que antes obtuviesen la eyaculación.

Es rarísimo el individuo que al entrar en la pubertad no haya practicado la masturbación en mayor o menor medida. Las estadísticas confeccionadas en los colegios de varios países demuestran que sólo una escasa proporción logran sobreponerse a la sugestión en virtud de los temores que les han sido inculcados, "pero no porque no sientan deseos de practicar ese vicio". Se conocen innumerables casos de individuos que al ser iniciados por otros masturbadores no experimentaron el menor placer. Coincidiendo con este hecho, escucharon o leyeron la relación de los trastornos que podrían perjudicar su salud, física y moral, y en estas condiciones, influenciados fuertemente por esa idea, se abstuvieron en absoluto de intentar cualquier maniobra de esa índole.

Un ejemplo de este aspecto lo ofrece la siguiente carta que recibo de un lector de TEMAS SEXUALES residente en Argelia: "Tengo veinte años de edad y puedo asegurar que jamás he practicado la masturbación, porque cuando estudiaba interno en un colegio de Uxda, uno de los profesores nos hizo saber que el hábito de la masturbación producía trastornos gravísimos, entre ellos la imposibilidad de estudiar con aprovechamiento, dolores de cabeza, trastornos gástricos, la locura y la muerte. Tanto me impresionaron las palabras de mi profesor, que, aunque algunas veces había intentado masturbarme accediendo a invitaciones de mis compañeros sin obtener nunca la menor sensación, resolví no reincidir en mis tentativas. Como quiera que tenía fama de ser muy fuerte y uno de los más valientes del grupo, quise librar de aquellas amenazas a los compañeros, diciéndoles que si yo llegaba a saber que alguno se masturbaba lo denunciaría al director del colegio para que le impusiese un castigo. A los diecinueve años terminé mi carrera de perito agrícola, y el día que recibí mi diploma fuí con otros compañeros a una casa de prostitución por primera vez en mi vida. Nunca me había sentido fuertemente atraído por las mujeres, pero algunas veces experimenté erecciones, logrando sobreponerme a esta emoción obsesionado por la idea de mi castidad; huérfano de padre y madre, vivía a expensas de un hermano de mi padre, cinco años mayor que yo, el cual no dejaba de recomendarme que fuese casto para evitar una enfermedad venérea, lo que trastornaría su equilibrio, ya que sólo a fuerza de muchos sacrificios podía pagar mi estancia en el internado. En sus libros, que tengo coleccionados desde el primer número, es donde yo he aprendido cuanto se refiere al problema sexual, pues hasta entonces apenas si tenía ciertas nociones anatómicas y fisiológicas más o

menos acertadas y escuchadas en conversaciones con mis compañeros. Desde luego, nunca me he considerado impotente, lo que comprobé el día de mi iniciación, pues no me costó gran trabajo alcanzar el necesario grado de tumescencia, aunque la eyaculación sobrevino rápida y abundante. Estoy seguro de que el placer fué mucho menos intenso que la sensación de bienestar que obtuve, hasta el extremo de creer que desde aquella fecha soy otro hombre; más alegre, más trabajador y más activo. Llevo ya cerca de un año en una finca propiedad de un indígena, cuyas explotaciones dirijo, pero hasta la fecha no he encontrado ninguna mujer que me llame la atención ni aun para ese acto simple; estas mujeres de la *kabilia* están casi todas infectadas de sífilis, y por nada del mundo me aproximaría a ellas. Algunas veces he experimentado poluciones nocturnas acompañadas de escasas sensaciones de placer; pero esto me deja insatisfecho y me hace recordar el día de mi iniciación y el bienestar que obtuve. Un día, creyendo que mediante la masturbación podría exonerar mis testículos, volví a intentar el acto que tanto reprobé en mis años infantiles, y ayudándome del recuerdo de la escena con mi iniciadora, logré el orgasmo y la eyaculación. Tanto beneficio creo que me causó aquello, que desde entonces suelo hacerlo dos veces al mes, si bien abrigo el temor de que puedan ocurrirme todos los males que nos pronosticó el viejo profesor del internado, aunque hasta ahora no noto nada anormal. Un capataz moro me aconseja que me masturbe cuando tenga deseos, pues este es el sistema de alivio que estas gentes adoptan cuando, estando lejos de sus mujeres, no quieren optar por la pederastia, muy extendida entre los musulmanes. Como quiera que aún me faltan seis meses para regresar a Argel, desearía de su amabilidad me dijese qué es lo que puede haber de cierto en mis temores fundados en aquellas amonestaciones del profesor que con tan firme arraigo se fijaron en mi pensamiento. Le remito esta carta por conducto de un pariente que tengo en Alicante, que es quien me remite con regularidad sus libros..."

Este caso puede decirse que es rarísimo, pues la virtud llevada a tales extremos no se encuentra ni aun entre los profesionales de la castidad más que de una manera excepcional. No conozco más circunstancias físicas ni psicológicas de la personalidad de mi consultante ni hace alusión tampoco a los antecedentes de su familia que acaso nos diesen la clave de su temor. Ahora bien, poniéndome de parte de los psicoanalistas, creo que el traumatismo psíquico producido por las explicaciones del profesor, fué lo que determinó en él ese estado de exagerado temor, tratándose de un sujeto impresionable sin gran voluntad propia, lo que, por otra parte, puede obedecer a las condiciones anteriores de su vida, sometida a la autoridad de su tío y sus profesores. Así, pues, de acuerdo con las teorías más respetables y con el resultado de mis observaciones, creo haber resuelto favorablemente su conflicto sexual que no es nada complicado, como veremos en los casos y estudios que tratamos en el capítulo siguiente.

SUS EFECTOS EN EL HOMBRE Y EN LA MUJER

La masturbación es un fenómeno universal.—Todas las mujeres y casi todos los hombres.—Razones geográficas.—Razones psicológicas.—Resultados psíquicos.—La mujer sufre menos que el hombre.—Métodos de investigación clínica.—Hasta qué punto es perjudicial la masturbación.—Diferencias con las sensaciones del coito.—Los más graves efectos. — Neurosis y masturbación. — Cuándo es conveniente.—Aversión al coito.—Resultados morales.—Conclusión.

No cabe duda, como se ha dicho ya varias veces, que para hallar la explicación de infinitos hechos y costumbres sexuales de los hombres civilizados, hemos de tener en cuenta los ejemplos que nos ofrecen los animales e incluso las razas humanas inferiores, que podemos considerar como el lazo de unión entre aquellas escalas zoológicas y la humanidad culta o civilizada.

Observando la enorme difusión que en todo el reino animal alcanzan los placeres autoeróticos, hay que ser muy prudentes al emitir juicios acerca de su naturaleza y los efectos físicos y morales que pueden tener en el individuo, sin prescindir, naturalmente, de muchas circunstancias especiales, como se verá más adelante.

¿Por qué se masturban todos los animales, lo mismo los que están domesticados que los que viven en libertad? Cuando observamos estos detalles de la sexualidad animal, cabe asegurar que la explicación o la base de esos actos obedecen a un fenómeno natural o instintivo. Lo que puede parecer más extraño es que muchos de esos animales —caballos, yeguas, asnos, perros, monos, etc.—se masturban, a pesar de tener a su lado el *partenaire,* con el que sin gran esfuerzo podrían efectuar el acto de la reproducción, lo que no podemos explicarnos fácilmente. En el niño y en el hombre civilizado, los convencionalismos sociales ya representan una barrera infranqueable a veces para la práctica natural de los deseos instintivos, y sólo por esta circunstancia encontramos la razón de esa actitud contraria a las leyes netamente

biológicas; pero si vemos que los pueblos salvajes que aún conservan los hábitos remotos de la promiscuidad sexual practican la masturbación como un acto banal y lógico, ¿hasta qué punto pueden condenarse esas perversiones del impulso erótico?

Pero entre los civilizados, según los historiadores de todos los tiempos, y en los pueblos salvajes de acuerdo con lo que puede advertirse modernamente, la masturbación se ha practicado por hombres y mujeres en formas diversas y, sobre todo, entre las mujeres, recurriendo a multitud de ingeniosos artificios, como tendremos ocasión de ver en el volumen XLII, ya citado, de estos TEMAS SEXUALES.

Un autor, refiriéndose al autoerotismo entre los animales, cita las observaciones siguientes, recogidas de otros autores: "Los caballos, cuando no hacen vida de trabajo, hacen oscilar el pene hasta que se verifica cierta emisión. Los *poonies* galeses, según me dice persona que tiene gran experiencia de estos animales, tienen habitualmente erecciones y emisiones en las cuadras; no levantan los cuartos traseros durante este proceso, y cierran los ojos, lo cual no ocurre cuando se juntan con las yeguas. El mismo informante observó que los toros y los machos cabríos promueven emisiones empleando sus patas delanteras como estimulantes, y las yeguas se frotan contra objetos. Me asegura un caballero que entiende mucho de ganado cabrío, que a veces se introducen el pene en la boca y determinan un orgasmo efectivo, practicando de este modo la *auto-fellatio*. Por lo que a los hurones se refiere, dice el reverendo H. Northcote: "Un caballero que ha estudiado cuidadosamente la vida de los hurones, me informa que si la hembra, estando en celo, no puede juntarse con el macho, desfallece y enferma. Si se le introduce en la vulva un guijarro liso, se masturba y conserva de este modo su salud normal durante la estación. Pero si en la estación siguiente se la proporciona este sustituto artificial, no se contenta con él, como la primera vez."

"Los ciervos, en la estación de la brama, cuando no tienen compañeras, se frotan contra los árboles para producir la eyaculación. Los carneros se masturban; también lo hacen los camellos, oprimiéndose contra objetos adecuados, y los elefantes comprimen el pene entre las patas traseras para conseguir la emisión. Blumenbach observó que un oso procedía de una manera parecida, al ver que otros osos copulaban, y las hienas, al decir de un observador, han sido vistas practicando la masturbación mutua, lamiéndose recíprocamente las partes genitales. La masturbación mamaria, dice Féré, se observa en ciertas hembras de animales, y aun en los machos, como el perro y el gato. Los monos son muy dados a la masturbación, aun estando en libertad, según dicen buenos observadores, pues si bien no hay

monas célibes, muchos monos se ven en la necesidad de hacer vida célibe. Los monos usan la mano en la masturbación para frotarse el pene. Rosse observó a dos elefantes, que conseguían la erección entrelazando sus trompas, completando el acto uno de ellos, que abría la boca y permitía que el otro le hiciese cosquillas en el paladar. Moll dice que los loros que viven en aislamiento se masturban frotándose la parte posterior del cuerpo contra algún objeto hasta que sobreviene la eyaculación. Selous habla de un pájaro que rodando por el suelo y haciendo presión sobre la región anal, siente impulso sexual de satisfacer sus deseos; añade que el orgasmo efectivo se verifica aparentemente, puesto que el pájaro siente un espasmo de energía." (Citados por Ellis.)

Está comprobado, pues, que los placeres autoeróticos mecánicos se hallan difundidos en todas las especies animales, desde el hombre hasta los insectos, en toda la escala zoológica. Los investigadores coinciden en afirmar que las excepciones que pueden encontrarse en el género humano son muy relativas, y, refiriéndonos a la mujer, puede asegurarse que no hay una sola que en cualquier edad no practique esta modalidad erótica, especialmente cuando no puede recurrir a los métodos normales de satisfacción. Con esta afirmación, es innecesario reproducir las estadísticas obtenidas por todos los autores.

No obstante, las opiniones emitidas acerca de en qué sexo es más frecuente la masturbación, varían un tanto, si bien son más los que afirman que predomina más en las mujeres que en los hombres. Rohleder afirma que, después de la pubertad, cuando es igualmente común en ambos sexos, "se halla con más frecuencia en los hombres, pero que las mujeres se masturban con más pasión y más fantasía." Esta opinión está confirmada por un alienista, Nacke, el cual, observando a los dementes de un gran manicomio, dice que si bien la masturbación moderada podía hallarse con más facilidad en los hombres que en las mujeres, la masturbación excesiva era más común en las mujeres, y que mientras en los hombres era más frecuente en los grados inferiores del desarrollo mental (idiotez e imbecilidad) y menos frecuente en los grados altos (parálisis general), en las mujeres ocurría lo contrario.

Parece ser que en este aspecto influye bastante la situación geográfica de los países e incluso las condiciones de vida más o menos naturales. Así vemos que en Inglaterra y los Estados Unidos—pueblos de la misma raza y costumbres semejantes—, donde se practica toda clase de deportes, especialmente por los hombres, éstos se masturban menos que las muchachas. En Francia se comprueba también que esta perversión es más común en las mujeres, y esto sin distin-

ción de clases sociales, aunque la máxima proporción se encuentra en las aglomeraciones femeninas—colegios, talleres, fábricas, etc.—de las grades ciudades, tales como París, Lyón, Burdeos, Marsella y otras.

En Italia, especialmente en las regiones del sur, también son las mujeres las que demuestran una mayor actividad autoerótica; pero si pasamos al norte, especialmente a las regiones alpinas, son los muchachos los que más se significan, aunque esto no quiere decir que las mujeres se hallen libres de este vicio. Otro tanto ocurre entre los montañeses suizos, muy próximos a estos italianos, que llegan a los veinticinco años sin haber tenido relaciones sexuales con mujeres, aunque sí con todas las vacas y cabras que pacen en aquellas montañas.

En España no ha sido posible realizar investigaciones serias, porque no hay país en el mundo en que existan mayores prejuicios en torno de las cuestiones del sexo, ni mayor hipocresía sexual tampoco. Ahora bien, la masturbación parece ser más frecuente en los niños que en las niñas, aunque pasada la pubertad, lo mismo la masturbación que el homosexualismo es más común en las mujeres. Una joven que había ingresado en un convento poco antes del advenimiento de la República, refiere que casi todas sus compañeras de reclusión, incluyendo a las monjas, acostumbraban a masturbarse sirviéndose de ampollas de vidrio de las utilizadas para ciertos sueros, las que llenaban de agua caliente. Este método es conocidísimo en casi todas las comunidades de mujeres.

El Dr. Guttceit, refiriéndose a Rusia, afirma que "en las edades de diez a dieciséis años, los muchachos se masturban más que las muchachas, que saben poco de una práctica que no tiene para ellas el encanto de lo prohibido; pero después de los dieciséis años, la práctica es más frecuente en mujeres y muchachas que en hombres y adolescentes".

En Alemania son también las mujeres, en todas las edades, las que arrojan mayores cifras en las estadísticas obtenidas, con la particularidad de que es en los distritos rurales donde el vicio se halla más difundido.

En los países escandinavos, las muchachas suelen ser más castas que los muchachos en las edades juveniles, pero a partir de esa edad las cosas ocurren a la inversa.

En Austria y los paísese balkánicos, los jovenzuelos practican la masturbación promiscua en muchas ocasiones. Especialmente en Bulgaria, Rumania y Yugoeslavia parece ser que los jóvenes no se sienten atraídos por personas de distinto sexo y de la misma edad, sino que prefieren a los hombres o mujeres adultos. Esta es una extraña

observación hecha por un médico italiano, de la que no dice más, por lo que no es posible encontrar una explicación racional del hecho.

En Marruecos puede decirse que las mujeres no practican la masturbación, seguramente en virtud de las prohibiciones koránicas y también por la inferioridad del sexo débil en el aspecto social. En cambio, los muchachos de las kabilas acostumbran a reunirse en grupos para masturbarse recíprocamente, cometiendo incluso actos de pederastia. En una ocasión sorprendimos a siete u ocho chiquillos de una kabila próxima a Villa Alhucemas que se hallaban entregados a esta tarea. Desde luego manifestaron mayor disgusto por haber sido interrumpidos, que por ser sorprendidos, puesto que consideran este acto como algo natural que no merece la menor importancia.

Moraglia sostiene que la mujer, en todas las edades, aventaja al hombre en actividad autoerótica, hecho que explica por la razón de que mientras en el hombre no hay más zona erógena que el pene, en la mujer existen varias, como son el clítoris, la vulva, la vagina, el útero y los pechos. Refiere que conoció a una prostituta que se vanagloriaba de saber masturbarse de catorce maneras distintas.

Ellis emite su respetable opinión en este punto, diciendo: "Mi propia opinión es que el problema de la distribución sexual de la masturbación se ha oscurecido algún tanto gracias a la inocente tendencia de concentrar la atención en un grupo particular de fenómenos autoeróticos. Si limitamos nuestra atención a los niños muy pequeños, los datos disponibles demuestran que esta práctica es mucho más común en las hembras, y este resultado está de acuerdo con el hecho de que la pubertad precoz se da muy a menudo en ellas (1). En la pubertad y en la adolescencia, la masturbación ocasional o frecuente es común en ambos sexos, aunque, a mi parecer, menos común de lo que a veces se supone; es difícil decir si prevalece más en los niños o en las niñas: se inclina uno a creer que prevalece más en los niños. El impulso sexual y, por consiguiente, la tendencia a la masturbación, tiende a despertarse más tarde y menos fácilmente en las muchachas que en los jóvenes, si bien debe recordarse que las

(1) Por lo demás, en muchos casos la precocidad física va unida a la precocidad en los hábitos sexuales. Se cita el caso instructivo de una niña bellísima de siete años, de familia sana, y muy inteligente, la cual, desde la edad de tres años, se masturbaba constantemente si no la vigilaban. El clítoris y el monte de Venus eran los de una mujer desarrollada, y la niña estaba tan enterada de muchas cosas como cualquier mujer. La curamos a fuerza de cuidados y de atenciones higiénicas, y la última vez que la vieron estaba perfectamente. Un amigo, médico, me habla de una niña de dos años cuyos órganos genitales externos están grandemente desarrollados, y que siempre se los está frotando. (Ellis).

tradiciones de éstos y su vida más activa mantienen esta tendencia sometida, mientras que en las muchachas son menos frecuentes las influencias restrictivas del carácter correspondiente.

Pasada la adolescencia, creo que no puede dudarse de que la masturbación es más común en la mujer que en el hombre. Los hombres, en esta época de su vida, han adoptado ya, por regla general, algún medio de satisfacción sexual con el sexo opuesto; las mujeres están mucho más privadas que los hombres de esta satisfacción; es más: siendo raros los casos en que las mujeres son sexualmente precoces, sucede a menudo que sus impulsos sexuales se robustecen y desarrollan después de la adolescencia."

Las observaciones que he realizado, me autorizan a asegurar —por lo menos en lo que se refiere a España, Portugal, Francia, Italia, Sudamérica, Japón, Surasia, Marruecos y Africa Central— que lo mismo que el impulso sexual de la mujer tiende a elevarse sobre el del hombre en las relaciones normales, así la masturbación se advierte con más frecuencia en las mujeres que pasan de los dieciocho años que en los hombres de la misma edad. El hecho, sencillísimo, casi no necesita aclaración.

Conocemos cuáles son los prejuicios que pesan sobre el sexo femenino en todos los países civilizados, y por si esto fuera poco, no puede dejarse de tener en cuenta la circunstancia naturalísima de que el embarazo afecta única y exclusivamente a la mujer. Toda esa serie de razones justifican la aversión de la mujer—de índole social exclusivamente—a los contactos sexuales normales, no porque no los desee ardientemente, sino por las posibles consecuencias graves que se derivarían de un comercio carnal extemporáneo. Todavía, si queremos dejar a un lado tales consideraciones, existe otra base en qué apoyar la actitud de la mujer: el miedo a la ruptura de la membrana himenal, o, por mejor decir, a la primera penetración, ya que en todo tiempo ha sido norma entre los civilizados atribuir a la desvirginización una importancia fisiológica enorme, si no queremos referirnos al aspecto moral de la cuestión.

El hombre, por el contrario, no tiene nada que temer, como no sea el contagio de las enfermedades venéreas, barrera que la higiene y los progresos de la cultura se han encargado de eleminar, hasta el extremo de ser cada día más difícil encontrarse con estos casos de abstinencia por miedo al contagio venéreo.

La teoría de que el impulso sexual se despierta más tarde en la mujer que en el hombre, es muy discutible y en muchos casos está en franca pugna con la realidad de los hechos. El mismo Havelock Ellis, nada sospechoso en estas cuestiones, afirma que las manifestaciones masturbadoras se observan más a menudo en las niñas de dos a cinco años que en los varones de su misma edad. Así pues, sin necesidad de otras demostraciones, ahí tenemos la prueba de que la mujer es más precoz que el hombre. En Alemania, como ya hemos dicho en otra ocasión, hay ciertas regiones en que las muchachas de doce y trece años buscan a los hombres de más edad, y, como dice un escritor religioso, "llegan hasta el extremo de esperar a los hombres en su propio lecho". Otro tanto sucede en Polonia, Austria Oriental y algunos países balkánicos.

En dos ocasiones he tenido ocasión de observar que las niñas son las que tomaron la iniciativa de "jugar a papá y mamá", comprobando que los pequeños, de su misma edad, no hacían más que ejecutar todos los actos que dictaban sus supuestas esposas. Un amigo me refiere que una vez vió a una niña de siete años y a un niño de ocho cómo jugaban a los matrimonios. Ella se tumbó en la postura natural, invitando al pequeño a que se echase encima, lo que el chiquillo hizo maquinalmente. Como permaneciese con los órganos sexuales ocultos, ella misma le desabrochó, poniéndoselos al descubierto e intentando una penetración imposible, puesto que el órgano del pequeño se hallaba en estado de flacidez.

Cuando mi amigo reprendió a la pequeña, ésta enrojeció, lo que probaba bien a las claras su conocimiento de la importancia de aquel acto, mientras el niño permanecía completamente indiferente, sin explicarse la razón de aquella regañina.

Por el contrario, muchas mujeres permanecen ignorantes por completo de su sexualidad; pero esto no entra en el terreno de lo normal. El mismo autor citado, dice: "Debemos recordar que hay mujeres que tienen, evidentemente, un alto grado de anestesia sexual congénita, y que se hallan, sin duda, desde algún respecto, por debajo del nivel ordinario de salud, en las cuales el instinto sexual jamás se ha despertado, y que no solamente no se masturban, sino que no demuestran el menor deseo de satisfacción natural; pero en gran número de casos el impulso se satisface pasivamente por medio de los fenómenos autoeróticos espontáneos."

Toda esta disertación es un detalle más que añadir a los abundantes que pueden observarse, hasta el extremo de que es posible decir que precisamente las mujeres ligeramente anormales son las que no se masturban, ya que es absolutamente imposible considerar como normales a aquellos individuos que están afectados de anestesia sexual.

Por otra parte, es muy elocuente el dato de que en todos los pueblos y en todas las épocas se ha conocido el uso de los más va-

riados instrumentos masturbadores empleados exclusivamente por la mujer, mientras que el hombre jamás ha inventado nada con que sustituir al vulgar mecanismo de la mano. Ya tendremos ocasión de describir e incluso reproducir numerosos aparatos de esta naturaleza, ingeniosísimos casi todos, y que, por lo general, actúan sobre tres centros erógenos femeninos a la vez: el clítoris, la región vulvovaginal y el cuello del útero, cuando normalmente—si la palabra tiene cabida—con la excitación clitoridiana, producida con el dedo (o sea la masturbación dígito-clitoridiana), hay suficiente para determinar la producción del orgasmo.

El empleo de perritos, conejos, pájaros ¡y hasta serpientes! en las maniobras masturbadoras de muchas mujeres, revela que las formas autoeróticas de la mujer son infinitamente más variadas y refinadas que en el hombre, y todo ello demuestra de una manera incontestable la enorme diferencia que en este aspecto hay que reconocer existente entre los dos sexos.

Las consecuencias psíquicas de la masturbación son bien distintas en los dos sexos; esta diferencia puede resumirse diciendo que mientras el hombre que se ha masturbado siente inmediatamente después del acto un remordimiento de conciencia, un auto-reproche a su conducta, la mujer sólo experimenta esa reacción muy rara vez.

¿Cómo pueden explicarse estas actitudes tan distintas? Algunos autores sostienen que ello es debido a que la mujer posee un grado de moral inferior al de los hombres; pero esta teoría no puede admitirse si nos fijamos en que muchos jóvenes y hombres de moral dudosa no se masturban o lo hacen en escasa medida, mientras que en todos los colegios e internados de muchachas, pese a la educación religiosa y de una moral severa, no sólo se observa la masturbación solitaria, sino la colectiva, el homosexualismo y hasta la masturbación bucal y lingual recíproca.

El Dr. Karuss da una explicación más aceptable de estas diferencias, diciendo: "De mi experiencia deduzco que la masturbación parece ejercer efectos opuestos en uno y otro sexo, embotando las cualidades mentales y entorpeciendo las cualidades físicas del varón, mientras que en la mujer aviva y despierta los movimientos físicos y psíquicos."

Se ha tratado también de alegar la ignorancia de la mujer acerca de los resultados que en su organismo psicofísico pueden producir las maniobras masturbadoras; pero tampoco parecen bastante satisfactorias las explicaciones dadas en este sentido. Un ruso ha dicho que "aun cuando puede hacer que las mujeres sientan a veces remordimientos y tengan vacilaciones, parece otras veces que las hace más

altivas". Esto ocurre con frecuencia, y en numerosos casos que conozco, si bien no parece justo decir que la reacción se traduzca en altivez, sí que es posible afirmar que produce indiferencia.

Este gesto he podido observarlo entre las prostitutas—en las japonesas sobre todo—que tienen un ligero tinte de homosexualidad, o, por lo menos, de indiferencia por el sexo masculino. Como esa mujer ya citada que se enorgullecía de saberse masturbar de catorce maneras distintas, hay muchas en los bajos fondos sociales de todos los países. Ahora bien, y esto es muy importante, la espontaneidad de la confesión se observa mucho más difícil a medida que crece el grado de intelectualidad de la mujer. Entre las prostitutas españolas de ínfima categoría se advierte verdadero horror por las prácticas masturbadoras que no sean dígito-clitoridianas, sintiéndose ofendidas cuando se las habla de otros medios más conocidos en las clases educadas—aunque no se trate de prostitutas—, como ciertos aparatos de caucho y otros objetos de uso doméstico que puedan proporcionar una ilusión más completa de la penetración viril.

La complicidad de todo artefacto es considerada como "una porquería". Varias mujeres de una casa de prostitutas francesas cuya especialidad eran los "cuadros vivos", fingían el acoplamiento normal, sirviéndose las que hacían de hombre de unos falos de caucho o de cuero que se sujetaban por medio de correas al lugar correspondiente. En estos cuadros vivos, ni la que hacía el papel de hombre ni la que realizaba el de mujer experimentaban la menor emoción "sincera", lo que sí suele ocurrir por otros procedimientos masturbatorios. El ama del prostíbulo me aseguró que en la vida íntima de las prostitutas estos aparatos no desempeñaban ningún papel, lo que no quiere decir que no practicasen otras perversiones más antinaturales.

La prostituta española, a no ser que se trate de esas degeneradas de que habla Lombroso, rara vez se prestan a ejecutar los cuadros vivos con la facilidad que lo hacen las francesas, alemanas e italianas. Nuestras prostitutas tienen fama en el mundo entero de ser "las más decentes", entendiendo por "decencia" su falta de imaginación y de predisposición o adaptación para las distintas perversiones que han hecho inmortales a las francesas y japonesas. Ahora bien, no cabe duda que suelen ser las menos afortunadas en el mercado del amor mercenario, ya que no pueden competir con las más refinadas mientras no acaban de convencerse de que su papel se limita a servir de instrumento de la lujuria del hombre.

De todas formas, las mujeres se resisten menos a confesar que se masturban, porque la inmensa mayoría—prostitutas y honestas—

no conceden a estos hechos la misma importancia que los da el hombre. Los niños, según dice Ellis, se asimilan bien pronto la tradición de que el abusar de sí mismo es "indigno de hombres" y altamente perjudicial, pero las niñas es raro que tengan una tradición equivalente de que es "indigno de mujeres"; "de suerte que, tengan o no más reticencias acerca del particular, ante el tribunal de su propia conciencia sienten menos vergüenza que los hombres y no las perturban tanto los remordimientos".

Las bases psicológicas de esta actitud, al parece extraña, hay que buscarla en hechos fisiológicos indiscutibles. En los pueblos salvajes más viriles, las prácticas masturbadoras de los hombres están severamente condenadas, mientras que las mujeres las realizan con carácter ceremonial, y a veces ante toda la tribu, como ocurre entre los *Toucoleurs* del Alto Volta y otros pueblos africanos. (Lámina IV.)

No obstante, esa indiferencia de la mujer ante su propio juicio parece estar formada por la resistencia de su instinto a acatar las normas morales que se la imponen, de paso que también de una manera instintiva comprende que la satisfacción normal de sus apetitos tiene que estarle vedado por las consecuencias naturales que del hecho se desprenden. Una mujer no tarda en darse cuenta de esa doble moral sexual impuesta a la Humanidad, por la cual se autoriza al hombre a hacer de sus instintos lo que le plazca, mientras a ella todo se le prohibe, sin tener en cuenta que sus impulsos pueden manifestarse de una manera vigorosa e incontenible. Hasta cierto punto, no es injusto afirmar que la masturbación de la mujer equivale a la protesta que en las conciencias sanas promueven todas las injusticias.

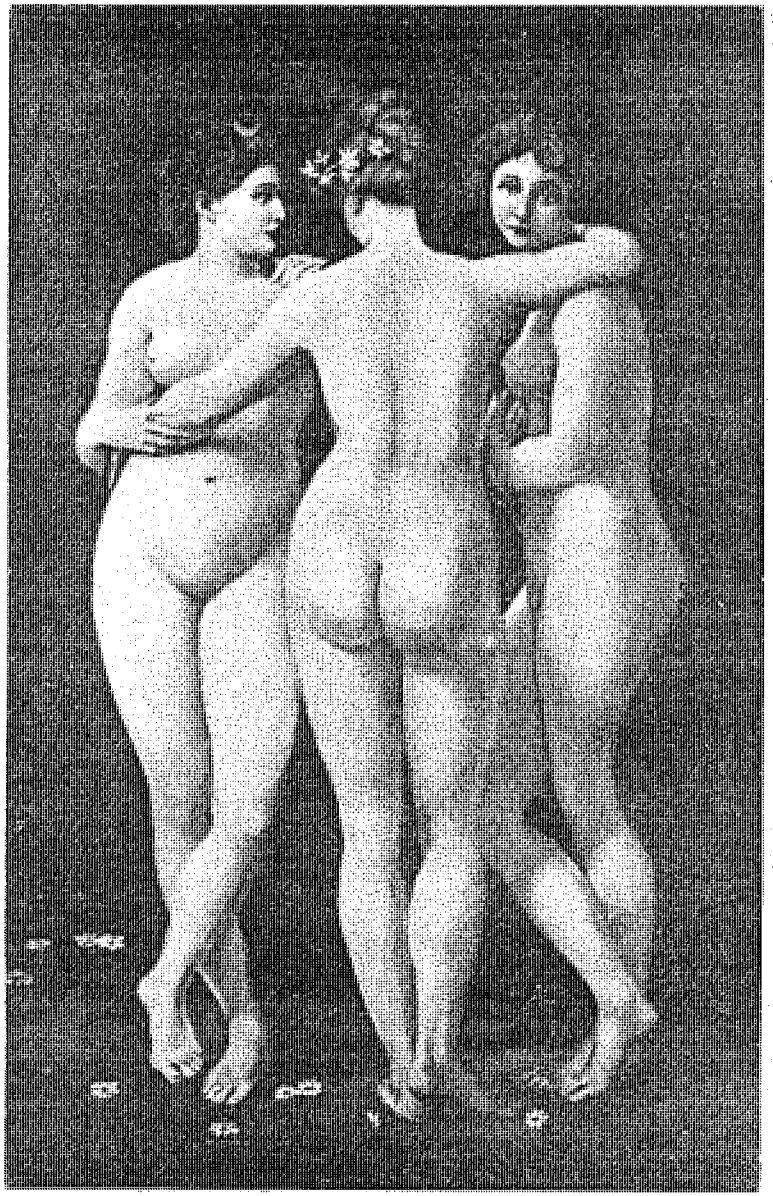
Estas son razones psicológicas de gran importancia; pero es que las fisiológicas a que aludimos también la tienen, si sabemos que los trastornos producidos por el autoerotismo en la mujer pueden ser insignificantes o nulos, cosa que sólo excepcionalmente ocurre en el hombre. En primer lugar, ya hemos visto que la mujer resiste los excesos sexuales normales con mucha mayor facilidad que el hombre, y que siendo su esfera sexual más amplia, ya que las zonas erotogénicas se hallan más repartidas que en el sexo masculino, tambien su capacidad erótica es mayor. Una mujer recién casada parece que asimila la salud que en apariencia pierde su esposo, y que en muchos casos pierde en realidad. Por muchos excesos que la pareja cometa al principio de su unión, ella no se resentirá tanto como él. El hombre pierde en cada espasmo una cantidad de secreción testicular más o menos abundante; la mujer no experimenta



MASTURBACIÓN FEMENINA

En la India no es denigrante la masturbación para la mujer, siempre que tenga dificultades para recurrir a los métodos naturales de satisfacción sexual.

LAMINA V



SUEÑOS ERÓTICOS

El «fantasma» autoerótico en los sueños eróticos normales puede estar representado por un cuadro, por un animal, por un monstruo y hasta por un cadáver.

LAMINA VI

ninguna pérdida equivalente; el placer en el hombre es más intenso y corto: el orgasmo en la mujer es más prolongado y débil; el hombre no tiene más que una zona erógena, que es el pene: la mujer, por lo menos, posee cinco focos de excitación sexual; la tumescencia en el hombre se caracteriza por una acción muscular: la mujer no experimenta más que una ligerísima erección del órgano clitoridiano y una leve congestión de los músculos vulvo-vaginales... Y así estaríamos estableciendo diferencias fisiológicas e incluso psicológicas, para resumir, una vez más, que la función del hombre es eminentemente activa y la de la mujer meramente pasiva.

Entonces, si tenemos en cuenta todas esas diferencias tan notables, ¿puede haber dudas respecto de las razones que motivan la actitud de los dos sexos en sus manifestaciones?

Muchos autores sostienen que es difícil, casi imposible, lograr que una mujer confiese sus aficiones a los placeres autoeróticos; pero, a decir verdad, creo que es necesario tener en cuenta algunos factores muy importantes, como la edad por una parte y la educación por otra. Las muchachas y los muchachos impúberes, ciertamente, no son partidarios de que se investiguen estos extremos de su intimidad; pero, a pesar de todo, la mujer impúber es más franca que el jovencito, si se tiene siquiera la elemental habilidad que es precisa para ganarse su confianza, lo que se logra muy fácilmente. El procedimiento que yo he seguido no consiste más que en quitar importancia al acto, si bien alegando que en ciertas condiciones puede traducirse en gravísimos resultados. Un mediano psicólogo posee recursos sobrados para apoderarse por entero de la voluntad de un joven inexperto, y más si el investigador es hombre y el investigado mujer. El sistema de la anécdota y la narración de hechos reales o imaginarios "recargando los tonos", es de una eficacia enorme; por ejemplo (1):

Se trata de una joven de quince años, inteligente y bien educada, de la que se sospecha que sus trastornos obedecen a la práctica del vicio solitario. Nunca es conveniente que la acompañe alguien de su familia, como no sea de su edad aproximadamente, y con la que tenga una confianza extrema; por lo general, todas las muchachas tienen una amiga que es su confidente; ésta es la mejor testigo de la investigación.

De acuerdo con la familia de la joven, ésta se presentó en la clínica acompañada de una amiga en el momento en que nos dis-

(1) Se trata de un caso auténtico en el que hube de intervenir a instancias de un amigo, médico general, establecido en París.

poníamos a tomar el té, circunstancia preparada para el mejor éxito de nuestros planes. La presentación fué cordial y sencilla; hablamos de España—la muchacha es española—, de modas, de deportes y, sobre todo, de ciclismo, al cual dicha señorita es muy aficionada. Por aquellos días, los primeros de julio de 1933, la "Vuelta ciclista a Francia" nos ofrecía el comentario de la brillante actuación de nuestro compatriota Trueba. Describo estos detalles, al parecer pueriles, pero que me valieron para captarme la simpatía y la confianza de la muchacha.

Naturalmente, inicié la conversación en el aspecto que motivaba la consulta, diciendo que mi presencia en París obedecía a mis deseos de realizar determinados estudios en un sanatorio de neurópatas muy conocido. Sinceramente, tuve que fantasear cuanto pude, diciendo que mis estudios se concretaban a la investigación de los fenómenos del autoerotismo, "hechos normales y sin importancia en la mujer", a no ser que se presentasen ciertos síntomas que había que estimar muy graves. (En este punto, procuré mencionar los trastornos que los padres de la joven habían observado en ella: insomnio, dolores de cabeza, inapetencia, pérdida de la afición al estudio, etcétera). Hablamos de los convencionalismos y del problema sexual de la mujer, y sin rozar para nada el pudor de ambas muchachas, con términos y expresiones científicas intencionadamente confusos, hice ver a la consultante que con sólo observar durante unos minutos a una muchacha, estaba en condiciones de asegurar si se masturbaba o no. Hice hincapié en este detalle, y en seguida advertí que en su turbación, muy ligera, estaba la prueba de mi supuesta habilidad clínica.

Para más enriquecer mis afirmaciones, eché mano de una colección de fotografías reproduciendo casos de atrofia mamaria, idiotismo, deformaciones, ataxia locomotriz y otras pruebas igualmente disparatadas, pero que convenían a nuestras investigaciones, asegurando, en complicidad con mi amigo, que todo ello era el resultado funesto de los abusos masturbadores en la mujer. Por todo comentario, pero en un gesto franco y emocionado, la muchacha exclamó:

—¡Pero esto es verdaderamente horrible!

—Pero cierto, por desgracia, señorita. Estos desastres no se remedian más que abandonando el vicio, cuando los síntomas se manifiestan en la forma que ya he dicho; de lo contrario, no hay nada que hacer.

Tuve la seguridad absoluta de que el efecto de nuestras afirmaciones había sido inmejorable, sin necesidad de obtener una declaración por parte de la muchacha. Por último, fingiendo una auscultación y un examen ligero, mi compañero acabó por autorizar con su firma una receta que hice de unos papelillos de bromuro y un tónico cualquiera a base de hierro y quina.

Al despedirnos cambiamos nuestras tarjetas, con la promesa por mi parte de visitar a sus padres dos días más tarde, con el fin de "hablarles de su enfermedad". Y esta simple frase fué algo así como una amenaza, puesto que una hora después me llamaba la joven por teléfono, rogándola que acudiese a una cita que me daba en casa de su amiga. En efecto, fuí. Y entonces, cuando quise saber el motivo de la entrevista, me dijo, muy emocionada:

—Le suplico que no le diga a papá lo que ha observado en mí esta tarde; yo le garantizo que no olvidaré jamás cuanto me han dicho ustedes acerca de esas "debilidades" de las muchachas...

Creo que esta muchacha, educada e inteligente, no tardaría en comprobar los buenos resultados de su abstinencia, aunque estimo que nunca podría ser absolutamente mientras no encontrase los sustitutivos naturales del amor normal.

Los efectos que la masturbación abusiva produce en los dos sexos han sido expuestos siempre con una exageración inadmisible por parte de varios autores. Un médico del siglo XVIII, Tissot, dijo, nada menos, que la masturbación es "una de las formas del suicidio de la raza". En esta opinión coincidieron tratadistas y novelistas célebres, a propósito de lo cual, Ellis dice que "las equivocadas nociones de muchas autoridades en Medicina, traídas por la tradición hasta nuestro tiempo; la poderosa palanca que se ha puesto en manos de explotadores sin escrúpulos; los sufrimientos, el terror y los remordimientos experimentados en silencio por muchos miles de jóvenes ignorantes y a veces inocentes, pueden achacarse muy bien a esos autores tan bien intencionados como equivocados en esta cuestión."

Pero dígase cuanto se quiera, el hecho cierto, es que, en términos generales, cuando las tendencias masturbatorias no se han heredado y ésta no se practica con frecuencia, los trastornos que produce ni son tan graves ni tan irremediables como se ha sostenido y aún sigue diciéndose por escritores ignorantes.

No obstante, hay que tener en cuenta la fecha de la adquisición del hábito, que será tanto más perjudicial cuanto más pronto se haya adquirido.

Erb, Curchsman, Paget y algunos otros, han llegado a decir que la masturbación ejerce efectos reflejos en el sistema nervioso de menor intensidad que los producidos por el coito normal, lo que tampoco puede admitirse, pues está comprobado, por lo menos en el hombre, que mientras el desgaste producido por un coito diario es

insignificante, el que produce la masturbación, aun practicándola cada tercer día, y los trastornos que de esta conducta se derivan, son infinitamente más notables que los observados en el comercio natural.

Hay numerosas razones que justifican la gran diferencia existente entre uno y otro método de satisfacción. Lowenfeld dice que la autosatisfacción sexual produce en los niños, especialmente neuropáticos, una exagerada irritabilidad nerviosa, miedo infundado, insomnios y retrasos en el desarrollo intelectual. Bloch, por su parte, afirma que la masturbación es mucho más peligrosa que el coito, en primer lugar, porque puede practicarse con más frecuencia, y después porque cuanto más se realiza más frecuentemente surge la necesidad de procurarse esta satisfacción.

Los resultados generales de la masturbación abusiva y en los individuos cuyo sistema nervioso sea congenitalmente morboso, donde primero se manifiestan es en el órgano visual. En los casos estudiados por los oftalmólogos, resulta que se trataba de sujetos ligeramente anormales que estaban sometidos al vicio desde hacía muchos años. Estos síntomas se traducen en irritaciones de la conjuntiva, calambres de los párpados, debilidad de la acomodación visual, impresiones subjetivas visuales y la fotofobia, o sea horror a la luz.

Hay quien afirma que el corazón también resulta afectado por los excesos masturbatorios a consecuencia de la sobreexcitación nerviosa que actúa sobre la víscera y lastima a los vasos sanguíneos, lo que se manifiesta por la irregularidad del pulso, opresión dolorosa de la región precordial, palpitaciones, sensación de ahogo y otras anomalías semejantes que desaparecen tan pronto se abandona el hábito.

Los dolores en los riñones son manifestaciones muy frecuentes, y quizá las más conocidas de los masturbadores. Sensación de tirantez en la espalda, calambres en las piernas, cansancio, fatiga muscular al menor ejercicio, imposibilidad casi absoluta de realizar un esfuerzo continuado, temblores, insomnio o somnolencia, sueños agitados con pesadillas, delgadez, inapetencia, frialdad húmeda de las manos, etc.

El estreñimiento es también con frecuencia un resultado de la masturbación abusiva, así como las malas digestiones, las perversiones del gusto y hasta el odio a determinados alimentos por los que antes se sintiera preferencia. No está comprobado que la tuberculosis sea un resultado de la masturbación, aun cuando ciertamente muchos tuberculosos están afectados de este vicio. En muchos trastornos cuya causa se atribuye a la masturbación es fácil comprobar que lejos

de ser la causa, el autoerotismo es el efecto de muchos estados morbosos de diferente índole.

Durante cientos de años se han emitido acerca de la masturbación las más absurdas hipótesis, llegándose incluso a escribir por médicos prestigiosos que la locura era el final de los excesos autoeróticos, cuando en realidad, no la locura, sino la debilidad mental, que es bastante menos graves, resulta ser la causa de la masturbación, y no la consecuencia como aún se sigue creyendo por muchos neurólogos con la mejor buena fe. Un alienista decía que muchos de los casos atribuídos a la masturbación son de hebefrenia o histeria, "en los cuales el efecto se toma por la causa". Esto se observa en muchos casos de dementes que nunca se masturbaron con exceso en su niñez y que fueron sexualmente normales hasta el momento de producirse los trastornos mentales, como en el caso de un señor que perdió la razón a consecuencia de una herida de bala en el cerebro.

Los autores contemporáneos especialistas o investigadores de las dolencias mentales, niegan de una manera rotunda que la masturbación pueda ser una causa de locura como se ha sostenido durante muchísimos años. Lo que sí puede ocurrir, y esto con bastante frecuencia, es que la masturbación contribuya a poner de manifiesto una forma latente de locura o bien cualquier desorden mental. La epilepsia, el histerismo y otros trastornos semejantes, generalmente hereditarios, pueden ser revelados por la masturbación, pero nunca originados por ella a no ser que se haya adquirido el hábito en los primeros años de la infancia, y se haya practicado de una manera exagerada. No obstante, tampoco se admiten estas consecuencias a no ser que se trate de individuos más o menos neuropáticos o predispuestos por otra causa.

Ahora bien, si estos trastornos tan graves sólo se observan de una manera excepcional, está comprobado que el abuso de sí mismo perjudica a la capacidad mental, debilitando la memoria y deprimiendo la energía intelectual. En los individuos hereditariamente neuróticos, estos abusos suelen determinar la hipocondría, la histeria, la angustia, etc., pero en ningún caso determina graves psicosis como la paranoia o la parálisis general. Kellog dice que "si causase la locura tan a menudo como algunos aseguran, la raza entera hace mucho tiempo que hubiese caído en degeneración mental masturbatoria. Es especialmente dañosa en los muy jóvenes y en todos los que tienen un sistema nervioso débil; pero los rasgos físicos atribuídos a este hábito son comunes de miles de individuos neurasténicos y neuróticos".

Todos los tratadistas modernos coinciden en afirmar que los tras-

tornos que en otros tiempos se atribuían a la masturbación, ni eran tan graves ni tan amplios, pues hasta hubo quien aseguró que todos los males humanos, desde la locura hasta las erupciones cutáneas no tenían otro origen que el abuso de los placeres solitarios

Ellis dice que resumiendo la cuestión general de los supuestos síntomas y señales graves de la masturbación y sus perniciosos resultados, podemos llegar a la conclusión de que, tratándose de una masturbación moderada y de individuos sanos, bien constituídos, "no debe tener necesariamente malas consecuencias". Por el contrario, se conocen infinitos casos de hombres, especialmente trabajadores intelectuales, en los que los efectos de la masturbación, practicada moderadamente, han resultado altamente beneficiosos para su salud en general y muy especialmente en lo que atañe a la inspiración necesaria para proseguir en sus actividades productivas.

Los autores antiguos y modernos que más justamente han analizado estos fenómenos sin dejarse influenciar por los prejucios de toda índole, han creído que, hasta cierto punto, la masturbación en personas sanas que viven sin relaciones sexuales, puede ser considerada no sólo como normal, sino que también beneficiosa, puesto que constituye un sedativo para el sistema nervioso, estando su mayor atractivo en el descanso, en la sensación de bienestar que sucede al acto.

Yo pudiera citar numerosos casos de hombres normalmente constituidos, sanos e inteligentes, que ante la imposibilidad de practicar el acto sexual normal, notaban cuando era conveniente provocar la exoneración de las secreciones testiculares acumuladas en largas abstinencias. Entre los marinos y militares que permanecen muchos días alejados de las mujeres—y no hablemos de las prisiones, como veremos en el volumen correspondiente—la masturbación practicada dos veces al mes evidencia sus inmejorables efectos de una manera incontrastable.

Este recurso se emplea, ni más ni menos, como una verdadera medicina incapaz de convertirse en un hábito. En una ocasión, hablando con un marino de estos asuntos, me aseguró que todo lo que se había escrito condenando rigurosamente el autoerotismo, incluso el practicado a falta de medios más normales, no equivalía a otra cosa si no a la demostración de la enorme ignorancia de quienes así se expresaban. "A quienes eso dicen—afirmaba—yo les impondría el castigo de permanecer nada más que un mes en un barco con las manos atadas. Entonces aprenderían a conocer todo el valor de las leyes de la Naturaleza, y la importancia que estas prácticas tienen para el equilibrio físico y mental del individuo." De la misma opinión eran los nueve oficiales del navío, incluyendo al capitán, hombre de cuarenta y ocho años que desde los dieciséis había practicado la masturbación seis u ocho veces al mes, cuando se hallaba alejado de los puertos.

Prescindiendo de los casos neuropáticos y tomando como base la edad posterior a la pubertad, la masturbación se practica muy poco, como no sea en los "casos de necesidad", y, esto, indudablemente, en virtud del alivio físico y mental que produce. Ellis dice que muchas mujeres vigorosas y sanas, solteras o casadas, separadas de sus maridos, haciendo vida de abstinencia sexual, han afirmado concretamente que "tan sólo excitándose a sí mismas, a intervalos podían librarse de un estado de opresión nerviosa y de obsesión sexual, que, a su entender, era un estado de histeria". Algunas señoras con las que he tenido la suficiente confianza para realizar estas investigaciones, afirman que cuando por cualquier circunstancia han de estar alejadas de sus maridos, los deseos sexuales se presentan periódicamente, pocos días antes de la menstruación procediendo entonces a procurarse un alivio que lejos de perjudicarles en lo más mínimo, contribuye a que desaparezcan ciertos estados nerviosos y trastornos tales como el insomnio, los dolores de cabeza y el mal humor.

En la mujer no se producen más que muy rara vez, aun tratándose de individuos neuropáticos, los trastornos a que nos hemos referido y que afectan principalmente al hombre. Conozco el caso de una mujer de veintiséis años, soltera, que nunca tuvo relaciones normales, que llegaba al extremo de masturbarse ocho y diez veces en una noche, sin que ello la produjese males más graves que cierto cansancio muscular en los brazos. Su aspecto era el de una mujer completamente sana, de buen color y siempre alegre, muy trabajadora e inteligente, aunque de aspecto ligeramente viriloide.

Todas, absolutamente todas las observaciones realizadas en mujeres psíquicamente normales, demuestran que los placeres autoeróticos no producen efectos graves, ni leves siquiera en infinitos casos, y, por el contrario, beneficiosos en muchos.

Podemos resumir toda la anterior discusión diciendo que la masturbación practicada "moderadamente y en casos de evidente necesidad a consecuencia de excitaciones naturales", no produce malos resultados en el hombre y ningún efecto desfavorable en la mujer. Y, para ser más sinceros, en esos casos de fuerte excitación, cuando el impulso no puede dominarse ni satisfacerse por los medios naturales, tampoco debe ser contenido recurriendo a los recursos más fuertes de la voluntad. Esto, no obstante, si los deseos se repiten acompañados de malestar, latidos de las sienes, insomnio, erecciones dolo-

rosas u otros síntomas parecidos, el hecho de contenerse es más antinatural que el de procurarse satisfacción por los medios más inmediatos.

Conste, naturalmente, que esta indicación sólo puede aplicarse a aquellas personas completamente normales, cuya normalidad se evidencia por el hecho de que "saben dominarse", siendo susceptibles de conocer cuándo es la necesidad y cuándo la perversión lo que determina su actitud. De otra forma, al incurrirse en el abuso, existe el peligro de la neurastenia como consecuencia grave, y como más leves las perturbaciones de la digestión, de la circulación, el dolor de cabeza, la neuralgia y todas las manifestaciones que acompañan a los excesos del coito. Como hemos dicho, el hombre se halla más expuesto a estos trastornos que la mujer, en la que los abusos sexuales, fuesen de la índole que fueren, no ejercen una influencia decididamente perniciosa, a no ser que el terreno se encuentre abonado por la neurosis.

Un mal general de índole psíquica que abarca a los dos sexos, consecuencia siempre de los excesos, es la repugnancia hacia el acto sexual normal, lo que se advierte más comunmente en la mujer que en el hombre. Un hombre que ha practicado la masturbación en proporción triple que una mujer de idéntica mentalidad, puede corregirse y hacer un magnífico papel conyugal; pero la mujer que ha abusando tres veces menos, es fácil que jamás llegue a equilibrarse en toda su existencia sexual. Así, pues, este es uno de los males más graves de la masturbación, y, seguramente, el motivo por el cual los tratadistas antiguos condenaron el autoerotismo con apreciaciones tan exageradas y severas.

Cuando se practica con exceso, y, peor aún, si se inicia esta práctica antes de la pubertad, por muy sano que mentalmente sea el individuo, no sólo resultará la incapacidad para el coito, sino la indiferencia hacia todos los actos normales del amor. En este punto, como decimos antes, la mujer es quien más sufre tan graves consecuencias, puesto que puede caer en un estado de indiferencia o repugnancia, no sólo hacia los deleites normales, sino inclúso hacia el hombre, sin que por esto pueda decirse que el trastorno se resuelva en la homosexualidad. Muchas solteronas que hacen de su estado una virtud, no son más que grandes masturbadoras, y, por lo tanto, grandes hipócritas absolutamente insensibles al amor y a todos los afectos tiernos. Otras, en el afán de resolver el problema de su vida, movidas exclusivamente por el egoísmo más desenfrenado, llegan al matrimonio llenas de una repugnancia física y moral que no tardan

en manifestar; muchas uniones desgraciadas no tienen otro origen que los antecedentes autoeróticos de la esposa.

La cuestión psicológica sería lo de menos en casos infinitos, y hasta hay muchas mujeres inteligentes que dándose perfecta cuenta de estas verdaderas catástrofes, ponen todos los medios para tornar a la normalidad sexual. Estas buenas intenciones, desgraciadamente, quedan siempre defraudadas, ya que por encima del trastorno psicológico, hasta cierto punto remediable, predominan los efectos físicos evidenciados en la insensibilidad, en el embotamiento o la anestesia de los órganos principales de la sensibildad, como son el clítoris y los grandes y pequeños labios, cuya excitación resulta imposible por otros medios que no sean los habituales.

En un caso de esta naturaleza una señora que amaba a su marido, pero sin experimentar la menor sensación por los procedimientos normales, acostumbraba practicar la masturbación dígito-clitoridiana al mismo tiempo que se efectuaba el mecanismo natural del coito. A fuerza de autosugestión logró obtener el orgasmo normal, quedando curada de su perversión después de más de un año de ensayos, en los que el marido tuvo que poner a prueba una verdadera paciencia.

Pero hay algo que desde el punto de vista social, por decirlo así, hemos de considerar mucho más grave: es la desafectividad que se apodera del masturbador, especialmente del hombre, en lo que concurren diversas circunstancias, todas de índole psíquica. El primer síntoma que se advierte es, como dijo un autor, "el miedo morboso a las miradas de los demás". En efecto, el hombre que abusa de sí mismo, no es capaz de resistir la mirada natural de sus familiares, amigos o desconocidos, porque cree que su vicio lo lleva en el rostro marcado con señales indelebles. El masturbador sabe que la sociedad condena sus prácticas, y por esta razón se ve obligado a cultivar una conciencia completamente artificial de estimación propia, mostrando cierta tendencia al orgullo mental hasta el punto de que al lado de sus compañeros o amigos se cree rodeado de mayor superioridad.

El egoísmo del masturbador se manifiesta de múltiples maneras. En primer lugar, busca la soledad huyendo siempre de la sociedad, de sus amigos o compañeros, cuyos juegos y alegrías, lejos de comprenderlos, le molestan y desesperan, obligándole a reconcentrarse más y más en su aislamiento moral. Sus concepciones de la vida son extrañas, incoherentes y disparatadas y a veces se imagina que es posible la realización de actos que nadie sería capaz de llevar a cabo. El masturbador, esto no obstante, cuando se dedica a la literatura

o a otra de las bellas artes, suele producir obras admirables, como son los casos de Rousseau, Gogol, Goethe, Kierkegaard y hasta de algunos artistas españoles contemporáneos que nos abstenemos de citar.

Rousseau, en sus célebres *Confesiones*, verdadera joya de la literatura universal, escribe: "Aprendí ese peligroso suplemento que engaña la naturaleza y salva a los jóvenes de temperamento de muchos desórdenes a costa de su salud. Este vicio, que la vergüenza y la timidez hallan tan cómodo (1), tiene además un atractivo para las imaginaciones ardientes: el de disponer, por decirlo así, a su voluntad de todo el sexo, y de hacer que sirva a sus placeres la belleza que les sucede sin necesidad de obtener su consentimiento."

Fuera de estos casos, que pudiéramos llamar excepcionales, el masturbador abusivo no expresa la originalidad de su inteligencia de tal forma, sino en otras fases más absurdas. Generalmente, dado su carácter especial, en sus soledades se dedica a la lectura, aunque con la extraña particularidad de que no son los libros o asuntos pornográficos lo que más llaman su atención. Su imaginación tiende a buscar otros horizontes y ambientes distintos de aquellos en que vive, "donde nadie le conozca". La base psicológica de esta tendencia se significa en el "miedo morboso a las miradas de los demás" y en otros oscuros sentimientos de semejante naturaleza.

La Policía de Málaga detuvo en una ocasión a dos jóvenes de catorce y quince años en el momento en que embarcaban en el vapor correo de Melilla. Se les ocuparon unas pesetas, dos revólveres, un cuchillo y un mapa de Africa. Manifestaron que querían marchar al interior del Continente Negro para cazar fieras, influenciados por las novelas que habían leído. Se comprobó que los dos jóvenes, muy inteligentes, se masturbaban con excesiva frecuencia.

Todas estas extrañas fantasías suelen producir una excitación intelectual que se traduce en excitación sexual. El mecanismo de estos raros fenómenos psicosexuales está bien determinado; es lo mismo que acontece en los artistas que se enamoran de sus obras hasta el extremo de no encontrar límite en el esfuerzo productivo. Pero resulta que todo ello es un círculo vicioso, ya que las ideas autoeróticas se manifiestan de una manera instintiva cuando el cansancio intelectual llega a su punto culminante. Entonces la masturbación, traduciéndose en una descarga nerviosa, da lugar al acopio de nuevas energías y actividades que provocan un nuevo cansancio, y, por lo tanto, la necesidad de una nueva satisfacción. En resumen, casi todos los solitarios, hombres y mujeres que gustan del aislamiento, son autoerotómanos, cuyos ejemplos numerosísimos se encuentran entre los religiosos, sea psíquico o mecánico el procedimiento que empleen para satisfacerse.

(1) Rousseau involucra las verdaderas razones del fenómeno, ya que, en realidad, el vicio no es producto de la vergüenza y la timidez, sino que éstas son el resultado de la masturbación. Rousseau no era un tímido antes de ser masturbador, como puede observarse en algunas de sus obras autobiográficas.

Según Aschafemburg, lo más perjudicial de esta perversión es la constante e inútil lucha contra ella, lo que representa la fuente de las mayores sensaciones de hipocondría y de otros padecimientos, de donde se deduce, ya que no es posible rechazar tan inteligente observación, que el principio fundamental del trastorno está en el aspecto moral y raramente en el fisiológico. Si dejaran de pesar sobre la masturbación todos esos conceptos exagerados y antiguos, es fácil que el número de masturbadores se redujera notablemente.

En algunas regiones de la India, donde la masturbación está admitida "a falta de otros medios"—existe también la masturbación sagrada para las mujeres—, esa *hipocondría sexualis* de que hablan los antiguo tratadistas es absolutamente desconocida. Sostienen aquellas mujeres, jóvenes, viejas y hasta niñas, que a falta de un hombre, "no hay alegría mayor que la que produce la satisfacción de los deseos de la naturaleza, que es el poder que rige al mundo con la mediación de las divinidades". (Lámina V.)

Como reacción contra las herméticas teorías de Tissot, cuya reputación médica era tan grande como su fanatismo religioso, otros autores no menos célebres, pero seguramente más científicos, afirmaron cien años más tarde, como Tillier, por ejemplo, que desde el momento que la masturbación es un hecho universalmente reconocido en los animales superiores, "no tenemos derecho a considerarla como un vicio; tan solamente se la ha considerado así porque la han estudiado los médicos en condiciones anormales". En efecto, no cabe duda que en los medios civilizados sólo se tiene conocimiento de estos fenómenos cuando a la vez existen otros trastornos, en cuyo caso suele confundirse lamentablemente la causa con el efecto.

Si en las razas humanas inferiores es posible observar que los placeres autoeróticos no sólo no son perjudiciales, sino que hasta merecen el honor de convertirse en ceremonias, venimos a la conclusión de que, si bien la finalidad lógica del impulso debe ser la conjunción de los dos sexos distintos, desde algún punto de vista se puede afirmar que estos fenómenos tienen una base natural como meros auxiliares del instinto.

Si viviéramos como los animales o las razas humanas inferiores, el panorama sería bien distinto; pero lo cierto es que toda nuestra vida es antinatural, y al pretender—y conseguirlo—restringir las manifestaciones libres del impulso sexual hacia los fines sexuales, los fenómenos autoeróticos tienen que evidenciarse como una vigorosa protesta hacia esas restricciones que no han sido impuestas por la naturaleza, sino que se derivan del concepto artificioso que la civilización ha dictado haciendo que nazca un mal mucho mayor que el que tan artificialmente se trata de combatir con anatemas y peligros verdaderamente desproporcionados a los hechos relativamente naturales que lo justifican.

LOS SUEÑOS ERÓTICOS

Mecanismo del sueño.—Lo que opinaban los babilonios.—El autodominio durante el sueño.—Dos casos curiosísimos.—Lo absurdo de los fantasmas. Las metamorfosis de los objetos amados.—Diferencias entre el hombre y la mujer.—Su frecuencia en los países cálidos.—Su universalidad.—Por qué se ha negado la existencia de los sueños eróticos en la mujer.—Los ensueños.—Cómo se operan estos fenómeno.—Las memorias de un soñador.

Los sueños eróticos representan la manifestación más elemental del autoerotismo más o menos consciente, o, por mejor decirlo, más o menos intencionado, pudiendo ser morbosos o naturales. Después sigue el ensueño o la ilusión en estado de vigilia, es decir, despiertos; ni uno ni otro aspecto han sido estudiados debidamente, pero no pueden confundirse con la masturbación mecánica, ya que éste es el verdadero autoerotismo, el psíquico, el más refinado que emplean como método de satisfacción las personas más inteligentes y los religiosos verdaderamente "enamorados" de sus imágenes.

Para mejor entender estos fenómenos, no sólo vamos a referirnos a los sueños y los ensueños, sino también a las ilusiones eróticas, a las invenciones y a los fantasmas de que ya hemos tratado hablando del narcisismo; en resumen, a todas las formas de excitación y satisfacción puramente imaginativas y también a aquellas otras en que intervienen factores físicos independientemente de la voluntad del individuo, como puede ser el hecho de adoptar una postura cualquiera en el lecho, contenerse los deseos de orinar, etc.

El sueño erótico completo, esto es, aquel por el cual un individuo sueña que conquista a una mujer, que la acaricia y que la posee, ocurriendo el consiguiente espasmo seguido de eyaculación seminal, es un fenómeno absolutamente normal que se da en personas sanas y sin la menor tacha neuropática. Los antiguos babilonios atribuían estos fenómenos a las influencias psíquicas ejercidas sobre los hombres castos por una mujer joven y bellísima a la que llamaban "virgen de la noche", o sea el *súcubo* de que nos habla la antigua demo-

nología, como creían también en el *íncubo, es* decir, "el pequeño hombre de la noche" que poseía en sueños a las mujeres.

Ahora bien, no siempre los sueños eróticos van acompañados de emisione seminales, ni tampoco en todos los casos de eyaculación se llega a experimentar el orgasmo. Por regla general puede decirse que cuanto más real aparece el sueño, más intensa es la sensación erótica, y si la emisión no se ha efectuado en ese instante, suele tener lugar tan pronto como el soñador se despierta; esto sucede muchas veces inmediatamente después del espasmo, completándose así el fenómeno.

Las personas sanas y castas, especialmente el hombre, son las más expuestas a estas sensaciones que no son más que el resultado de su continencia. Empiezan en la pubertad, aunque no se haya completado el desarrollo físico, y se prolongan hasta el fin de la vida sexual. Puede afirmarse, sin lugar a dudas, que los sueños eróticos son los más reales de todos los sueños y los que más beneficio producen en el organismo psicofísico.

De las investigaciones realizadas se deduce que cuando no ha habido contactos sexuales reales, los sueños adoptan una forma que pudiéramos comparar con la *mixoscopia,* perversión visual que ya hemos estudiado en el volumen anterior. El adolescente ve en sus sueños actos sexuales, mujeres desnudas o escenas eróticas de cualquier naturaleza, obteniendo entonces un grado de excitación que acaba en el orgasmo.

Antes de que el sueño específicamente erótico tenga lugar, el durmiente suele tener, en sueños, la conciencia de que "está soñando", es decir, que el hecho no es real. Un estudiante de dieciséis años, inteligente, normal y casto, que siente horror por la masturbación, me dice lo siguiente: "Algunas noches, sobre todo después de haber estudiado mucho, sueño las cosas más raras; que presencio una escena en una casa de prostitución, como yo "me imagino" que deben de suceder, que una mujer se baña desnuda en un río, que otra me llama con gestos obscenos, etc., y en ese momento adquiero la certidumbre de que estoy soñando, por lo que dejo que las cosas se desarrollen conforme a las circunstancias. Como sé que estas poluciones no son perjudiciales, sino que, por el contrario, me benefician, experimento una sensación de placer que algunas veces se traducen en el orgasmo. No obstante, "me administro tan bien", que cuando estos sueños tienen lugar más de una vez por semana, en el momento en que la excitación llega a su máxima intensidad, "corto por lo sano", y como sé que todo es un sueño, me despierto, bebo un poco de agua, y me acuesto del otro lado."

Todavía quise investigar más en aquel curioso fenómeno, y al preguntarle por qué razón no dejaba que el sueño terminase, contestó:

—Una vez a la semana, me sienta como la mejor medicina; ahora, que si dejo que las cosas sigan por su camino, a la mañana siguiente noto dolores de cabeza y se me quitan las ganas de estudiar.

Me aseguró que esto sucedía más frecuentemente en época de exámenes, cuando el esfuerzo intelectual tenía que ser mayor.

Otro caso curiosísimo, puesto que se repitió ocho o diez veces, es el de un oficial del Ejército, muy aficionado a la pintura, sano, fuerte y bien constituído. En una ocasión invirtió varios meses en reproducir el famoso cuadro de Regnoult "Las tres gracias", pues el tiempo de que disponía para sus aficiones pictóricas era muy escaso. Su sueño consistía, casi invariablemente, en ver a las figuras del cuadro cómo danzaban, se bañaban, jugaban o cogían flores, para acercarse después hasta donde él se hallaba, invitándole a trabajar por medio de gestos y caricias "bastante atrevidas", puesto que terminaban por producirle una excitación que no siempre terminaba con el orgasmo. Por último, las modelos adoptaban la postura que reproduce el cuadro, y así seguía el trabajo con el mayor entusiasmo. Cuando terminó el cuadro, que le tenía muy preocupado porque era un regalo que hacía a su prometida, terminaron estos sueños que considera le sirvieron de estímulo y de inspiración. Hallándose muy enamorado de su novia, jamás tuvo el menor sueño erótico acerca de ella, aunque algunas veces soñó con escenas en las que ella era la principal figura, pero sin que esos sueños fuesen sexuales; al contrario, muchas veces eran riñas y disputas lo que ocurría. (Lámina VI.)

En muchos de estos sueños visuales, esto es, sin que existan elementos tactiles, aparecen muchas veces figuras feas o fantásticas que poco a poco van adquiriendo forma de mujer, pero que no se parece a la que se ama en realidad. Un amigo me dice que en cierta ocasión, siendo redactor de un periódico de provincias, sostuvo una campaña de higiene urbana, atacando duramente a un propietario de numerosos edificios, cuyas habitaciones estaban en las peores condiciones higiénicas. Este propietario se encontró bien pronto frente a la opinión de la pequeña ciudad, hasta el punto de que se celebró una manifestación de protesta ante su domicilio y de adhesión al periódico que realizaba tan simpática campaña. Naturalmente, el periodista y el propietario estaban dispuestos a todo menos a ser amigos. Y los sueños eróticos de mi amigo consistían en las relaciones íntimas que tenía con una mujer que en realidad era su enemigo, el cual se le presentaba con todos los atributos masculinos, tal como en realidad era, y en su edad, que rayaba en los sesenta años. Este

muchacho era perfectamente normal y estaba próximo a contraer matrimonio con una señorita de la que estaba hondamente enamorado. El absurdo sueño se repitió dos veces, y las sensaciones que experimentó fueron tan intensas como si hubieran sido normales y conscientes.

La novia es muchas veces la figura central de estos sueños, que pueden repetirse tres y cuatro veces en una noche. Los durmientes sueñan con que acarician y besan al objeto de su pasión, el cual les devuelve las caricias, pero sin necesidad de llegar al contacto sexual ni a la masturbación. Estos sueños desaparecen, generalmente, después del matrimonio.

Stanley Hall, en su libro *Adolescencia,* escribe: "En la mayoría de los casos, la conciencia, aun cuando el acto produzca el completo despertar del sueño, halla sólo imágenes difusas, palabras aisladas, gestos y actos, muchos de los cuales no constituirían tal vez normalmente una provocación. Muchas veces, la actividad mental parece ser remota e incidental, y la memoria no retiene por la mañana nada, excepto quizá un modelo especial del vestido, la forma de una uña, la parte posterior del cuello, el movimiento de la cabeza, el de un pie o el peinado. En tales casos, estas imágenes se presentan durante algún tiempo con la precisión de un camafeo, y sugieren que el origen del fetichismo erótico debe hallarse principalmente en los sueños sexuales. Muy rara vez hay imágenes de los órganos mismos; pero la tendencia a la irradiación es tan fuerte que refuerza la sugestión de muchos otros fenómenos de este género, que la Naturaleza hace que esta experiencia sea un largo circuito y que puede dar un *ictus* peculiar a casi todas ellas. Cuando el despertar se verifica precisamente después, parece por lo menos posible que hayan existido muchas imágenes, pero que no puede recordar de memoria, tal vez porque la corriente de impresiones psíquicas se deslizaba sobre cosas muy familiares, y éstas, por lo tanto, se olvidaron, mientras que cualquier irrupción por caminos nuevos o poco frecuentados quedó grabada con toda precisión. Todos estos fenómenos psíquicos, aun siendo muy peculiares de un hombre en la plenitud de su vida, no lo son de los sueños de la pubertad, que resultan mucho más reales."

Ese confusionismo se representa por objetos, actos, lugares y hasta órganos absurdos de conformación perfecta, pero que no se ven ni es posible que existan en ningún organismo vivo. Esto se observa frecuentemente en estudiantes de Medicina y aun en médicos cirujanos cuando se hallan preocupados por una operación quirúrgica. En los estudiantes se presentan estos casos extraños durante los cursos de disección. Se sueña con una mujer que de pronto empieza



SUEÑOS ERÓTICOS

Lo mismo esta joven rusa que reproduce el grabado, que la meridional española, están sujetas a los fenómenos naturales del autoerotismo en el sueño, lo que prueba su difusión.

LAMINA VII



EROTISMO RELIGIOSO
Esta escena de una procesión en la India constituye el primer acto de una serie de ceremonias religiosas que se celebran en los templos indios, en las que el autoerotismo desempeña un papel principal.

LAMINA VIII

a transformarse en un órgano o una víscera cualquiera, cuya forma no corresponde a la real, pero que a la vez tiene formas femeninas, especialmente de senos, gargantas, muslos o piernas. Un médico me refiere que teniendo dieciocho años, asistió a un curso de medicina legal, operando en el cadáver de una mujer de unos cincuenta años, que murió ahogada en un estanque. Durante dos noches seguidas soñó que hallándose en clase, el cadáver adquiría movimientos vitales, y acercándose a él le solicitaba con gestos obscenos que determinaban la excitación y el orgasmo, sin necesidad de contactos sexuales.

Algunas veces son los órganos genitales femenino, perfectamente formados, la verdadera pesadilla erótica de estos sueños. Estos órganos pueden transportarse e incluso ser llevados en un bolsillo. El mismo estudiante a quien aludo afirma que una vez soñó con los genitales externos de una joven cuyo cadáver había visto sobre una de las mesas de mármol de la clase de Anatomía. Lo verdaderamente extraño es que el cuerpo estaba cubierto de forma que los genitales aparecían ocultos, pero, esto no obstante, soñó que toda la región vulvar "tenía pechos, brazos y piernas" que adoptaban posturas raras e incomprensibles. El orgasmo que experimentó con el contacto íntimo de este monstruo fué bastante intenso, despertándose inmediatamente.

Los sueños de masturbación suelen ser también muy frecuentes en los hombres que realmente la practican, aunque muy prudentemente. El mecanismo manual aparece sustituído por las autosucciones, y en algunos casos el pene tiene la propiedad de poderse desprender cómodamente del cuerpo, sin que ello produzca dolores ni hemorragias. Un hombre refiere que tuvo un sueño de esta naturaleza. Se encontraba en el retrete de un chalet de cuyo incendio daban cuenta los periódicos de aquella noche—él jamás había visto el chalet—, y al producirse el siniestro "tuvo que arrojar el pene en el momento del orgasmo". Cuando ya estaba a salvo, se dió cuenta de que jamás podría volver a experimentar deleites sexuales, ya que le faltaba el órgano principal. Despertóse aterrorizado, y su primer movimiento fué llevarse la mano a la parte que ocupó el miembro, "encontrándose entonces con la grata sorpresa de que todo había sido un sueño".

Por este estilo pudiéramos transcribir infinitas observaciones de personas sanas física y mentalmente. La explicación de tan curiosos fenómenos está, en primer lugar, en la abstinencia sexual prolongada, ya sea el coito normal o ya la masturbación. A esto se asocia el recuerdo de un hecho acaecido durante el día anterior, de una lectura, de un acto cualquiera que haya impresionado más o menos al

individuo, y en estas condiciones es como se opera el fenómeno autoerótico, que a veces no ofrece, en sueños, el menor carácter de cosa sexual sugestiva, pues el fantasma puede ser un vehículo, el pasaje de un libro o la forma especial de un árbol que en un momento se convierte en mujer o en una parte cualquiera del cuerpo femenino, donde se introduce el miembro viril hasta que se desarrolla el orgasmo.

Cuenta un joven que soñando que se bañaba en un río, vió varias piedrecitas rosadas que podían compararse con las uñas de una mano bonita de mujer, y sin otras circunstancias se verificó el orgasmo. Este mismo individuo soñó en otra ocasión con una perdiz, la cual se convirtió en mujer, "pero sin dejar de ser perdiz", con la que realizó el coito. Lo que quiere decir es que el animal tenía sus órganos sexuales como los de una mujer, "conservando una inocencia, una gracia y un encanto indescriptibles de pájaro salvaje, una especie de ondina".

Ciertos animales domésticos, pero adquiriendo formas de mujer, figuran muy frecuentemente en los sueños eróticos. Se refiere el caso de un joven ligeramente neuropático, pero de fuerte constitución física, que soñaba con cerdas recién paridas. Fué detenido cuando intentaba saltar a un cercado donde había varios de estos animales, con el fin de intentar actos de bestialismo.

En la mujer ocurren las cosas de la misma manera que en el hombre, salvo determinadas diferencias. En el hombre, el fenómeno es muy sencillo: al llegar a la pubertad aparecen las primeras manifestaciones, más o menos definidas, y con tanta mayor frecuencia cuanto más castas sean sus costumbres y mayor su actividad intelectual. Esto es lo que puede afirmarse en términos generales, añadiendo que si los sueños no se repiten con demasiada frecuencia, aunque el orgasmo y la eyaculación se presenten juntos en todos los casos, los perjuicios son insignificantes o nulos.

El autoeretismo en el sueño es muy raro en las muchachas castas que se hallan en el período de la pubertad, y si bien se experimentan sueños voluptuosos, rara vez adquieren esos caracteres eróticos tan comunes en el hombre. Lo mismo que puede considerarse como excepcional que un joven casto no tenga sueños de esta naturaleza, es igualmente raro que los tenga una muchacha que viva en condiciones semejantes.

No obstante, cuando la joven ha tenido cierto comercio sexual, aunque no haya sido más que por medio de la masturbación, las cosas ocurren de bien distinta manera. Estos sueños suelen darse con más frecuencia que en el hombre, pero con la extraña particularidad de que mientras éste queda completamente satisfecho, la mujer, si

bien suele experimentar sensaciones más intensas que las obtenidas en el contacto normal, siempre queda insatisfecha y excitada. Algunas con quienes he tenido ocasión de hablar de estas cuestiones, insisten en asegurar que sus sueños han de traducirse por síntomas de deseo más que como hechos satisfactorios.

Estas observaciones parecen variar bastante, según el terreno que se elija para estudiar el fenómeno. Ellis transcribe la comunicación que le remitió un corresponsal ruso, que dice: "Todas las mujeres a quienes he interrogado acerca de este punto, dicen que han tenido tales poluciones desde la pubertad, y aun antes, acompañadas de sueños eróticos. He hecho esta pregunta a unas 20 ó 30 mujeres. Cierto es que eran de raza meridional (italianas, españolas y francesas), y creo que las meridionales son, desde este punto de vista, más francas que las mujeres del Norte, que consideran vergonzosa la actividad de la carne y tratan de ocultarla." No habla de las rusas; pero por los datos que se contienen en un folleto de la *Comisión de Estudios Sexuales* de Leningrado, parece ser que los sueños eróticos de las jóvenes rusas son más frecuentes en las regiones del Sur y en las grandes ciudades de la U. R. S. S. que en el Norte, lo que hasta cierto punto concuerda con las referencias del citado corresponsal. (Lámina VII.)

Autorizado por la dirección de un colegio de internos de ambos sexos, tuve ocasión de comprobar que de sesenta y dos muchachas entre catorce y diecinueve años que cursaban estudios superiores, teniendo algunos conocimientos de la fisiología, los sueños eróticos se presentaban de esta forma: en once casos, muy intensos, acompañados de orgasmo y emisiones glandulares; en diecisiete, el fenómeno aparecía con una sensación de placer muy débil, también con secreción; en veintiuno, era sólo una sensación voluptuosa "seca", y en el resto, o sea once casos, jamás habían experimentado ningún sentimiento de esta naturaleza. Conviene añadir que en los veintiocho primeros podía asegurarse la existencia de la masturbación, no habiendo más que sospechas en las restantes.

Las observaciones de los tratadistas italianos demuestran que en su país no son ninguna excepción los sueños eróticos, lo mismo en las jóvenes castas que en las mujeres que ya han practicado el comercio sexual.

Ellis dice con respecto a estos fenómenos, lo siguiente: "Algún interés tienen los casos en que mujeres jóvenes, incluso niñas en la pubertad, tienen sueños de carácter eróticos, o, en general, sueños relativos al coito o a hombres en erección, aun cuando aseguran, y casi siempre con entera verdad, que ignoran en absoluto los fenó-

menos sexuales. Algunos de estos sueños, de carácter verdaderamente notable, me han sido comunicados. Es posible imaginar que los psicólogos de algunas escuelas verían en estos sueños la invasión espontánea de la experiencia de la raza. Me inclino a creer que son recuerdos olvidados, como los que sabemos que se manifestaban a veces en el sueño. El niño ha oído o visto algo de los fenómenos sexuales, sin interesarse por ellos, y la memoria puede despertarse después, durante el sueño, bajo el estímulo de novísimas sensaciones sexuales."

Esta duda del célebre psicólogo, es certidumbre en la opinión de los psicoanalistas, cuya escuela sigue fiel al principio de que toda la vida humana está regida por un motivo sexual, cualesquiera que sean sus manifestaciones.

Sea como fuere, el caso cierto es que en todo tiempo y en todos los pueblos, se ha reconocido normalmente que las mujeres tenían sueños eróticos, lo que en épocas recientes se ha llegado a negar por muchos tratadistas. En este punto tenemos que fijarnos en el desarrollo de las ideas religiosas, que condenaron absolutamente todas las manifestaciones sexuales, sin excluir a la masturbación, que era un pecado, ni al erotismo espontáneo e inevitable, que también se estimaba como un pecado venial; por eso decía el reformador Lutero que "las jóvenes que tienen esos sueños deben casarse al punto, tomando la medicina que ha dado Dios." Los pueblos salvajes, lo mismo que los civilizados de otras religiones, han sido siempre más indulgentes y comprensivos.

Los autores que negaron la existencia de los sueños eróticos en la mujer, o fueron demasiado cándidos o muy ignorantes, puesto que hace miles de años que los vedas de la India nos legaron una brillante literatura sexual en la que se hablaba de estos fenómenos como hechos naturalísimos. Claro es que al pesar sobre las cuestiones del sexo todas las ideas de pecado que nos legaron los teólogos cristianos, dueños durante muchos siglos de cuerpos y almas, no ya el médico, sino que tampoco el confesor podían obtener la más ligera afirmación en este sentido de labios de una mujer, porque como ocurría en la época inquisitorial, las llamas de la hoguera acababan de consumir los cuerpos que se abrasaban en esos efímeros fuegos carnales.

Una de la más raras particularidades de los sueños eróticos de las mujeres es que éstos suelen trascender a la vida real, en forma que quisiera hacerse posible su repetición. Una joven de veintiséis años, completamente normal, pero desengañada de las relaciones sexuales que tuvo con un hombre, decía que sólo quebrantaría su castidad si la fuera posible que las cosas ocurrieran en la forma que

se desarrollaban en sueños. Sus concepciones podían considerarse como verdaderamente absurdas, pues siempre se imaginaba que practicaba el coito con personajes *desconocidos*, cuya efigie desaparecía después de haber experimentado el orgasmo. Este fenómeno es frecuentísimo en las histéricas, hasta el punto de que habiendo soñado con que eran poseídas por un hombre, generalmente respetable, no titubeaban en denunciarle, completamente convencidas de que no se había tratado de un sueño, sino de una realidad. De este aspecto interesantísimo nos ocuparemos en el volumen LIII, titulado *Los fenómenos del histerismo*.

Otra de las particularidades de estos sueños en la mujer consiste en que muy rara vez se produce el orgasmo sin que medien contactos más o menos normales, bien por medio del coito o soñando que se masturba o es masturbada por otra persona. Esta diferencia se explica fácilmente, si tenemos en cuenta que la mujer necesita de métodos más directos que el hombre para alcanzar el necesario grado de tumescencia y disposición para el acto sexual. Por esas mismas razones es por lo que el sueño que experimenta un hombre suele dejarle satisfecho, en tanto que la mujer no consigue más que excitarse; muchos hombres pueden haber comprobado que a media noche sus esposas se despiertan, despertándolos también con un pretexto cualquiera, para al fin de cuentas reclamar una satisfacción que difícilmente puede obtenerse por otros procedimientos.

Una señora viuda, de treinta y dos años de edad, estuvo soñando con su esposo durante más de cuatro meses, y con una frecuencia de cinco o seis veces al mes. El sueño era completo y el orgasmo intenso, despertándose en ese momento, comprobando con dolor que estaba sola en el lecho. Para completar su anhelo erótico no tenía más remedio que recurrir a la masturbación, valiéndose de un instrumento adecuado que adquirió en un comercio de gomas de París. A pesar de este recurso, no alcanzaba plena satisfacción, y hablándole con sinceridad a un especialista, éste también fué sincero aconsejándola el matrimonio para evitarse probables trastornos mucho más graves. En efecto, se casó a los pocos meses, y las molestias desaparecieron por completo, porque tampoco volvieron a repetirse los fenómenos autoeróticos.

Ya hemos hablado en otro volumen del "coito psíquico", forma de autoerotismo que consiste en experimentar la convulsión sexual sin necesidad de que exista el menor contacto material, sirviéndose sólo de los recursos de la imaginación. No obstante, ese coito psíquico requiere que el objeto deseado esté a la vista, lo que constituye una de las variedades de la mixoscopia. Ahora bien, esto no

puede ser considerado como un fenómeno tan normal como el sueño, ya que casi siempre se trata de sujetos neuróticos.

Estos estados de "ensueño sexual" se presentan en individuos sanos y hallándose completamente despiertos; son mucho más frecuentes en las mujeres que en los hombres, observándose principalmente hasta los tres o cuatro años posteriores a la pubertad, en cuya fecha suelen hacer su aparición.

Los sujetos de gran imaginación y de ardiente fantasía, los *enamorados de un ideal*—nunca mejor aplicada la frase—que no quieren "manchar" sus ilusiones con actos materiales, son los "soñadores" constantes que se creen el personaje de un libro, el artista de moda, la figura central de un cuatro, etc. Este ensueño necesita de la soledad y del silencio, y aunque pueda cultivarse a cualquier hora del día, se prefieren los momentos después de acostarse que preceden al sueño verdadero.

Cada individuo basa su ensueño particular en hechos invariables que empiezan, por ejemplo, en la lectura de un libro o en la visión de una película, cuyo personaje central quiere ser el soñador. No es necesario que el argumento del ensueño sea igual al de la película o la novela; estos grandes imaginativos forjan inmediatamente una nueva novela, cuyos episodios se desarrollan ordenadamente y siempre con idéntica monotonía. Las imágenes del sueño no siempre pueden ser expresadas por el sujeto, puesto que él mismo no acierta a comprenderlas muchas veces. Por lo general, antes de verificarse el supuesto contacto que ocasiona el orgasmo, se ha pasado por fases muy variadas de excitación en un proceso lento y dilatado que es el mayor encanto que tiene el ensueño, y de casi más importancia que el orgasmo mismo.

A fuerza de repetir mentalmente estas escenas, el individuo adquiere mayor entrenamiento. Yo he tenido ocasión de leer las "memorias íntimas" de un hombre de veintiún años que en todo tiempo acostumbraba a recluirse en un cuartito moro de las habitaciones altas de la casa para "soñar despierto", y cada día agregaba un detalle nuevo a su ensueño. Este no tenía nada de particular desde el punto de vista de la inventiva, aunque el individuo era un escritor que había compuesto narraciones muchísimo más interesantes desde el punto de vista de la sensualidad. Un buen día se interrumpieron los ensueños: la causa no fué otra que la intervención real de una doméstica que prestaba sus servicios en casa de unos amigos, inculta, zafia y nada atrayente, de la que el soñador se enamoró carnalmente. Conociéndole a él y a ella, resulta verdaderamente inexplicable tan absurdo contraste.

Las personas que cultivan estos ensueños—que no siempre tienen carácter sexual—, suelen ser jóvenes de ambos sexos, refinados, castos y enemigos de la masturbación. Cuando los ensueños son eróticos, que es el aspecto que nos interesa, debemos considerar el fenómeno completamente normal, a no ser que se abuse de tan singular disposición, lo que ocurre muy frecuentemente en los sujetos neuropáticos, y muy especialmente en las mujeres. En estos casos puede llegarse hasta el extremo de querer realizar las escenas del ensueño si el objeto deseado se encuentra próximo al soñador. Una muchacha de veinte años se enamoró de esta forma de un médico con el que jamás había cambiado la palabra. Se imaginaba que padecía una enfermedad del pecho y que iba a la consulta del facultativo, al que empezaba a acariciar hasta realizar el acto sexual. En efecto, acudió a la clínica varias veces, hasta que el doctor la aseguró que todo lo que padecía era aprensión, puesto que su salud era magnífica. Hasta entonces no se atrevió a poner en práctica sus ensueños; pero persuadida de que ya no tendría ningún pretexto para volver, llevó a cabo lo que tenía tan premeditado, desarrollándose las escenas en su totalidad, ya que ella era quien llevaba la iniciativa. Esta mujer, dedicada actualmente a la prostitución, se curó de su manía a los tres o cuatro días de intimidad con el médico.

Estos ensueños no son más que el producto de las abstinencias prolongadas y muchas veces el origen de las prácticas masturbadoras, en cuyo caso todas esas escenas preparatorias equivalen a los fantasmas eróticos, que ya no quedan limitados a la representación de una persona o de un objeto, sino que abarcan a sucesos y escenas enteras, que se repiten durante meses y años, hasta que se rinde a la naturaleza los tributos que reclama.

TRATAMIENTOS ADECUADOS

Inutilidad de las medicinas.—Una proposición grotesca y un tratamiento bestial.—El profiláctico de la circuncisión.—Métodos inhumanos.—La táctica más útil en la educación del niño.—El padre y el maestro.—Medicamentos de relativa eficacia.—Precauciones contra los sueños eróticos.—Los "fabricantes de sopa".—Contra lo anómalo lo normal.—El tratamiento en sexología.—La educación de los padres.—El respeto y la confianza.

El tratamiento del autoerotismo en general, cuando sus fenómenos se manifiestan con carácter morboso, no puede encontrarse en la farmacopea. Si nos atenemos a los orígenes de esta perversión, que según los psicoanalistas se inicia en la cuna, en el período de lactancia del recién nacido, ¿qué es lo que puede hacer la ciencia en este sentido? Si en psicopatología sexual hay algún aspecto verdaderamente difícil, el del tratamiento del autoerotismo inicial puede decirse que resulta poco menos que imposible. En muchos asilos y casas de la infancia donde se ha tratado de investigar la producción de estos fenómenos, se ha recurrido incluso al procedimiento de atar las manos de los niños para impedirles que pudieran tocarse los órganos genitales. Y a pesar de todo, este sistema, al parecer radical, no ha producido nunca buenos resultados.

Un médico llegó a proponer que hasta la edad de catorce años los niños vistiesen faldas, igual que las niñas, fundándose en que el roce del pantalón ocasiona muchas veces excitaciones que acaban por determinar que el niño se rasque o se toque los genitales. No cabe duda que una ropa muy ceñida puede ocasionar excitaciones que favorecen la inclinación a la masturbación; pero a pesar de todo, proponer este remedio—muy relativo—se presta a toda clase de ironías, por una parte, y por otra, puede contribuir a algo más grave que la masturbación: el desarrollo de las tendencias homosexuales del niño, más naturales de lo que parecen, como veremos en el siguiente volumen.

El Dr. Ultzman decía que lo mejor era recurrir al procedimiento que emplearon los médicos antiguos, que consistía en "presentarse ante los niños esgrimiendo unas tijeras muy grandes o cuchillos de cocina, amenazándoles con terribles operaciones y hasta con cortarles el miembro si juegan con él, lo que algunas veces han conseguido una curación radical".

Este teoría puede considerarse completamente bestial, y eso sin necesidad de acudir a las teorías fraudianas que afirman que el temor a la castración es, en infinitos casos, el origen de muchas perversiones sexuales. Todo lo que sea asustar a un niño, aterrorizarle con cualquier amenaza, es criminal y no puede basarse en ningún fundamento científico serio. Si por nuestra parte es cierto que no podemos aducir muchos casos en los que el miedo a la castración determinase esas perversiones del impulso sexual en los niños, pudiéramos citar bastantes demostrativos de que estas amenazas han producido en niños neuropáticos verdaderos destrozos mentales.

En los pueblos de religiones más prácticas y humanas que las que rigen la mentalidad de casi todos los países civilizados, la circuncisión equivale a la ceremonia del bautismo, pues muchas veces es el esmegna sebáceo acumulado entre el prepucio y el glande lo que produce picores y molestias insoportables que no pueden aliviarse más que rascándose. Y aun sin necesidad de rascarse, esa irritación local da lugar a que el miembro entre en erección, produciéndose el orgasmo sin más manipulaciones. Muchos médicos han curado de esta manifestación precoz de la sexualidad a niños en los que ni las observaciones ni las amonestaciones sirvieron para nada, sin más que practicar la circuncisión, operación sencillísima que muchos padres cultos disponen hacer a sus hijos a los pocos días de nacer, con lo que evitan esos peligros y las molestias naturales de la fimosis, que a veces dan lugar a muy graves trastornos funcionales.

Antes de adoptar este sencillísimo método que en una gran proporción de casos es el remedio mejor, se han cometido salvajadas tales como pasar un anillo metálico sobre el prepucio, colocar jaulas de hierro que encerraban el pene, cauterizar la uretra y otras por el estilo.

A las niñas, en lugar de enseñarles la forma de lavarse diariamente los genitales, se les practicó la infibulación, o sea coserlas los grandes labios y hasta ponerles una especie de cinturones de castidad que impedían tocarse los órganos vulvares, amén de atarles las manos y vestirlas con un largo camisón de tela áspera.

Desde el punto de vista de la psicología infantil no saben quiénes

proponen tales medios, cuál es el instinto de resistencia y rebeldía que reside en el fondo de nuestra naturaleza y que en los niños adquiere caracteres insospechados por su violencia, y esto sin hablar de la especie de degradación moral a que les expone un impedimento puramente físico.

Lo más acertado, pero sin que sea posible confiar siempre en los mejores éxitos, es hablarle al niño con absoluta claridad y sin mojigaterías estúpidas e hipócritas. Y entendemos por "hablar claro", hacerle saber, desde el primer día en que sea capaz de comprender la idea más elemental, que la masturbación origina peligros, todo lo terrible que se quieran presentar a la impresionable imaginación del niño, y hasta exponiendo ejemplos reales o imaginarios. En las escuelas rusas, en las alemanas y en las de casi todos los países verdaderamente cultos, hay grandes carteles con láminas a todo color, reproduciendo más o menos justamente cuáles son los estragos que los vicios solitarios producen en la inteligencia y en el músculo del niño. Como quiera que la anatomía y la fisiología se enseñan en estos colegios con toda honradez, aunque sin entrar en explicaciones acerca de los verdaderos mecanismos que determinan el coito, los pequeños saben cómo se debilita el sistema muscular, cómo se resiente el sistema nervioso y cómo, en definitiva, no es posible practicar ningún deporte ni concurrir a ninguna competición en la que toman parte niños verdaderamente castos.

No hay nada mejor que la vida al aire libre, el ejercicio constante, los deportes moderados, la resolución de problemas que ocupen la imaginación, estudios difíciles, etc., el caso es que el niño no tenga tiempo de pensar en otras cosas sino en aquellas que tanto halagan a su amor propio, como suelen ser los juegos y torneos deportivos. Esto es misión del maestro más que del padre, aunque ambos han de marchar de acuerdo; hasta se sigue el sistema de cambiar impresiones por escrito el padre y el educador a fin de simultanear los métodos para su mayor eficacia. ¿Pero hasta qué punto podemos pensar en la posibilidad de la adopción de unos métodos tan inteligentes?...

Después de todo, ¿puede haber nada más fácil de realizar ni que produzca frutos mejores? Todo ese tiempo que tan lamentablemente se pierde en los colegios llenando la cabeza de los niños de cosas tan raras como la investigación, aunque sea elemental, de los fenómenos atmosféricos, la rotación de la tierra, la suma de quebrados y la reproducción de las plantas, ¿no podría invertirse en la explicación inteligente de estos fenómenos humanos de muchísima mayor gravedad e importancia? Pero, ¡ah!, la moral...

En los jóvenes ya es posible incluso la medicación aplicando remedios tónicos, siempre que fortifiquen sin producir otras excitaciones; el líquen de Islandia, los amargos, la quina, los ferruginosos y los bromuros, son prescritos con éxito en algunos casos, pero no en todos.

El mejor tratamiento es la psicoterapia, esto es, hacer ver al vicioso que está atentando contra su salud y que su organismo psicofísico terminará por adquirir la fragilidad del vidrio.

En cuanto a los sueños eróticos, tampoco es posible decir que se haya descubierto un remedio eficaz, ya que cuando ocurren muy espaciados en personas castas, no hay inconveniente en considerarlos como manifestaciones normales del impulso sexual. Ahora bien, casi siempre pueden advertirse factores que contribuyen más o menos directamente a determinar esas poluciones y sueños, que no siempre quieren significar un desahogo legítimo de la naturaleza.

En términos generales, y esto refiriéndose tanto al hombre como a la mujer, el hecho de acostarse con la vejiga llena, no sólo predispone a la masturbación, sino que determina los sueños eróticos. El mecanismo no consiste más que en la presión que dicho recipiente de la orina ejerce sobre los órganos internos, como la próstata en el hombre y el útero en la mujer.

Hay personas que tienen la costumbre de dormirse con las manos sobre los genitales, hecho más frecuentemente observado en el hombre que en la mujer, lo cual produce los mismos resultados que en el caso anterior.

Igualmente se considera favorable para la producción de estos sueños, en el hombre, acostarse de espaldas o, por el contrario, boca abajo. En el primer caso, parece ser que es una irritación de los centros nerviosos de la columna vertebral lo que produce el fenómeno, y en el segundo, el peso del cuerpo gravitando sobre los genitales. En cambio, la mujer no debe dormir más que de espaldas, porque su excitabilidad nerviosa es menor; al dormir de lado, el peso de una pierna oprime los órganos y contribuye a provocar la excitación clitoridiana.

Tampoco es conveniente acostarse sin haber hecho la digestión ni inmediatamente después de un trabajo agotador; antes de ir al lecho es conveniente descansar media hora, bien paseando, asomándose al balcón, etc., y, sobre todo, alejando de la imaginación cualquier pensamiento erótico que deberá sustituirse, por ejemplo, con el repaso de los hechos realizados durante la jornada.

Acerca de los ensueños autoeróticos, la mejor solución es la actividad muscular—el mejor remedio contra el autoerotismo en general—y el pensamiento puesto en empresas más útiles. Sólo la educación correcta de la voluntad, como hacen los *yoghis* indostanos, es la energía que conduce a los fines más morales y lícitos en todos los órdenes de la vida.

Y después de todo, aparte de los casos de la infancia, la solución única, natural, moral y biológica, es el ejercicio de la sexualidad normal. En París hay colegios e internados en los que se sigue un procedimiento que no deja de producir los mejores efectos en los jóvenes de diecisiete años en adelante: se los lleva a la práctica del comercio sexual sirviéndose de prostitutas previamente reconocidas, aparte de que se adopta toda clase de precauciones profilácticas. Sin saber por qué se conoce a estos instructores con el nombre de *fabricants de soupe*, esto es, "fabricantes de sopa". El procedimiento sólo puede considerarse acertado cuando existe la absoluta seguridad de que han fracasado los métodos más a tono con las circunstancias, pero, según testimonios que me merecen entero crédito, se ha logrado apartar a muchos jóvenes de más graves perversiones.

Claro es que si tenemos en cuenta que el coito es siempre preferible a la masturbación por ser el método natural de satisfacción del impulso, cuando éste se manifiesta de una manera claramente definida, no hay inconveniente en aconsejar esa práctica siempre que vaya acompañada de otras influencias morales capaces de contener los ímpetus de la juventud. Por otra parte, desde el punto de vista psicológico, lo mismo que la privación es causa del apetito, la abundancia o la "facilidad" para procurarse los alimentos contribuye en gran medida a hacerlos menos deseables. Esta teoría, de fiel interpretación en la práctica, puede ser uno de los motivos que autoricen a los "fabricantes de sopas" a introducir estos métodos en sus sistemas de enseñanza.

Cuando la anormalidad se evidencia, nada más natural que intentar suprimir esos fenómenos por medio de las reglas que mejor pueden conducir al equilibrio y a la normalidad. En muchísimos pueblos primitivos, la iniciación sexual de los jóvenes se lleva a cabo tan pronto como se advierten los primeros signos de la pubertad, como tendremos ocasión de ver en el volumen XLV titulado *Costumbres salvajes*. Claro es que de acuerdo con las restricciones sociales, es decir, económicas, siempre se tiende a impedir la concepción, a no ser que el muchacho pueda estar en condiciones de atender a su prole. No obstante, desde la pubertad hasta la plena madurez sexual, que de todas maneras se obtiene antes que entre los civilizados, siempre

transcurre un plazo prudente que, por otra parte, parece estar asignado por la misma Naturaleza.

Toda la terapéutica sexológica, aplíquese al caso que se quiera. ha de ser esencialmente sintética para esperar de ella los mejores resultados. Todos los tratadistas modernos—hombre de ciencia y no moralistas del tipo ancestral—sostienen que no hay mejor remedio que aquel que estriba en "favorecer por todos los procedimientos la evolución sexual normal del individuo". Hemos de entender por evolución integral, como dice Hesnard, la que es tanto psicológica como física en general, y, necesariamente, erótica.

Hay que comprender sin reservas de ninguna clase—cuando el tratamiento interesa más que los prejuicios—que se trata de una evolución del sentido normal de la función erótica, proceso normal y beneficioso para el individuo, lo que no debe confundirse con el cultivo del erotismo disociado de las otras funciones psíquicas como sería el erotismo pervertido.

Nuestro ilustre maestro, el profesor Marañón, afirma que "es necesario reemplazar el misterio del sexo por la verdad del sexo; la castidad peligrosa de la ignorancia por la castidad serena de la ciencia".

Hesnard, coincidiendo con la opinión autorizadísima de nuestro moderno sexólogo, afirma que es preciso tratar con toda prudencia las primeras manifestaciones eróticas del niño, lo mismo genitales que extragenitales. "Nada de pudores ni de tapujos. Reprender cuando haya motivos, pero explicando las razones para que pueda hacerse patente el sentimiento de culpabilidad." Aboga, naturalmente, por la claridad en los juicios y niega el valor que otros autores conceden a las amenazas de castigos feroces.

Claro es que para educar a los hijos es preciso que estén educados los padres, incapaces, casi siempre, de interpretar estas cuestiones en el valor que tienen y en la importancia que representan. No todos los padres saben corregir a tiempo y con prudencia cualquier manifestación sexual de sus hijos. En una ocasión, unos papás amantísimos de un niño de cuatro años y una nena de tres, me obligaron, jubilosos, a presenciar uno de los espectáculos más brutales que he visto en mi vida. El papá invitó al niño a que jugara a los matrimonios con su hermanita, y el chiquillo, ni corto ni perezoso, luchó con ella, la derribó en el suelo, la levantó las faldillas, y sancando su pequeño órgano fingió que lo introducía en aquel minúsculo reducto. Lo mismo el nene que su hermanita, demostraban en aquel acto inocente una habilidad impropia de sus años.

—¿Qué te parecen estos mocosos?—inquirió de mí el padre.

Y como me hubiera repugnado reservarme la opinión, la emití clara, seca y terminante:

—Pues sencillamente: criminal, y que no sabes a lo que estás exponiendo a las infelices criaturitas.

—¿Lo dices en serio?

—Te lo digo de la única forma que pueden decirse estas cosas: con compasión, si no quieres que te diga que con repugnancia.

—¿Pero a estas edades?

—Sí; a estas edades, y desde la cuna, si me apuras un poco.

Creo que una hora más tarde, durante cuyo tiempo expuse a mis amigos mis conocimientos y teorías, las cosas habían tomado rumbo de cambiar en aquella casa.

Otras veces ocurre todo lo contrario. No hace muchos días los periódicos publicaron la noticia de que un hombre había apaleado tan brutalmente a un hijo suyo de seis años, que se encontraba en gravísimo estado. El motivo no fué otro que haberle sorprendido con una chiquilla de su edad practicando ciertos manejos en el granero de la casa. Pero si este es un caso grave, hay otros que aunque de momento no producen heridas visibles y parecen reprensiones eficaces por la depresión que causan en el niño, determinan al correr de los años manifestaciones irreparables cuyas consecuencias no pudieron preverse jamás.

Todo aquel que reprende a su hijo, sea el padre o la madre, por advertir en la criautra las manifestaciones inconscientes de su instinto, debiera acordarse de que acaso esa disposición sea heredada, o, por lo menos, que a la misma edad del pequeño reo, él hizo otro tanto o mucho más acaso. Con más comprensión y más inteligencia, es fácil que estos trastornos pueriles que al principio no tienen importancia, pero que más tarde la tienen, y muy grande, al no estar sometidos a la amenaza feroz y al castigo desproporcionados que crean en su torno ese misterio profundo de lo prohibido, no fuesen más allá de representar tanto como el gesto de hurgarse la nariz, no limpiarse los mocos o tener las manos sucias, hechos que en los niños se corrigen con tanta facilidad cuanto más correctas sean las reconvenciones.

La confianza del hijo no se la gana el padre a fuerza de golpes y castigos. Ni el amor tampoco. Lo que se conquista, no cabe duda, es el respeto que se inspira en el temor: es el *amor* que los gitanos tienen a la Guardia civil. Y el respeto concebido en esta forma, jamás sirvió de base a la confianza. Luego entonces el pequeño que no tiene confianza en su padre, ¿cómo va a revelarle ciertos secretos que se

relacionan tan íntimamente con hechos que a lo mejor fueron el motivo injustificado de tremendas palizas?

Por eso es el maestro el imprescindible elemento para la administración de la mejor terapéutica en las manifestaciones sexuales de la infancia, a no ser que los padres estén educados, o, por mejor decir, civilizados. Así, pues, vemos que el tratamiento es muy fácil; tanto, que a fuerza de ser simple no tenemos más remedio que llegar a la conclusión definitiva de que es dificilísimo.

EL AUTOEROTISMO EN LA RELIGIÓN

Los profesionales de la castidad.—Diferencia de las manifestaciones autoeróticas.—Las dos grandes pasiones que agitan al mundo.—La mujer es más sincera o más ignorante que el hombre.—Confesiones de una religiosa.—La atracción que ejercen los predicadores.—El supuesto misticismo de las rubias.—La pubertad, la religión y el amor.—Conversaciones extrañas.—El autoerotismo en la India.—Sus razones sociales.—No hay más que un patrón humano.

Como hemos visto en los capítulos anteriores, los fenómenos autoeróticos no son, normalmente, otra cosa que la consecuencia de la falta de funciones sexuales naturales. Al hablar de las enfermedades venéreas, de la esterilidad y de la impotencia, se ha dicho que la masturbación es una de las muchas causas que pueden determinar esos estados morbosos; pero en esta parte del presente tema ya no nos ocupamos de esos aspectos, ya que los fenómenos autoeróticos no deben estimarse como una causa, sino como el efecto legítimo de la negación o la represión del impulso sexual.

Donde con más amplitud pueden observarse los fenómenos de la satisfacción erótica es en las colectividades donde la castidad es un oficio—jamás una vocación—que pretende elevarse a la categoría de virtud pura. Cuando en realidad se trata de una vocación el individuo no es un sér normal, sino un neurópata; por esto resulta muy difícil estudiar el autoerotismo "normal", como ocurre en los castos virtuosos, pues sin darnos cuenta caeríamos de lleno en el índice de las psicopatías, tales como el histerismo, la neurastenia y la atonía sexual, que son incompatibles, cuando se manifiestan por estos síntomas sexuales, con los sentimientos y afectividades naturales de los seres normalmente organizados.

La castidad, la abstinencia, el dominio de los impulsos sexuales primitivos que rigen la vida del hombre, tienen ventajas incalculables cuando estas actitudes se observan de una manera relativa lo mismo que están erizadas de peligros inconmensurables si el indivi-

duo comete la locura de someterse a esos imperativos de una manera absoluta. No obstante, como no todos los religiosos son neurópatas, sino mortales del mismo barro físico que el que sirvió para fabricar a los libertinos, de ahí que estén sujetos a los mismos fenómenos naturales tanto más ampulosos cuanto que las condiciones de su existencia son menos higiénicas—fisiológicamente hablando—que aquellas en que actúan los seres que no buscan el camino del bienestar eterno en el campo de la religión profesional.

Por esta razón los fenómenos del autoerotismo religioso tienen expresiones bien distintas hasta el punto de constituir una "clase psicosexual" distinta a la en que están comprendidos los demás mortales.

No cabe duda que las dos pasiones más intensas y grandiosas que agitan al género humano son el amor y la religión. Ahora bien, la inmensa mayoría de la Humanidad convierte su amor en una religión, mientras que una minoría—por fortuna cada vez más escasa—hace de la religión su único amor. La diferencia parece que no existe; pero no cabe duda que tampoco la hay entre media vuelta a la derecha y media vuelta a la izquierda, que realmente significan todo lo contrario en la identidad absoluta de los movimientos. La vuelta a la derecha es el amor humano, y el giro hacia la izquierda es el amor divino. En la primera, es la afirmación del amor reproductor; en la segunda, es la negación de los fines naturales para que el amor fué creado, afirmando o pretendiendo afirmar la existencia de un imposible.

No obstante, estos dos sentimientos adversos se encuentran siempre íntimamente relacionados: el hombre que ama a una mujer ve en ella a la imagen más sagrada que la misma Virgen; la mujer que ama a Dios encuentra en esa pasión los deleites más intensos que pueden encontrarse en el amor del hombre. El hombre enamorado hasta la pasión se siente celoso de todos los seres y objetos que rodean a su amada; así, Dios, quiere también mujeres puras de alma y de cuerpo que se le entreguen a él sólo sin haber conocido otros amores más preciados. Y tanta suele ser la influencia del amor divino que los hombres y las mujeres que ingresan en su seno acaban por perder en absoluto hasta los afectos más grandiosos: los de la madre y el padre. Así es como pudo haber un santo tan innoble como aquel que siempre que hablaba con su madre bajaba la cabeza para no verla, porque, a pesar de ser su madre, era, desgraciadamente, "una repugnante mujer".

¿Qué diferencia existe, pues, entre el amor humano y el amor divino? En el aspecto material de la cuestión, la prohibición del contacto sexual; en el psíquico, ninguna, a no ser que el refinamiento en

la búsqueda de los deleites eróticos es infinitamente mayor y más pervertido que entre las gentes normales, en una gran mayoría de casos; esto es todo.

Por lo demás, las perversiones del impulso sexual que se contienen en el autoerotismo, son las mismas que entre las personas que aman de distinta manera y no niegan la paternidad de sus hijos. La flagelación, aspecto que ya estudiaremos en otro volumen, no es más que una forma del sado-masoquismo más vulgar. El "coito psíquico" y el pigmalionismo son también fenómenos muy frecuentes, aunque, a decir verdad, el pensamiento específicamente sexual no es siempre lo que mueve la psique del religioso.

En muchos casos, sobre todo en las monjas, se observa una verdadera pureza de sentimientos, como lo prueba el hecho de no tener reparo en referir sus emociones, completamente sexuales, con el máximo lujo de detalles. Estas mujeres—no vaya a creerse que son muchas—ignoran en absoluto que el placer constituye, por lo menos en el hombre, la base de la reproducción de la especie; creen que es sólo un abrazo de amor lo que determina la vida de un nuevo sér hasta el punto de haberse dado casos de religiosas que habiendo sido poseídas por Dios, llegaron a creerse embarazadas. Otras afirmaban que fué el diablo quien las fecundó, y al confesarlo, pagaron su pecado de incomprensible imbecilidad ardiendo en las hogueras inquisitoriales.

Una joven religiosa española, que fué a parar al Marruecos francés a raíz de ciertos acontecimientos ocurridos en España al advenimiento de la República, refería a un religioso franciscano, hombre cultísimo y buen religioso, muchas escenas de su vida claustral. Lo más sorprendente del caso, a mi juicio, no son los fenómenos que voy a referir, sino el hecho de que esta mujer, de veinticuatro años, hubiese podido conservar esa estúpida ignorancia completamente pueril, hasta el extremo de que el buen franciscano, al empezar la narración de lo que había escuchado de labios de la joven, hubo de exclamar: "¡Esta pobre criatura es imbécil!"

El fantasma autoerótico se basaba sobre la escena de la crucifixión de Cristo reproducida en una cromotipia que tenía colocada en la cabezera de su lecho y que en el convento fué el único elemento decorativo de la celda. Permanecía horas y horas arrodillada ante la imagen, no rezando, sino pensando en lo que el Mártir debió sufrir en las garras de sus verdugos. El ensueño consistía en presenciar la escena con todos sus detalles: los lanzazos en el costado, los hisopazos de sal y vinagre, las blasfemias de los verdugos y los lamentos desgarradores del que moría para salvar a la Humanidad. Aquel cuadro se animaba y sus personajes adquirían vida, una vida llena de

terrible dramatismo y de infinita crueldad mientras las nubes despromaban su tormenta sobre las ásperas piedras del Gólgota.

(Cuando el fraile llegó a este punto de su narración comprendía que si aquella mujer hubiese vivido "en el mundo" hubiera sido una devota de la perversión del marqués de Sade.)

En la imaginación de esta espeluznante escena encontraba—decía—tantísimos motivos de dolor que su impotencia para acudir en socorro del Sér adorado—su *esposo,* conforme a los votos—se traducía en un placer infinito que la hacía desfallecer casi desmayada de deleites sin cuento.

(Ahora me convencí de que el masoquismo moral tenía en la producción del fenómeno una importancia bien definida.)

Afirmaba que en la "región urinaria"—con lo que quería dar a entender que se trataba de la región vulvo-vaginal—notaba después de ese deleite una humedad particular distinta a la que produce la micción, presentándose seguidamente un leve dolor de cabeza y un relajamiento de todo su sér que la obligaba a desear el sueño. Estos ensueños se repetían casi todos los días, "siendo más intensas las emociones en los días anteriores a los períodos de impureza".

El autoerotismo fué considerado como un pecado por algunos teólogos, pero, entiéndase bien, siempre que se manifestase acompañado de pensamientos sexuales referentes al "amor humano", pues caundo se trataba de personajes celestiales hasta el deleite era sagrado. En otro lugar de esta obra hemos hecho alusión al misticismo cristiano que tan brillantes ejemplos nos ofrece en este sentido.

La religión y el erotismo marcharon íntimamente unidos en los comienzos de la civilización, hasta el punto de que el impulso instintivo de los primeros religiosos se manifestaba en el sentido de elevar el elemento sexual por encima de todas las acciones humanas, puesto que la ansiedad religiosa consistía en invocar a todas las fuerzas de la Naturaleza en demanda de su máxima productibilidad. Por eso hay quien trata de desprestigiar la importancia de algunas religiones, fundándose en la teoría de que sus principios no fueron más que orgías sexuales que hoy causarían horror a los espíritus menos comprensivos.

En la vida de muchos místicos antiguos y modernos, y si no místicos simplemente personas religiosas, hay infinitos episodios que envidiarían no pocos hombres galantes. Esto fué observado por Swift en el siglo XVII cuando decía que las mujeres suelen sentirse atraídas por los predicadores visionarios o entusiastas, "aunque no siempre tan despreciables por su apariencia física, lo cual se supone que ocurre por razones puramente espiritulaes, sin ninguna finalidad carnal". Más adelante parece desconfiar de las intenciones meramente religiosas de esas mujeres al decir que tienen razones para creer que la mujer tiene determinados caracteres, en virtud de los cuales forma un juicio más exacto "de las habilidades y actuaciones humanas del que podemos formar nosotros unos de otros". Desconfía de que las intrigas espirituales no tengan otros fines, porque cualquiera que sea su principio, terminan lo mismo que las demás que experimenta el género humano, esto es, "por mucho que se eleven al cielo, sus raíces están en la tierra".

El platonismo es en el amor divino exactamente lo mismo que en el amor humano: termina en la producción de los mecanismos que dan lugar a la producción del orgasmo.

En el autoerotismo de los imaginativos que sueñan despiertos se advierte siempre la presencia del importantísimo factor espiritualidad; y dígase cuanto se quiera, la espiritualidad es el camino más corto para precipitarse de lleno en el área del sensualismo. Todas esas mujeres que hemos dado en llamar *espirituales*: tipos altos, delgadas, rubias, de ademanes lentos, mirada lánguida, intensa vida interior, y, además, inteligentes y cultivadas, aunque parecen haber nacido "para el cielo y los altares", están más a rás de tierra de lo que parece, aunque siempre se nos ofrecen como ángeles que constantemente elevan sus alas para posarse en el cielo. Los grandes sensuales que en sus conquistas amorosas sitían a las morenas—tipos pasionales, ardientes, "agarenos" y otras cuantas cosas—no saben lo que pierden al desdeñar a las rubias. Hay morenas que son verdaderas pavas, porque en realidad no viven de otra cosa que de su prestigio. Y, después de todo, ¿hay algún hombre que en su época de absoluta sinceridad sexual no se haya visto fuertemente atraído por los encantos de una espiritual rubia?... De donde se deduce que de una manera instintiva en las edades de mayor vigor imaginario se orienta el individuo hacia los atractivos más fuertes, con el correr del tiempo tienda a buscar los contrastes.

A mayor espiritualidad, mayor erotismo, sea interno o externo. Esa aparente frigidez de la rubia es uno de los excitantes más poderosos, tal vez el más fuerte incentivo sexual, porque hacen y se dejan hacer de una manera casi mecánica a fuerza de ser instintiva.

No obstante, es curioso observar que en las comunidades religiosas de mujeres se encuentran muy pocas rubias, y eso porque, instintivamente también, saben que el amor divino no sirve para llenar por completo todas las necesidades de su organismo; su misticismo necesita de los contrastes violentos y rudos, de cierta "brutalidad" que no existe, justo es decirlo, en las emociones puramente espirituales que constituyen el principio sincero del amor al Esposo Divino.

Se conocen muchos rasgos de la vida de las místicas que revelan bien a las claras la naturaleza de sus emociones; como dice Leuba en el caso de Santa Teresa, "¿qué diferencia fisiológica existe entre esta sensación voluptuosa y la gozada por la discípula de la Hermandad de la Nueva Vida? Santa Teresa habla de *entrañas,* y la mujer doctora en Medicina dice *matriz;* eso es todo". Esto nos autoriza a asegurar en todos los casos que la mística actúe excitada por motivos sexuales definidos, es decir, convirtiendo en su imaginación al Dios en hombre, sino que las cosas se desarrollan en la misma forma que ocurre en la monja de que hablaba el franciscano.

Una prueba de la sinceridad de estas emociones y del desconocimiento de su naturaleza la vemos en el hecho de que los varones místicos no hablan con la misma franqueza del mecanismo de sus deleites autoeróticos. Un autor aduce una prueba más diciendo que el afecto que los místicos han profesado siempre al *Cantar de los cantares* no debe interpretarse sólo como una simple predilección literaria; "hay que tomar nota, dice, de cómo aparecen, a modo de estribillo, las más terrenas expresiones de amor contenidas en aquel poema".

No cabe duda que el hombre conoce mejor que la mujer todas las manifestaciones del impulso sexual, lo que debemos considerar como naturalísimo si prescindiendo del misticismo religioso analizamos la organización sexual de uno y de otra. La pubertad de la mujer es la época más peligrosa para el equilibrio de su organismo psicofísico. Lo mismo que en esos años una muchacha es capaz de cometer las más grandes locuras sexuales, comete las mayores estupideces místicas. Repásese, si no, la vida de las santas y de las monjas, y veremos que la época de su entrada en el convento coincidía con la edad en que otras jóvenes se entregaban al amor verdadero y reproductivo.

Pero todavía puede observarse algo más que no deja de tener interés aunque parezca un hecho pueril; y son los caracteres sexuales de las jóvenes conversas por un lado, y por otro las condiciones sociales de su existencia. Si examinamos "desnudas y sin afeites" a mil monjas de veinte a treinta años y, por ejemplo, a un número igual de obreras de una fábrica de la misma edad, será facilísimo hallar en éstas una proporción enorme de mujeres bellas—desde todos los puntos de vista—que jamás se expresará en las otras ni en cifras infinitamente inferiores. ¿Qué quiere decir esto? Pues, sencillamente, que en la vocación de muchas religiosas, la ausencia del amor humano ha sido reemplazado por el amor divino, que sólo ve a las almas y desdeña los cuerpos. Muchas mujeres fracasadas en la tierra, aspiran,

en compensación, a los triunfos del cielo. Por otra parte, piénsese siquiera por un momento en el adagio que dice que "el diablo, harto de carne, se mete a fraile", y sustituyendo el sexo tendremos la explicación de esas extrañas devociones que acometen a no pocas pecadoras, no arrepentidas, sino simplemente fatigadas en el alma y en la carne de tantas atrocidades como han cometido. Y lo mismo que una antigua prostituta suele convertirse en una esposa ejemplar, así muchas arrepentidas figuran, como María Magdalena, entre las religiosas ejemplares.

En las juventudes religiosas masculinas también suele advertirse el mismo fenómeno. Yo he conocido a varios muchachos que llevaban su fervor místico hasta el extremo de la flagelación desenfrenada. Claro es, que esta perversión no se arraiga siempre tan honda como puede observarse en la mujer, ya que ese estado equívoco termina por ser disuelto en el cáustico del ambiente y en la energía del propio impulso que en casos normales se presenta arrollador e irrefrenable. Si hay muchas místicas jóvenes no es posible encontrar un místico que cuente menos de cuarenta años.

Donde mejor puede advertirse el misticismo religioso y las grandes diferencias que adopta en uno y otro sexo es entre los *yoghis* hindúes. Claro es que entre estas gentes se trata sólo de grandes ayunos, y jamás de abstinencias a perpetuidad. Estos penitentes, por lo general del sexo masculino, no es preciso que pertenezcan siempre a la secta de los fakires, sino que suelen ser jóvenes púberes y hombres hechos que buscan en la disciplina del sexo la educación de las fuerzas de la voluntad y el acopio de las máximas energías espirituales. En todo tiempo se ha observado en la India esta tendencia, pero modernamente, los líderes del nacionalismo, casi todos fakires, han reconocido la necesidad en que se encuentra el pueblo de tallar en acero sus voluntades.

Este fenómeno social ya ha sido advertido por los ingleses, pues en esos ritos existe una amenaza evidente para los intereses británicos en el vasto Imperio asiático. Gandhi sostiene que el hombre que es capaz de dominar sus impulsos primitivos más fuertes—el sexual y el de nutrición—domina también al instinto de conservación. Y el hombre que no tiene miedo a perder la vida, ¿de qué no será capaz en la vida misma?

Pero no sólo se educa la voluntad conteniendo los impulsos naturales, sino que también es preciso que esas energías volitivas sean capaces de sustituir a los factores físicos. Un fakir se deja hacer heridas y no sangra; pisa sobre clavos afilados y sables como navajas de afeitar y no se corta; atraviesa descalzo sobre piedras enrojecidas al

fuego y no se quema; permanece sin comer ni beber cuarenta días y no muere... Y cuando quiere combinar los deleites religiosos con los sexuales, con la imaginación sola tiene bastante para experimentar los placeres que dejan satisfecha al alma, descansando al cuerpo y a la voluntad en condiciones de seguir luchando.

Las ceremonias de ayuno comienzan siempre con procesiones en las que se exhiben las imágenes de la diosa del amor. Así recorren ciudades y aldeas reclutando adeptos para la causa del pueblo, que por ahora consiste en sacudirse el yugo que le oprime. (Lámina VIII.)

Entre los religiosos cristianos ese autoerotismo místico ya depende menos de la voluntad que de la excitación producida por los ensueños religiosos. No cabe duda que su religión es menos materialistas que la de los indios en este solo aspecto, puesto que, por lo general, los fenómenos autoeróticos son más espontáneos que buscados, y esto suponiendo que no haya excepciones en la regla.

Todavía puede apreciarse con más claridad la íntima relación existente entre la erótica y la religión si nos atenemos a las opiniones de los alienistas. Regis, un célebre psiquiatra francés, dice que "existe una íntima conexión entre las ideas místicas y eróticas, y que muy a menudo estos dos órdenes de ideas van asociados en la locura. Conolly Norman dice: "La excitación religiosa está íntimamente unida a la lujuria, particularmente en las mujeres. El éxtasis, tal y como puede verse en casos agudos de enfermedad mental, se halla siempre unido a la excitación sexual, cuando no a la depravación. La misma asociación se observa constantemente en casos menos extremados, y uno de los rasgos más comunes de la conversación de una maníaca aguda es la mezcla de ideas erótica y religiosas." En idéntico sentido se manifiestan numerosos autores de todos los tiempos, lo que revela que la erótica y la religión no son más que manifestaciones diferentes, desde el punto de vista social, de un mismo fenómeno antropológico.

Se ha sostenido siempre que en el fondo de todas las vocaciones religiosas todo el depósito de energía está en una emoción sexual, "estando muy lejos de constituir la totalidad del contenido de la religión ni su raíz", que debiera ser, según los moralistas, el desprecio hacia todas las manifestaciones del amor humano.

Cuando se trata de investigar estos fenómenos en religiosos verdaderamente honrados, la mayor dificultad estriba en que, en realidad, ignoran la razón de sus emociones y el por qué de la voluptuosidad de los éxtasis. En cambio, aquellos más inteligentes que pudieran facilitar datos concretos se encierran en la hipocresía y se

presentan con un disfraz de pureza que no puede sorprender a ningún mediano observador.

Los sueños de los religiosos que no son sinceros son, ni más ni menos, completamente iguales a los de cualquier mortal. En aquellos hombres de verdadera vocación, como quiera que ningún artificio es capaz de contener las expresiones del instinto, los fantasmas eróticos es fácil que vayan asociados con escenas religiosas de cualquier índole y hasta con visiones del demonio y toda esa gente que anda siempre en pos del hombre para tentarle.

En los ensueños ocurre igual. Y en muchos casos las emociones autoeróticas tienen un tinte de homosexualidad que no puede discutirse, especialmente en las mujeres, que se enamoran de la Virgen con un ardor que a veces se continúa en la vida material del convento, por no decir que el ensueño puede tener su inspiración en esos accidentes inevitables de las intimidades constantes.

Y, finalmente, ¿hay derecho a condenar esas manifestaciones de la autosexualidad religiosa? Desde el punto de vista de las leyes naturales, no podemos diferenciar al religioso del laico como no sea en lo que a la procreación concierne; mas si recordamos que existe una ley de herencia que en los aspectos de la sexualidad parece ser casi infalible, ¿qué puede perder la Humanidad en virtud de esa relativa inactividad sexual de los castos profesionales?...

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

EL EROTISMO DE LOS EXHIBICIONISTAS

El narcisismo autoerótico o autoexhibicionismo. — El espejo y su atracción. — Varios casos curiosos. — El de la prostituta rusa. — Horror al espejo. — Fragmento de una carta. — El recuerdo de Lesbos. — El narcisismo "doble". — Opinión de los psicoanalistas. Los fantasmas autoeróticos. — Entre los homosexuales. — Ejemplos. — Las perversiones autoeróticas. Los objetos principales de la autoadoración. — Actitud de los dos sexos 9

ORIGENES DE LA MASTURBACION

La palabra "onanismo". — La leyenda de Onán no es la de un masturbador. — Significación correcta. — La masturbación en los niños de pecho. — Observaciones propias. — Un poco de autobiografía. — Causas fisiológicas del autoerotismo. — Espontaneidad de las manifestaciones. — Observaciones en un colegio. — La gimnasia erotogénica. — Los peligros de las niñeras. Masturbación en común. — La consulta de un lector. Siempre el traumatismo psíquico 23

SUS EFECTOS EN EL HOMBRE Y EN LA MUJER

La masturbación es un fenómeno universal. — Todas las mujeres y casi todos los hombres. — Razones geográficas. — Razones psicológicas. — Resultados psíquicos. — La mujer sufre menos que el hombre. — Métodos de investigación clínica. — Hasta qué punto es perjudicial la masturbación. — Diferencias con las sensaciones del coito. — Los más graves efectos. — Neurosis y masturbación. — Cuándo es conveniente. Aversión al coito. —Resultados morales.— Conclusión 39

LOS SUEÑOS EROTICOS

Mecanismo del sueño. — Lo que opinaban los babilonios. — El autodominio durante el sueño. — Dos casos curiosísimos. — Lo absurdo de los fantasmas. — Las metamorfosis de los objetos amados. — Diferencias

Páginas

entre el hombre y la mujer. — Su frecuencia en los países cálidos. — Su universalidad. — Por qué se ha negado la existencia de los sueños eróticos en la mujer. — Los ensueños. — Cómo se operan estos fenómenos. — Las memorias de un soñador 61

TRATAMIENTOS ADECUADOS

Inutilidad de las medicinas. — Una proposición grotesca y un tratamiento bestial. — El profiláctico de la circuncisión. — Métodos inhumanos. — La táctica más útil en la educación del niño. — El padre y el maestro. — Medicamentos de relativa eficacia. — Precauciones contra los sueños eróticos. — Los "fabricantes de sopa". — Contra lo anómalo, lo normal. — El tratamiento en sexología. — La educación de los padres. El respeto y la confianza 73

EL AUTOEROTISMO EN LA RELIGION

Los profesionales de la castidad. — Diferencia de las manifestaciones autoeróticas. — Las dos grandes pasiones que agitan al mundo. — La mujer es más sincera o más ignorante que el hombre. — Confesiones de una religiosa. — La atracción que ejercen los predicadores. — El supuesto misticismo de las rubias. — La pubertad, la religión y el amor. — Conversaciones extrañas. — El autoerotismo en la India. — Sus razones sociales. — No hay más que un patrón humano 81

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I

Narcisismo común 16

LAMINA II

Narcisismo griego 17

LAMINA III

Narcisismo "doble" 32

LAMINA IV

Masturbación femenina 33

LAMINA V

Masturbación femenina 48

LAMINA VI

Sueños eróticos 49

LAMINA VII

Sueños eróticos 64

LAMINA VIII

Erotismo religioso 65

En el próximo volumen

HOMOSEXUALIDAD

Raíces biológicas de la homosexualidad. En el hombre.—En la mujer.—Variedades de la homosexualidad.—Los sentidos y sus perversiones. — El falso homosexualismo.